BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

HIMNO *de* RETIRADA

LA MUERTE DE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN Y POR QUÉ NOS SALDRÁ CARA

DAVID MAMET

PREMIO PULITZER

TRADUCCIÓN DE VERÓNICA PUERTOLLANO

DEUSTO

Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Cita
1. La pluma estilográfica
2. Causa y efecto
3. Rojos, rosas y «goo goos»
4. ¿Qué vale un nombre?
5. «Pippa pasa»
6. King Kong
7. Algunos descubrimientos (principalmente) musicales
8. Dos ahorcamientos
9. Hallazgos varios
10. Más adelante, o «la cadena de accidentes»
11. Sobre la pasividad de los judíos
12. Bruno Bettelheim y el vaquero en las últimas: dos historias norteamericanas
13. Hay que poner atención
14. Expertos y oligarcas
15. Un cursillo de esclavitud
16. Belinda Raguesto regresa de Suiza
17. Hamlet y Edipo en versión zombi
18. Un mensaje de Schpershevski

19. Chełm, o no se detiene a los malos
20. Algunas curiosidades lingüísticas
21. Los nazis se han llevado a tu madre
22. El lenguaje popular: una confesión
23. Penas y sabiduría
24. Viajar en el tiempo
25. Moby Dick
26. Vivo de verdad
27. Juegos para un día de lluvia en tiempos de confinamiento: Navidad de 2020
28. Mis condolencias a Broadway
29. Broadway
30. Gags
31. Humildad
32. Max, el hámster
33. «Disons le mot»
34. El arte, el tiempo y la locura del viejo
35. «Ardid de paz»
36. La lezna que atraviesa la oreja
37. Buenas noches, Irene
38. Himno de retirada
Agradecimientos
Sobre el autor
Notas
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Introducción
1. La pluma estilográfica
2. Causa y efecto
3. Rojos, rosas y goo goos
4. ¿Qué vale un nombre?
5. Pippa pasa
6. King Kong
7. Algunos descubrimientos (principalmente) musicales
8. Dos ahorcamientos
9. Hallazgos varios
10. Más adelante, o «la cadena de accidentes»
11. Sobre la pasividad de los judíos
12. Bruno Bettelheim y el vaquero en las últimas: dos historias norteamericanas
13. Hay que poner atención
14. Expertos y oligarcas
15. Un cursillo de esclavitud
16. Belinda Raguesto regresa de Suiza

17. Hamlet y Edipo en versión zombi
18. Un mensaje de Schpershevski
19. Chełm, o no se detiene a los malos
20. Algunas curiosidades lingüísticas
21. Los nazis se han llevado a tu madre
22. El lenguaje popular: una confesión
23. Penas y sabiduría
24. Viajar en el tiempo
25. Moby Dick
26. Vivo de verdad
27. Juegos para un día de lluvia en tiempos de confinamiento: Navidad de 2020
28. Mis condolencias a Broadway
29. Broadway
30. Gags
31. Humildad
32. Max, el hámster
33. Disons le mot
34. El arte, el tiempo y la locura del viejo
35. Ardid de paz
36. La lezna que atraviesa la oreja
37. Buenas noches, Irene
38. Himno de retirada
Agradecimientos
Sobre el autor
Notas
Créditos

Himno de retirada
David Mamet

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

CREATIVE COMMONS

© del diseño de la portada: Sylvia Sans Bassat
© 2022 by David Mamet
Published by arrangement with Broadside Books, an imprint of HarperCollins Publishers.
© de la traducción: Verónica Puertollano, 2022
© Centro de Libros PAPF, SLU., 2023
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023
ISBN: 978-84-234-3545-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Sinopsis

Cada vez son más las voces que se alzan contra la insaciable tiranía de la corrección política. David Mamet, uno de los autores más importantes de las últimas décadas en Estados Unidos, expresa en estas páginas su hartazgo con la pendiente resbaladiza de la cultura de la cancelación y con la asfixiante atmósfera del neopuritanismo.

En *Himno de retirada*, el dramaturgo critica, se burla y disecciona el virus de la ideología de género, la Racial Theory y el resto de ideas que plantean una amenaza existencial para Occidente. En esta recopilación de ensayos, Mamet proclama un canto fúnebre por el librepensador en un momento en que las universidades, los medios y la política se han infestado de este moralismo pacato e intransigente.

En estas páginas se examina el descenso de Estado Unidos a los infiernos de la barbarie en los últimos años, auspiciado por la censura de la libertad de expresión en pos de evitar la ofensa a colectivos minoritarios. Mamet advierte de que la proliferación de literatura moralizante y adoctrinadora está creando entre las nuevas generaciones una mentalidad dogmática que impide asumir el carácter disruptivo, provocador, conflictivo e incómodo que ha caracterizado a la producción cultural bajo la civilización occidental.

La cultura de nuestro tiempo ha consagrado la idea de que la moralidad de las personas está determinada por su condición étnica, sexual o socioeconómica, en lugar de por sus elecciones éticas. Por eso, esta apelación irónica, melancólica y mordaz a enfrentarnos al matonismo cultural es un soplo de libertad en una época en la que el emotivismo está destruyendo la posibilidad del debate racional.

HIMNO DE RETIRADA

La muerte de la libertad de expresión y por qué nos saldrá cara

David Mamet

Traducción de Verónica Puertollano

EDICIONES DEUSTO

Encontré un león junto al Capitolio,
que me miró y pasó de largo huraño, sin hacerme daño.
Y allí se habían amontonado cien mujeres, horrorizadas,
trastornadas de miedo, que juraban haber visto hombres,
todos de fuego, que andaban por las calles de un lado a otro.
Y ayer el pájaro de la noche se posó a mediodía en la plaza del mercado,
aullando y gritando. Cuando estos prodigios se reúnen así,
que no digan los hombres: «Sus razones son éstas: son naturales»,
pues creo que son cosas llenas de presagios para el país a que se dirigen.

SHAKESPEARE,
Julio César, acto I, escena III

Introducción

Soy dramaturgo. Mi vida profesional ha estado dedicada a la representación del conflicto.

Si el drama no es un conflicto, sólo puede ser una lección. A los antagonistas del drama se los llama personajes; lo que sabemos de su personalidad se limita a sus actos: tomaron tal o cual decisión, y ésta dio lugar a este o aquel resultado. Ese resultado no lo determinaron su «pasado», su «raza», su «posición social» o su «sexo», sino sus decisiones.

Los de tendencia religiosa saben que nuestro libre albedrío proviene de Dios, y que no significa más que el poder de decidir. Una decisión moral puede conducir o no a un resultado aceptable o bueno. No tiene por qué: es un resultado. Es un acto sagrado, porque es moral; es decir, conforme a la voluntad divina. Si todos fuésemos buenos, no necesitaríamos el libre albedrío, que es, en última instancia, la posibilidad de la valentía. Pero no todos somos buenos, ni nadie lo es todo el tiempo; de hecho, se podría decir que la esencia de la naturaleza humana es que, lejos de tener sólo «defectos», en modo alguno somos demasiado buenos. Y somos conscientes de ello.

La represión de esta consciencia es un motor de la maldad humana. Y hemos visto este último año que, una vez iniciada, se expandirá como el fuego en busca de oxígeno. Porque, convocados los malvados, los pecadores que compiten por ser aceptados descubren enseguida que, en compañía del sal-

vajismo, es fácil conseguir la seguridad por medio del asentimiento, pero que el estatus requiere desarrollo.

Si se deben rediseñar los baños públicos para acomodar a los diferentes sexos, ¿cuánto más digno será afirmar que los sexos no existen, en realidad, y después que los hombres pueden dar a luz?

Si Donald Trump es malo, ¿no debe serlo también quien cuestione esa proposición? Y, si son malos, ¿no es lo digno que sean destruidos, y que luego corran la misma suerte quienes hayan clamado por ello? Si hay que poner límites al lenguaje para evitar «ofender» a los estudiantes universitarios, ¿cuánto más digno será expurgar los libros, las ideas y el rastro electrónico de cualquiera que defienda no sólo la materia ofensiva, sino la libertad de expresión en sí misma?

Sabemos que la parte que fija las reglas no ganará al final, pero, en lo que respecta a la aceptación de sus afirmaciones, lo cierto es que acaba de ganar la contienda.

Ahora estamos inmersos en una guerra civil prodrómica, y lo que nos jugamos es la democracia constitucional estadounidense. Las universidades, y los medios, siempre enfermos, han ido de la malicia a la depravación. Varios estados están intentando imponer a sus escuelas la enseñanza de la teoría crítica de la raza —es decir, del racismo—, y los gobernantes electos de ambas costas han rendido sus ciudades al vandalismo y la ruina.

La izquierda reta a los indignados, asombrados o afligidos a «ponerle nombre»[1] —se llama dictadura—, cosa que no se les pedirá volver a hacer si se le permitiera a la izquierda robar otras elecciones.

El salvajismo, apaciguado, no puede sino crecer, como sabe cualquiera que haya vivido maltratos en el hogar, un di-

vorcio despiadado o la disolución de una sociedad tóxica. Sólo tienen dos caras las historias que no nos afectan directamente. Luego sólo hay una; y que la verdad deba hallarse siempre «en un punto intermedio» ya lo refutó el mismísimo Salomón. A veces es así, y a veces no. Por eso tenemos reglas para el debate, y una de ellas es nuestra Constitución.

Pero ¿cómo puede tener lugar un debate —una deliberación, un juicio, unas elecciones— en el que una parte no rechaza la postura de su adversario, sino su derecho a existir?

Cuando no hay respuesta a esa pregunta, el ser racional debe aprender a hacerse otra distinta.

La pregunta que me hice yo, al ver como se disolvían mi querida democracia estadounidense y su cultura, fue: «¿Qué puedo hacer?». Pero al cabo de un año me di cuenta de que había una pregunta diferente que me acercaba un poco más a la paz. Esa pregunta es: ¿cómo podría alcanzar la claridad?

Estos ensayos, escritos durante ese año terrible, son la constancia escrita de ese intento.

1

La pluma estilográfica

Pastores, feligreses y monarcas: sabéis tan bien como yo
que sólo tenemos una virginidad que perder,
y que allá donde la perdamos estará nuestro corazón.

KIPLING,
«La virginidad» (1914)

Escribo con pluma estilográfica. La compré en la avenida Lexington de Nueva York el 31 de diciembre de 2000.

Me he pasado la mayor parte de mi vida con tinta en las manos. Crecí con tinta en las manos. En los pupitres de madera de roble y hierro de los colegios públicos de Chicago aún había tinteros de cristal en la década de 1950, y se debatía entonces si había que permitir a los alumnos entregar sus trabajos escritos con el nuevo invento del bolígrafo.

Fui editor del periódico de mi instituto. Lo escribía entero y después colocaba los tipos en un componedor de madera. Los tipos los sacaba de un chibalete California, llamado así porque era el conjunto básico de caracteres móviles que llevaban consigo los pioneros que fueron al oeste en busca de un buen lugar para montar un periódico. Mark Twain componía con un chibalete California; el proceso no era muy distinto al utilizado por Johannes Gutenberg.

Hice de Gutenberg para el pabellón de Alemania Occidental en la Exposición Universal de 1967, en Montreal. Iba vestido como supongo que era la moda en el siglo XV, y maneja-

ba un modelo de 1800 de su invento de 1439; entintaba un bloque y sacaba las hojas de la imprenta debidamente entintadas.

The Park Forest Star, de Illinois, se fijó en los artículos sobre deportes que publicaba en mi periódico y me contrató para cubrir los torneos de instituto de la zona. Me pagaban cuatro dólares por artículo, mi primer ingreso como escritor. Hace sesenta años de eso.

La tradición literaria de Chicago deriva del periodismo. Dreiser era periodista, como lo eran Carl Sandburg, Eugene Field, Ida B. Wells —que nació en la esclavitud y dedicó su vida a la erradicación del racismo—, Frank Norris —que denunció lo que ocurría en el parqué y en la industria del ferrocarril— y, por supuesto, Ben Hecht.

Él y Charles MacArthur escribieron la mejor obra de teatro estadounidense, o al menos la más influyente: *Primera plana*. Léanse sus apuntes sobre la vida urbana en *A thousand and one afternoons in Chicago* (1922), escritos a vuelapluma y perfectos; y también a su contemporáneo Finley Peter Dunne y su personaje cómico Mr. Dooley, el gran sabio y barman irlandés.

No había mejor escuela para un escritor que el periodismo. O aprendías al momento, o te largabas: a hacerlo bien, a hacerlo rápido, a mantener la claridad y a darle un desenlace. Damon Runyon (1880-1946) escribía sobre deportes para Hearst y se llevó su genio irónico a la información de actualidad (además de a la escritura de obras de teatro, guiones, relatos y novelas). Cubrió el juicio por el caso Lindbergh para Hearst, al igual que sus otras dos reporteras estrellas de sociedad: Adela Rogers St. Johns y Dorothy Kilgallen.

Kilgallen llegó a ser la periodista más famosa de Estados Unidos. Publicaba una columna diaria, «The Voice of Broadway», en 140 periódicos. Tenía un programa de radio diario e intervenía una vez por semana en el programa de televisión «What's My Line».

Fue la única periodista que entrevistó a Jack Ruby; la información que recabó la llevó a Nueva Orleans, tras la pista de los verdaderos asesinos de Kennedy; volvió a Nueva York anunciando que iba a publicar la verdad, y a la mañana siguiente la encontraron muerta por una sobredosis de «Te acercaste demasiado».

Martha Gellhorn (1908-1998) trabajó, al acabar la universidad, para el Proyecto Federal de Escritores junto a la fotógrafa Dorothea Lange documentando la Gran Depresión y el Dust Bowl. Era amiga de Eleanor Roosevelt, también una de las periodistas más influyentes del siglo XX. La columna de Roosevelt, «My Day», se publicaba en todo el país. Entre 1935 y 1962 escribió en defensa de los derechos civiles y de las mujeres, la ONU y el New Deal.

Gellhorn cubrió guerras en el frente (definición: cuando nada se interpone entre el enemigo y tú), desde España hasta Vietnam. Fue la mejor corresponsal de guerra del siglo XX, junto con W. C. Heinz. Este último escribió que los soldados se levantaban cada día para luchar y poder vivir, y que los corresponsales se iban con ellos para poder vivir consigo mismos. Escribió, por cierto, la película *M.A.S.H.* y *El profesional*, una de las grandes novelas sobre boxeo.

Ralph Ellison y Richard Wright escribían para los periódicos, al igual que Itzok Granich (Mike Gold, *Judíos sin dinero*), y lo hacían sobre y para su raza.[1] *The Chicago Defender* y el

neoyorquino *Amsterdam News* fueron una voz acreditada y referencia de la América negra durante la larga noche de la segregación, así como el judío *Forward*, publicado en inglés y en yidis.

Shakespeare dijo que los actores eran «síntesis y crónicas resumidas de la época». Sin embargo, en mi época lo fueron los periódicos. Hoy, como la calesa de un solo tiro del diácono, nos estamos haciendo pedazos de golpe, en un día.[2] Los tres motores de la cohesión cultural, los que evolucionaron para ventilar las diferencias y ayudar a dirimirlas, están en su lecho de muerte.

Sobre la educación, y en especial sobre las universidades, cuelga desde hace tiempo una señal de advertencia. Su codicia, su cobardía y su avaricia se evidenciaron y denunciaron durante cien años.[3] Llegada la década de 1960, se consideró suficiente acusarlas de ser meras canteras deportivas. Hoy cabría lamentar la pérdida de aquellos tiempos inocentes.

Los políticos han sido siempre una confederación de putas, que tan pronto traicionan como se confabulan con ese adversario que les promete ganar, por fin, en una alianza contra el electorado. Pero los periódicos…, ¿cómo expresar mi dolor por su transmutación en órganos de propaganda del Gobierno? Peor aún, se han convertido en desvergonzados mercaderes del odio y del pánico.

Me sorprende que me rompa el corazón, porque, de los tres órganos, con el que he mantenido una relación más estrecha en los últimos sesenta años ha sido la prensa. Un dramaturgo que no contara con el imprimátur inicial de la prensa de Nueva York no conseguía mucha fama, ni por tanto ingresos. Tras la huelga de los periódicos de 1978, el imprimá-

tur sólo lo podía conceder *The New York Times*, *primus inter inferiores*.

Me he beneficiado del apoyo de dos de ellos, y he padecido la implacable hostilidad de muchos, y sólo me oyó gimotear quien estuviera a mi alrededor. Pero ver como todo el maldito invento se iba a hacer puñetas me rompió el corazón.

Caran d'Ache es una empresa suiza fabricante de artículos de escritura de la más excelsa calidad. Fue fundada en 1915 y llamada así en alusión a Emmanuel Poiré, caricaturista francés de origen ruso que utilizaba dicho seudónimo (*caran d'ache* es una transliteración de «lápiz» en ruso). Era famoso por sus caricaturas antisemitas en los periódicos y revistas franceses a principios de siglo.

La circulación de los periódicos franceses se cuadriplicó durante los años del caso Dreyfus (1894-1906), desde la primera acusación falsa y su condena hasta su destierro en la isla del Diablo y los dos juicios posteriores.

La Libre Parole, fundado en 1892, hizo rico a su propietario, Édouard Drumont, machacando día tras día con incitaciones al odio y la revuelta y rehuyendo no sólo el proceso de la razón, sino la existencia misma de la realidad. *La Libre Parole* y el movimiento contra Dreyfus pasaron pronto de pedir la muerte para (el falsamente acusado) Dreyfus a pedir la muerte para sus correligionarios, los judíos.

Un periodista del vienés *Neue Freie Presse* cubrió el juicio. Era un judío asimilado, Theodor Herzl. Le asombró encontrarse Francia presa de un frenesí antisemita. En las pancartas exhibidas durante el juicio y la humillación de Dreyfus, que pedían, no la «muerte al traidor», sino la muerte a los judíos, Herzl vio la futura extinción europea de la judería.

Este genio miró a París en 1896 y vio la inevitabilidad de Dachau. Escribió *El Estado judío* en 1896. Aquello condujo al

Primer Congreso Sionista en 1897 (al que asistió mi tío abuelo) y, cincuenta años después, el sueño de Herzl se hizo realidad con la fundación del Estado judío.

Pero *La Libre Parole* y similares fueron un modelo para otras publicaciones antisemitas posteriores, sobre todo el nazi *Der Stürmer* y, más cerca de casa, el *Dearborn Independent* (1919-1927), de Henry Ford, una publicación antisemita cuya distribución impuso a todos los concesionarios Ford.

El modelo —la continua e infatigable siembra del odio— lo ha adoptado ahora, con un par de excepciones, nuestra prensa nacional.

Jefferson dijo que, si tuviera que elegir entre un gobierno sin periódicos y unos periódicos sin gobierno, optaría sin vacilar por lo segundo. Ahora tenemos periódicos que insisten en la infalibilidad del Estado y condenan la herejía del disenso.

Cuánta historia hay en una pluma estilográfica. Un vil antisemita dibujaba judíos desalmados con narices ganchudas para pagarse el alquiler. Un judío asimilado vienés vio en el frenesí psicótico la erradicación de los judíos. Su visión condujo a la existencia del Estado judío, el primer refugio en dos mil años frente al antisemitismo de Estado.

Mientras, los medios vociferan que el fin del mundo está cerca. Se redescubre la antigua estrategia del negocio: la incitación al miedo y, por tanto, al odio. Las corporaciones, las empresas, los trust, los *lobbies*, los kulakí, los negros, los inmigrantes, los judíos, los ricos, los burgueses: todos esos llamativos términos aplicados hasta el infinito han caído ahora en desuso, y nos encontramos con «los odiadores», una palabra muy endeble que connota una cultura tan fatigada y desanimada que ni siquiera es capaz de celebrar el odio con todo

su corazón: está esperando a morirse. Que es lo que he visto a mi alrededor en este año terrible.

La prosperidad heredada conduce a la pereza, y después a la codicia y a la delincuencia; tan inevitable será con las cuentas de ahorros destinadas a los hijos como con las subvenciones públicas para los pandilleros criados por la asistencia social.

Ambas son exenciones del trabajo. Las generaciones que trabajaron para ganarse la vida y que bendijeron el sistema que les permitió hacerlo están al borde de la tumba, y, en vez del ansiado período de esparcimiento y contemplación, nuestras menguantes reservas de energía se dedican al desconcierto, al asombro y a la pena.

Me compré mi pluma el 31 de diciembre de 2000 en la tienda Joon de la avenida Lexington. La tienda de plumas cerró en 2012, y también se cerró Lexington, por miedo al virus y los disturbios.

Lexington fue, durante más de cien años, la avenida del pequeño comercio del Upper East Side de Nueva York. Madison albergaba las tiendas de lujo y los restaurantes, y Lexington, las barberías, los talleres de enmarcado, las librerías, las ferreterías, etcétera.

Eric Hoffer escribió en *In our time*: «[…] el fin de la clase media superficial y mezquina que venderá su alma por dinero supondrá probablemente el fin de la urbanidad, de la tolerancia y, tal vez, de la risa. Cuando haya desaparecido, el país habrá muerto».

Bueno, han desaparecido de las ciudades, y las ciudades progresistas han muerto. La clase media, desaparecida y desterrada, se ha llevado consigo la experiencia y el *ethos* que, como escribió Milton Friedman, son una propiedad a la que el pueblo tiene derecho.

En mi casa cuelga la bandera de las barras y las estrellas. Estoy pensando en acompañarla de la bandera del pino. Era una de las banderas de la guerra de Independencia de Estados Unidos, en la que aparece un pino bajo el lema «*An appeal to heaven*» [Una apelación al cielo].

El pino, que los japoneses llaman *matsu* o *matsuko*, simboliza para ellos la energía en la vejez. El experimento estadounidense ha llegado, en 240 años, a esa bifurcación del camino inevitable para cualquier organismo. O bien disfrutaremos del respiro de una vejez con energías, o bien renunciaremos a ese período e iremos directa y rápidamente hacia la muerte nacional.

2

Causa y efecto

Es impresionante qué poco dinero hace falta para arruinar a un hombre joven.

ROBIN MAUGHAM

Un padre que no le enseña a su hijo un oficio le enseña a ser salteador de caminos.

HILEL

Un joven —hablo sólo de los hombres, como hombre y padre de otro que soy— no puede madurar sin la absoluta convicción de la universalidad de la ley de la causa y el efecto.

Siempre que haya un hada buena que pueda interceder, el niño y el joven, criaturas salvajes, la aprovecharán al máximo. Las burlas servían para destetar a los niños y alejarlos de las faldas de mamá; que se metieran con ellos los apartaba de petulancias y descortesías varias. Las faldas de mamá son una bendición; sin embargo, para madurar —es decir, para ser independiente—, uno debe renunciar a refugiarse en ellas.

El hostigamiento, el *bullying*, es la aplicación del poder no autorizado. Antaño consistía, entre los chicos, en darse empujones, puñetazos y palizas. Últimamente se supone que incluye burlas, insultos, calumnias y lenguaje grosero, y, tras el resurgimiento del término *microagresión*, la pueden alegar los que han ultrajado sólo por el color de su piel, o por una «apropiación cultural» (una práctica antes entendida como

una «imitación», una forma de halago). Estas acusaciones, por supuesto, no son sino una nueva clase de *bullying*.[1]

El joven con problemas entendía la escuela como un poder distante e indiferente, y sus padres —eso en nuestro querido sur; en el norte, su padre— eran tan propensos a aconsejarle la paciencia estoica, o que se defendiera, incluso, como a decirle que se quejara (lo que antes se llamaba lloriquear).

Oprimir al débil es reprobable; sin embargo, uno se encontrará con abusones en cualquier organización de la vida. Podrías tener que someterte a un jefe autoritario, o resistirte a él y arriesgarte al despido. Pero la capacidad de valorar la afrenta, las posibles reacciones y sus costos se aprendía antes en el patio del colegio.

Esta valoración se basa en el costo. El niño que es objeto de burlas puede callar, y quizá eso tenga un costo para su orgullo. Tal vez decida que el matón se cansará, calcule la duración que pueda tener ese acoso y sopese las molestias que podría causarle en ese lapso. Si el hostigamiento es físico, antes podía apelar al profesor, que ordenaba a las partes afectadas «ponerse los guantes». Si la víctima consideraba eso insuficiente o, por el motivo que fuese, inaceptable, podía trasladar su queja al bedel del colegio (que hacía el trabajo sucio), al subdirector o a sus padres, y encomendarse a la suerte.

Hoy, este padre descubre que los colegios «se toman muy pero que muy en serio las denuncias de *bullying*», lo que quiere decir que les enfada mucho y que se desviven por temor a la censura de la comunidad o a las demandas judiciales.

Todavía se puede distinguir la aplicación del sentido común en algunas instituciones estadounidenses. Entre ellas no están las escuelas. Ante la aparición o la mera denuncia de

una conducta adversa, los directores de nuestras escuelas acuden a las faldas de sus mamás y a la comedia de la «tutoría entre iguales». Estos cobardicas freudianos han engendrado una cultura de lloriqueo constante y colectivo.

Los otrora marginados se tendían en un diván y se quejaban a viejos judíos que habían morado en las escuelas durante décadas para ganarse el derecho a escuchar confidencias.

Ahora, sin altercados que la policía pueda considerar lo bastante peligrosos, las dos partes se sientan frente a frente en una mesa de juntas y un «tutor entre iguales» les sugiere que confiesen o confeccionen sus sentimientos.

Los chavales de hoy, como todos los alumnos de antaño, agradecen cualquier oportunidad para salir de la clase, y ¿qué mayor placer que jugar a ser Perry Mason para los directores del colegio, que han demostrado ser demasiado estúpidos para entender que los chavales les estaban tomando el pelo?

Al joven estudiante se le decía que sólo se metiera con los de su tamaño (un mandato moral); sin embargo, abstenerse de meterse con los mayores era una lección práctica (es decir, imborrable) sobre la causa y el efecto. O al menos lo era hasta que el álgebra de las microagresiones permitió al débil el disfrute de meterse con el fuerte, y conseguir con ello, no una amonestación, sino una recompensa.

Hoy, los rufianes, los agitadores y los ladrones destruyen nuestras ciudades. Han hecho el análisis costo-beneficio y descubren que no arriesgan nada, y, como los niños en la tutoría entre iguales, disfrutan de la preocupación —es decir, de la aprobación— de las personas a las que se paga para controlar sus conductas.

Podríamos disfrutar lo que nos ha sido dado, pero no valorarlo, a menos que se nos inculque el respeto a Dios, al país,

a la familia, a la vida humana y a la propiedad privada.

Sin ese respeto, el único control sobre la conducta humana es la fuerza o la amenaza de la fuerza (la ley), y el deseo de eludir su poder (la razón, la conciencia o, en su defecto, la capacidad de sopesar los riesgos y beneficios). Si el niño no guarda ese respeto, si no lo ve en la familia, o en su lugar de culto, o en los colegios, ¿dónde lo aprenderá? No lo hará. Si, además, no aprende de pequeño las reglas de la causa y el efecto, si no tiene que esforzarse por aquellas cosas que desea, no las aprenderá nunca. Es tan imposible como meter a cualquiera en un helicóptero y pedirle que lo pilote diciéndole tan sólo que eso sube y puede bajar.

No tengo ni idea de por qué las mujeres marcharon en Washington durante la Marcha de las Mujeres, pero debo concluir que lo hicieron para salir de casa y socializar con otras como ellas, como hacían antes los hombres, que iban a los congresos para escapar del matrimonio.

¿De qué sirvió, por lo demás, ponerse los «Pussyhats»,[2] esos gorros rosas a lo Till Eulenspiegel, y exigir que se corrigiera de inmediato algún mal indefinible?

Existe una cronología de los hechos.

Lisístrata, de Aristófanes, se representó por primera vez en el año 400 a. C. En ella, las griegas están asqueadas porque sus maridos son incapaces de poner fin a la guerra del Peloponeso. Les niegan los derechos conyugales hasta que propicien la paz. No les sale muy bien, pero al menos se puede decir que es un cálculo racional.

Lady Godiva (990-1067) era la esposa de Leofric, conde de Mercia. La leyenda cuenta que estaba molesta porque su marido le cobraba a la plebe unos impuestos injustos, y que por ese motivo cabalgó desnuda por las calles.

Así me imagino yo el diálogo:

MERCIA, 1035, HOGAR DE LOS GODIVA

LADY GODIVA: ¿Leofric...?

LEOFRIC: ¿Sí, Bárbara?

LADY GODIVA: Me preocupan tus opresivos impuestos a los pobres.

LEOFRIC: ¿Qué propones tú?

LADY GODIVA: Bueno, voy a quitarme la ropa y a cabalgar por las calles desnuda.

(Pausa.)

Véase la Marcha de las Mujeres. ¿Qué querían propiciar las mujeres? ¿Y cómo iba a conseguirlo la marcha? Nadie ha sabido decírmelo. Sé que estaban «protestando» contra Donald Trump, pero ¿qué significa esto? ¿Protestar contra una persona?

Estaban furiosas, o decían estarlo, por un comentario desagradable que se le había oído decir en privado.

Una población masculina más ilustrada entendería que la hégira de las mujeres es lo mismo que uno hacía antes, con el pretexto milenario: «Cariño, tengo que ir al congreso de Cincinnati. Ahí es donde se hacen contactos». Todo el mundo sabía que la explicación de los «contactos» era una excusa, pero los maridos no se percataban de que sus esposas lo sabían. ¿Dónde están, en los matriarcados de las ciudades de las costas, esos hombres que puedan hacer un análisis ilustrado de la Marcha de las Mujeres?

La celebración es un impulso humano de lo más natural. La Marcha de las Mujeres fue, como la parroquia y el fútbol del viernes por la noche, una excusa para juntarse y diferenciar un día de otro. A esas ocasiones se las llamaba antes días festivos, y se dedicaban a la defensa de alguna idea, acontecimiento o persona. Ahora se han fusionado (como con el Día de los Presidentes, en vez de los aniversarios del nacimiento de Lincoln y Washington), abolido (como el Día de Colón) o readaptado a modo de premio del Gobierno (como cambiar los festivos de fecha para que haya puentes).

La histeria de la COVID-19 ha aislado a los ciudadanos occidentales, y no sólo bajo la amenaza del virus, sino de la penalización por parte del Gobierno. Pero la manifestación y los disturbios de la izquierda estuvieron exentos. El Estado prescribe así el único modo aceptable de congregación; cuestionar ese fenómeno era una invitación a la censura y a las represalias. Éste es uno de los costos de la Marcha de las Mujeres: que la izquierda retara a cualquiera a preguntar «por qué».

Sin una instrucción sobre costos y beneficios, el niño crece torcido. Acudirá siempre a la comunidad que acepte, emplee o explote su falta de autodirección. Encontrará la aceptación entre los lisiados mediante la ayuda de sus padres, de la asistencia social o de un Estado más que encantado de pagar su infantilización continua (la universidad). Puede que él disfrute su cultura de la queja si la financian sus padres o el Estado, pero ¿quién trabajaría durante años para pagar «una educación» que no promete más que una pérdida de tiempo y la incapacidad de conseguir un trabajo?

El estudiante universitario de hoy sabe que nunca pagará por sus años en el parque temático. Incluso ha desaparecido el acicate de las deudas estudiantiles: ¿acaso no le ha asegurado el Partido Demócrata que le será condonada, como derecho suyo que es?

El ratón no va a ponerle el cascabel al gato. El gato, aquí, es la necesidad de autonomía personal en un mundo muy muy malo.

La izquierda es atractiva para los jóvenes porque afirma que tienen que evitar enfrentarse al monstruo (la madurez); que ellos, la izquierda, simplemente aprobarán leyes y más leyes que obliguen al gato a ponerse él mismo el cascabel.

3

Rojos, rosas y *goo goos*

Los malos son malos sin duda, y se extravían, y se caen, y vienen a través de sus desiertos; pero ¿quién sabe qué fechorías cometen los muy virtuosos?

THACKERAY,
The Newcomes (1853)

Lincoln Steffens (1866-1936) fue el *muckraker* más destacado del siglo XX. Los *muckrakers* eran los protoperiodistas de investigación de la época. Su libro *The shame of the cities* [*La vergüenza de las ciudades*], de 1904, es un catálogo de corrupción política que hoy le resultará familiar a cualquier persona medianamente perspicaz.

Por un lado, mostró cómo los monopolistas utilizaban a los políticos para exprimir el país hasta dejarlo seco y, por el otro, cómo los anarquistas exprimían a los monopolistas.

Clasificó la izquierda, por orden descendiente en función de su poder, en rojos (anarquistas y marxistas), rosas (intelectuales) y *goo goos*[1] (los que Lenin llamaba «tontos útiles»).

Yo hace tiempo que los ordeno así, de menos a más: idiotas, idiotas malvados y salvajes.

No creo que los *goo goos* sean menos culpables que sus correligionarios más activos, porque a los salvajes de hoy —los marxistas, los anarquistas y los estafadores raciales— les resultarían imposibles sus depredaciones sin la complicidad de la masa.

Los *goo goos* de principios del siglo XX fueron los santos de la intelectualidad de mediados de siglo y su progenie. Margaret Sanger y John Dewey fueron los profetas de, respectivamente, la eugenesia y el «aprender haciendo», es decir, de la no educación, es decir, de la esclavitud.

La gran escuela Francis W. Parker, donde pasé mis dos últimos años de instituto, había inscrito en el proscenio del salón de actos esta cita de Dewey: «Una escuela debería ser un hogar modélico, una comunidad completa, una democracia embrionaria». Nadie que fuese a la escuela lo olvidó jamás. Pero ¿qué significaba?

Significaba que el trabajo de los docentes era criar a los niños. No era el trabajo del hogar, sino la misión de las élites, postulada por las escuelas. Era la reverberación genuinamente progresista de Jane Addams y su movimiento de creación de centros de acogida social.

Addams trabajó heroicamente en los barrios pobres, donde ayudaba a los nuevos inmigrantes. Sin embargo, existe una diferencia entre ayudar a los inmigrantes a aclimatarse a un nuevo entorno y enseñarles a criar a sus hijos. Vemos las desgraciadas reminiscencias de esa filosofía en la miserable ruina que son nuestras ciudades del interior, gracias al estado de bienestar.

Margaret Sanger creía en la eutanasia y la esterilización de los «desafortunados», los discapacitados mentales y los negros. Fue la fundadora de Planned Parenthood [‘Planificación Familiar’], que, como todas las organizaciones, amplió sus actividades: primero, el control de los infrahumanos; después, el control de toda concepción.

Sus ideas fueron asimiladas en la década de 1960, cuando la clase de «higiene» pasó a ser de «educación sexual»; los

docentes decían que, como quizá no se les enseñaba a los niños en casa, tenían que hacerse cargo las altas instancias. Y ahora lo que tenemos son parvularios donde se imparte un estrafalario catecismo de política identitaria sexual.

¿Cómo podría una escuela ser una comunidad completa? La iglesia o la sinagoga no lo eran, ni tampoco las tiendas o las empresas. Se entendía cada cual como parte de una comunidad; una comunidad que prosperaría a medida que sus componentes contribuyeran con sus esfuerzos.

Una escuela podría ser una comunidad completa sólo si se destruyeran los demás aspectos de la comunidad. Las Juventudes Hitlerianas pudieron ser una comunidad completa. Eran una banda criminal. La razón de ser de las bandas es suplantar a la familia y al mercado, como vemos ahora con la educación, que no sólo se ha arrogado la enseñanza de las prácticas sexuales, sino también la dirección política y, por tanto, la económica.

Sin embargo, para que una escuela fuese y siguiese siendo una comunidad completa tras la matriculación del estudiante —si era completa, ¿a qué otra comunidad podía irse?—, éste debía seguir vinculado a la escuela. ¿Cómo se consigue esto? Negándole una educación.

Así, la «comunidad completa» de la escuela metastatizó —si la escuela no podía ser la «vida», entonces toda la vida tendría que ser una escuela— a medida que sus titulados se dispersaron y envenenaron a toda la sociedad. En Estados Unidos, son como los progresistas de los estados bastiones de los demócratas que, tras haber aumentado los impuestos y las regulaciones hasta llevar a la ruina sus estados de origen, se mudan a prados más verdes para arrasarlos también por medio de sus votos.

Los progresistas con estudios, sin haber adquirido nunca competencias en la autonomía o la discrepancia política racional, llevan su falsa «comunidad» al mundo y reproducen los seminarios de su juventud en vecindarios aislados y herméticos.

Lo más cerca que puede llegar la humanidad a ser una comunidad completa es la esclavitud, e incluso entonces tendremos clases diferenciadas de esclavistas, supervisores, la nomenklatura y sirvientes domésticos, y cada una formará su propia comunidad.

Y una escuela no puede ser una democracia embrionaria. No puede ser una democracia, de hecho, porque, dado el democrático principio de «una persona, un voto», los estudiantes podrían sacar adelante cualquier moción. Por tanto, esto se dice, o bien desde la hipocresía, o bien desde la ignorancia.

Este último es, por supuesto, el terreno de los *goo goos*, los ideólogos, los bienintencionados y, por último, los que son aislados por sus comunidades de las consecuencias de sus actos, junto con otros bendecidos.

El hogar maltratador, narcisista y psicótico es una estructura frágil y sólo puede funcionar con los impotentes (los niños) y los abúlicos. Esa estructura se reproduce si el niño maltratado se convierte en un padre maltratador, como también los *goo goos* asumen el doble papel de esclavos y esclavistas al imponer constantemente, a sí mismos y a sus correligionarios, nuevas y severas exigencias.

El hábito del pensamiento de grupo, absorbido en las escuelas, se perpetúa en sus titulados. Porque, para la izquierda, se debe evitar el cuestionamiento, considerado una amenaza psíquica muy palpable. El temor a la exclusión los infantiliza, y se convierten en ese bebé, niño o joven maltrata-

do para el cual reconocer el maltrato conlleva perder el único hogar que conoce.

Los funcionarios públicos ordenaron el uso de mascarillas y después incumplieron flagrantemente sus propias reglas. ¿Por qué no protestó la izquierda? Si las mascarillas eran necesarias para preservar la vida, cabría pensar que incluso los funcionarios más depravados y corruptos obedecerían esa ley concreta. Si, por tanto, queda demostrado que las mascarillas no son necesarias para preservar la vida, ¿por qué los solones aprobaron esas leyes?

¿Y por qué el pueblo cooptado no hizo esa pregunta?

Cubrirse el rostro debe ser —puesto que los funcionarios responsables dudaron de su utilidad— un símbolo religioso, como el uso del burka. Esta comparación podría ser útil, porque, en la práctica, el burka no se usa para impedir la propagación de las enfermedades, sino las interacciones prohibidas.

Pero, si el objetivo de las autoridades al imponer los confinamientos, las mascarillas y la distancia social no era contener la enfermedad —y, puesto que no obedecieron las reglas, debemos suponer que no era ésa la intención de los legisladores—, ¿para qué servían? O bien, «¿quién se beneficia?».

Tal vez nos ayude echar un vistazo a la política de principios del siglo XX a través de las observaciones de Lincoln Steffens.

Los monopolistas tenían una táctica predilecta en el siglo de las guerras laborales. Era la respuesta del capital a las huelgas y se la llamó «cierre patronal».

Los dueños de las fábricas recortaban los salarios, alargaban las jornadas y despedían de sus empresas a los que no se amoldaban. Si los trabajadores convocaban una huelga, los

propietarios cerraban las fábricas, se llevaban la actividad a otra parte y dejaban que los trabajadores se murieran de hambre, si no «entraban en razón».

De este modo, no sólo se paralizaba a los sindicatos, sino también a los esquiroles, por lo que dejaba de entrar dinero a la ciudad paralizada. Los trabajadores, al final, tenían que someterse a cualesquiera demandas de los dueños de las fábricas. Y lo hacían. Los propietarios podían llevarse la fabricación a otra parte, pero a los trabajadores los ataban sus familias y sus casas.

La «plandemia» de la COVID-19, al margen de cómo empezara y con qué grado de opinión sincera, buena voluntad y preocupación, se convirtió enseguida en un cierre patronal: los dueños de las fábricas —en este caso, el Estado— destruyeron a la clase media, de la que temían, con razón, que con sus votos lograran reducir los impuestos y las regulaciones.[2]

Del mismo modo que los propietarios de las fábricas enfrentaron entre sí a los trabajadores (a los afiliados a sindicatos y a los no afiliados) en una carrera hacia el abismo, la izquierda, sus aparatos políticos y los medios han conspirado para dividir y conquistar, a base de cubrir todos los rostros y aislar a los ciudadanos de sus conciudadanos, y no bajo la amenaza de una lenta inanición, sino de la muerte por asfixia.

La escuela no debería ser una comunidad completa, y una comunidad completa no debería ser una escuela, porque una escuela no puede ser una democracia. Debe ser una autocracia.

Una de las estrategias del estatismo, que acabará usurpando el poder afirmando la apremiante necesidad del orden, es llamar a los comienzos de su cruzada «enseñanza».

4

¿Qué vale un nombre?

El presidente Trump lleva denunciando las noticias falsas [*fake news*] desde que anunció su candidatura. En esto me tiene de su lado. De hecho, una excelente preparación para lidiar con la inclusión en listas negras (la mía propia) es forjarse una carrera profesional como dramaturgo. La ciencia de la historia floreció con el invento de los tipos móviles; ahora está muriendo por la aplicación de un borrador de tinta conocido como «los medios». Pronto dejará de existir.

La izquierda, que lleva tiempo sosteniendo que los hechos son «engañosos», ha llegado ahora a negar que existan siquiera: los hombres pueden dar a luz; los niños nacen sin sexo; todos moriremos por nuestros pecados medioambientales en diez o doce años. ¿Cómo interpretarán las criaturas de los próximos milenios las ruinas que puedan quedar?

Veo en eBay que se vende una postal. En ella se ve un monoplano Blériot estrellado de morro en un campo en 1909. El pie dice: «Aterrizaje violento, primera vuelta, Issy, agosto de 1910, aviador Mamet». Se ofrece en eBay por 49,95 dólares negociables como «*Vintage* accidente inicios aviación David Mamet París Francia». Bueno, no soy yo, que todavía no era ni un destello en los ojos de mi abuelo. Se trata de un pariente mío muy lejano, Julien Mamet, mecánico de Blériot y, pro-

bablemente, el primer judío que voló con algo más pesado que el aire, por si el futuro está escuchando.

¿Y quién habría imaginado que mi apellido, tan raro y extranjero, sería utilizado como reclamo en el mercado? Es el apellido que figura en el pasaporte ruso de mis abuelos paternos (1922): Mamet y Mameta. Era su apellido en la Polonia rusa, y seguramente es de origen turco o árabe, como Mahmud, Mohamed o similares.

Nunca me gustó el apellido y con mucho gusto lo habría hecho pasar por francés; lo único que me contuvo fue el temor a que me descubrieran. Sin embargo, cobró fuerza y aplomo con la gran Jackie Bisset, que, como yo, pronuncia la *t* final. Y, como dice la vieja cancioncilla inglesa: «Ay, lo importante que puede ser una consonante, porque *twining* sería *wining* si no fuese por su "té"».[1]

Estaría bien.

Pero aquí estoy clavado a lo que siempre he considerado un apellido sin atractivo. Mi hijo pequeño, en cambio, ha sido tratado con gran deferencia, dice. Se llama Noah B. Mamet, y se podría pensar que es un nombre único, pero así se llamaba también nuestro embajador en Argentina (2015-2017). Cuando tenía cuatro y cinco años, Noah recibió varia correspondencia dirigida a Su Excelencia.

¿Qué vale un nombre? Shaw escribió que cualquier profesión que se exprese en su mayor parte con jerga es una filfa. *Wellness* ['bienestar'] es un neologismo inglés que significa 'salud' [*health*]. ¿Qué tiene de malo *salud*?

Pero las modas cambian. Es la condición *sine qua non* de las modas. Los *menesterosos* se convierten en *indigentes*, y después en *sintecho*. Las personas son las mismas, pero se le

da la vuelta al problema social para que sea una solución política: cámbiales el nombre y adóralos.

A los empleados se les llama ahora *recursos humanos*. La gente a la que se refieren es la misma, pero la diferencia es semántica, es decir, que reside en cómo se los considera y, por tanto, se los trata. ¿Qué hace uno con los empleados? Les paga. ¿Qué hace uno con los recursos? Los explota.

La Coca-Cola no es más que agua marrón con azúcar y burbujas. También es la marca más famosa del mundo. Al majara que decidió cambiar la fórmula de la Coca-Cola y venderla como «New Coke» lo contrarresta el genio del marketing que promocionó un movimiento marxista-anarquista americanófobo como Black Lives Matter ['Las Vidas Negras Importan'] —que expresa una opinión de la que nadie discreparía— y utilizó tal título para inmunizarlo contra el escrutinio de sus actividades.

Esta táctica la desenmascaró Lenny Bruce en una sátira sobre un cantante que está en el escenario, con escaso éxito. «Bien, la siguiente canción no la canto yo. La canta Al Jolson. A Jolie, que está en el cielo del mundo del espectáculo, aplaudan a Jolie», dice.

Ese *wellness* es la New Coke de la salud, en el sentido de que enturbia las cosas. Sabemos que, excepto cuando estamos enfermos o asustados, cada uno es responsable de su propia salud, pero *wellness* parece extender la cosa hasta el punto de que no puedan concretarse ni su objeto ni sus resultados. Así, los intentos de comercializar los productos y tratamientos *wellness* se pueden ampliar hasta el infinito.

Véase también la preocupación por ese fantasma llamado *justicia social*, un concepto, como el de *wellness*, del que nunca se tiene suficiente y del que, por tanto, se puede vender cualquier cantidad.

Por estos lares no somos muy dados a los títulos protocolarios. A los británicos les encanta anteponer a su nombre indicadores de su posición social. Tienen varios matices para los caballeros y para distintos grados de nobleza, el apéndice de las condecoraciones militares y la pertenencia a sociedades reales, junto con los títulos académicos de andar por casa.

El título anuncia una distinción valiosa para sus poseedores, o les da esa esperanza. Aquí, en Estados Unidos, tenemos rangos militares, grados académicos, el título de doctor y eso es todo.

Sí, el titular de un cargo público recibe el tratamiento de señor o señora tal, pero, por suerte, nos da apuro concederles ese honor a sus antiguos titulares, se hayan jubilado, sigan ahí vendiendo su discurso o en el período de transición entre el cargo público y la cárcel. No es ése el estilo americano. Nosotros somos un país de ciudadanos que siempre se han enorgullecido de la capacidad de juzgar el valor social y moral basándonos sólo en la ostentación de la riqueza.

Pero ahora, queridos míos, se ha adoptado la nomenclatura de la nueva moda e incluso se ha incorporado a varias leyes: véase la idea de que haya que dirigirse a alguien por el título que él o ella desee. La pregunta que se me ocurre es: «Y si no, ¿qué?». Y la respuesta es: «Irán haciéndose pipí hasta casa»; y entonces el infractor podría sufrir la «cancelación» y ver arruinada su vida.

Desde el punto de vista operativo, esto, en vez de facilitar la interacción social, la ahoga, y muchos —incluido yo— nos enfrentamos a la típica decisión del póker: subir, igualar o retirarnos.

Igualar significa aquí seguirles la gracia; retirarse, decir lo que se piensa y acabar la conversación, o largarse y renun-

ciar a cualquier posible beneficio personal.

Pero he considerado subir la apuesta, y ahí va: una persona exige que se dirijan a ella como X o Y; otra, como A o B, y yo podría estar ahí sentado, tomando notas alrededor de un diagrama de la mesa de juntas. Pero después me toca a mí anunciar mi título. En los últimos meses he fantaseado con exigir que se dirijan a mí como Dr. Mamet, ya que poseo títulos honoríficos de instituciones que ahora son universidades honoríficas.

Sin embargo, a mi cerebro de dramaturgo no le parece que esto cause suficientes estragos. Mi fantasía actual es exigir que se dirijan a mí, tanto en primera persona como en tercera, como Su Majestad o Vuestra Majestad. Cuando me pregunten, podría mostrar la fría impenetrabilidad de la realeza y explicar que soy descendiente directo del rey David —¿quién sabe?—, y los mandados que están sentados alrededor de la mesa podrían, según prefieran, vociferar chorradas o seguirme la gracia.

Mi hija Clara dice: «Papá, éste eres tú en una reunión de trabajo:

»PERSONA A: Es un honor conocerlo.

»YO: Entonces, ¿por qué no se va a tomar por culo?».

Esto no se ajusta del todo a la realidad.

Sé hacer bien varias cosas; la cháchara como herramienta profesional no figura entre ellas.

Ejecutivo de la industria del entretenimiento: Sr. Mamet, es un gran honor conocerlo.

Nunca he mantenido una reunión que empezara así y tras la cual el proyecto no acabara en nada o yéndose a pique. ¿Por qué? Porque en la industria del entretenimiento, a diferencia de en el teatro estadounidense (1776-2020), soy un

empleado; y ¿qué jefe no lamentaría tratar a un recurso humano con esa *politesse* antiguamente llamada «cortesía»?

¡Qué tiempos aquéllos, los del «vamos a hacer negocios», de los estudios cinematográficos! Uno daba por sentado que, si estaba en un despacho, era porque el otro tipo quería hacer negocios, y la conversación era así: «Sí, siéntate. ¿De qué estamos hablando, quién sale en ella? ¿Cuánto va a costar? ¿Cuándo puedes empezar?».[2]

De vez en cuando, en la época de mi tierna juventud, cuando iba de visita desde el este, se dirigían a mí como «Mamay». Siempre odiaba tener que corregirles.

5

Pippa pasa

Imagínate una persona a la que se le ha enseñado que no es necesario trabajar, rezar, estudiar o casarse. Si extendemos esa idea a tres generaciones, vemos los mismos efectos sobre nuestra civilización que cabría esperar sobre la persona: el terror.

Se ha atribuido ese terror a una inminente catástrofe mundial —es decir, a la venganza del sol, los vientos y las mareas —, a una epidemia de gripe, a Donald Trump o a los «supremacistas blancos».

Estas quejas son síntomas, y a quien se le den bien los diagnósticos identificará qué es lo que subyace a ellas.

Pero una persona confusa y asustada no puede acertar en sus diagnósticos; se lo impide por comorbilidad un miedo real —y racional— a las turbas. Nunca se definió esa «libertad» que veneraba mi generación, los jóvenes de la década de 1960. ¿De qué se suponía que íbamos a liberarnos? Resultó que esa búsqueda imaginaria nos llevó, a nosotros y a nuestros descendientes, al desarraigo, es decir, a liberarnos de las raíces.

El horror del holocausto mundial comenzó con el invento de la bomba atómica. La Unión Soviética aprovechó el miedo de Occidente a la bomba a través del movimiento por la «paz», financiado por los comunistas. A los occidentales, su-

puestamente inteligentes, se nos enseñó —aunque creíamos haber llegado a esa conclusión por nuestra cuenta— que sólo se podría evitar la aniquilación mundial mediante el desarme unilateral. A los rusos no les daba miedo la bomba. Para ellos era como la pluma mágica de Dumbo: les permitía hacerlo todo.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era el país más poderoso de la historia. Pero nuestro nuevo adversario, la URSS, mantenía una bomba en vilo sobre nosotros, un arma tan impresionante que la izquierda occidental fue inducida a preferir rendirse antes que arriesgarse a que estallara un conflicto. Pero imaginemos un conflicto armado en el que sólo se le permite a una de las partes intensificar sus ataques.

Un policía que apunte a un delincuente con un arma de fuego está usando la amenaza de la fuerza para obligarlo a obedecer la ley. Sin embargo, si al delincuente se le asegura que el policía no disparará, las posibles armas del policía se reducen a la mitad: el delincuente tiene dos manos, pero el policía tiene un arma inútil en una mano y sólo le queda una libre.

Además, el delincuente tiene ahora la posibilidad de arrebatarle el arma y usarla contra él. El policía armado ha dejado de ser un agente del orden para ser una armería.

Ahora, el delincuente pícaro, en vez de evitar los enfrentamientos con la policía, podría provocarlos a propósito, ya que son una oportunidad para interponer una demanda civil o, simplemente, exhibir su audacia[1] (en Estados Unidos, varios estados han propuesto leyes que «despenalicen» —es decir, que deslegalicen— la resistencia a la autoridad).

A la Unión Soviética se le aseguró que Estados Unidos no atacaría primero, y dedicó ingentes esfuerzos a garantizar que no los atacásemos ni antes ni después. Stanislav Lunev calcula en su autobiografía, *Through the eyes of the enemy*, que la URSS se gastó mil millones de dólares en financiar el movimiento pacifista.

Con esa garantía, a la URSS le interesaba arrastrar a Estados Unidos a conflictos subnucleares. En ellos, las reglas de intervención —para Estados Unidos— las fijaba el movimiento pacifista, es decir, la Unión Soviética.

Las guerras limitadas no existen. Quien fija las reglas del conflicto fija las reglas de la paz, como observó Napoleón.

En Corea y Vietnam, la Unión Soviética sostuvo sobre nuestras cabezas la amenaza de una guerra nuclear que sabía que nunca libraríamos. De modo que malgastamos sangre y dinero público en medio mundo. Rusia ordenó luchar a sus satélites: la China controlada por el Partido Comunista y el movimiento pacifista. Nuestros adolescentes murieron en Vietnam en una «guerra limitada». Es decir, una guerra que se declara imposible de ganar.

Un policía sin armas está en una mejor posición que el policía con armas que tiene prohibido usarlas; este último es sólo un guardia de seguridad, es decir, un adorno en el jardín o un trampantojo del concepto de seguridad, que no está ahí para disuadir del delito, sino para tranquilizar a los clientes.

Un ciudadano libre podría decidir defenderse él mismo. Pero ¿por qué iba a hacerlo un cliente? Se conforma con dejar que el agresor fije las reglas: que el ladrón tenga la libertad de robar, y el cliente, la libertad de suponer que el delito no derivará en violencia.

En cualquier conflicto existencial, la parte que esté dispuesta a deshacerse de las reglas será la que gane. Esta parte será la que comprenda, como un hecho natural, que las reglas *per se* no se pueden utilizar contra un adversario.[2]

Los emisarios que envió el Japón imperial a Estados Unidos para negociar la paz se reunieron con nuestros funcionarios en Washington mientras sus aviones bombardeaban Pearl Harbor.

Los matones de las calles de Portland atacan a la policía y después levantan las manos y canturrean.

Barry Goldwater se postuló como presidente en 1964. Cuando le preguntaron por la guerra de Vietnam, dijo que las únicas alternativas eran «o lanzarles una bomba que los llevara de vuelta a la Edad de Piedra, o salir de allí mañana mismo». Lo tacharon de belicista y psicótico. Pero ¿qué otra opción había, si estábamos metidos en una guerra? Porque tal era su pregunta: ¿estamos metidos en una guerra? Si lo estamos, ganémosla. Si no, larguémonos.

Su observación fue exactamente la misma que hizo Salomón, que hizo entrar en razón al tribunal sugiriendo que dividieran al bebé por la mitad.

Los Estados Unidos conservadores, una democracia constitucional en una república, llevan enfrentándose a su crisis existencial desde la hegemonía de Obama.

Aquellos polvos trajeron estos lodos, y un Estado profundo, sin que lo frenen la ley y las costumbres, está utilizando la legitimidad esencial de sus adversarios (la ciudadanía) contra ellos; es decir, está retando a los ciudadanos a rebelarse mediante estrategias y energías superiores a las de sus atacantes.

La pasividad de esos progresistas que piensan que «esto no puede pasar aquí» ha madurado y se ha convertido en la complicidad de una resuelta ignorancia. Esto está ya pasando aquí. Y ya pasó aquí. A los ciudadanos que cumplen la ley se les reta a exigir el imperio de la ley. Negarlo es aceptar la sabiduría de las pegatinas de los coches: «Prefiero arrastrarme de rodillas ante Moscú que ser la víctima de una bomba nuclear». La estrategia de Rusia la reveló el siguiente lema: «Si eres lo bastante idiota como para aceptar esta opción, ya has perdido».

En nuestro magnífico país, «la alondra está en el alero, el caracol en el espino, Dios en su cielo, ¡todo va bien en el mundo!».[3]

Dios está en el cielo, sí, sólo que nunca ha hecho caso del mundo, y, por mejorar a Browning, «la carne está en el asador». Y los estadounidenses que cumplen la ley, angustiados por la chatarra en que la izquierda ha convertido este país, se preguntan con qué campanada de medianoche la izquierda se quitará del todo la careta y si apenas se diferenciará su rostro de su actual disfraz.

6

King Kong

Freud escribió que la única manera de olvidar es recordar.

Encontramos el mismo aparente oxímoron en Deuteronomio 25,19: «[...] borrarás el recuerdo de Amalec [el símbolo del Mal] de debajo de los cielos. ¡No lo olvides!». Esto es una prueba, por si era necesaria, de que los autores de la Biblia eran bastante freudianos.

El cerebro humano difiere del animal en su capacidad de establecer relaciones. Esto explica la facultad que llamamos *razón*, y el descarrilamiento de esa facultad hacia el arte o la neurosis. Ahí, la causa y el efecto se mezclan, se disfrazan, se invierten o se reordenan. En el caso del arte, la nueva relación puede funcionar al servicio de un concepto distinto y más bello (si no más reductible). La neurosis emplea los mismos procesos para camuflar lo desagradable o inaceptable.

El concurso de Miss Estados Unidos es, en esencia, una reedición de las subastas de esclavos. *King Kong* es, por supuesto, una fantasía de violación. Aquí, la enorme criatura negra desea tanto a la mujer blanca indefensa que está dispuesto a morir por ella. Muere con ella en la mano y agarrado a la mayor erección del mundo, vencida por los artilugios mecánicos de unos diminutos hombres blancos que, sin más ayuda, no tenían esperanzas de poder combatir tal lujuria animal.

Por si alguien no lo capta, tenemos el lema de la película: «No fueron los aviones; fue la Bella la que mató a la Bestia».

El *envoi* de la historia es el absurdo y, por tanto, cómo actúa el mecanismo represor: ¿qué iba a hacer King Kong con la chica cuando la «tuvo»? Por ampliar esta idea: ¿por qué era un artículo de fe que los esclavos varones afroestadounidenses tenían un insaciable apetito de mujeres blancas?

Esto nos lleva a Sammy Davis Jr. y a *Sinatra: todo o nada*, el soberbio documental de Alex Gibney. En él se nos muestra cómo Frank defendió a Sammy Davis al romper las barreras para los intérpretes de color en Las Vegas e incluirlo casi como un igual más —algo extraordinario para la época— en el grupito de Frank, el Rat Pack, donde todos los demás eran blancos.

Los Kennedy y sus socios de la mafia conspiraron para que JFK ganara las elecciones. Frank es el alcahuete. Se hace amigo de los Kennedy mientras hace campaña por ellos, al igual que otros miembros del Rat Pack, y espera un asiento junto al trono cuando Jack salga elegido.

Kennedy gana. Frank y el Rat Pack son invitados a la ceremonia de investidura. Pero resulta que, durante la campaña, Sammy se había casado con May Britt, una actriz blanca sueca. Los Kennedy informan a Frank de que debe retirarle la invitación a Sammy. Él obedece.

¿Cómo afronta el ser humano esta traición a sus allegados? Tradicionalmente, por medio de la deshumanización. Frank y su pandilla empezaron haciendo repugnantes chistes racistas cuando estaban en el escenario con Sammy, y después lo apartaron de la presencia del Señor.

El mecanismo represor ha funcionado según fue diseñado: la causa y el efecto se invierten, y el opresor se reinventa a sí mismo como la víctima legitimada.

Ese mecanismo también sirve para el libre intercambio o la fungibilidad de las ideas reprimidas: una verdadera vergüenza puede intercambiarse por otra que, al ser confeccionada (es decir, que se sabe que es falsa), sea más aceptable para la mente consciente.

Las fantasías de «esclavitud y violación» de los blancos del sur desactivaron la vergüenza de los blancos por la práctica de la esclavitud, y la sustituyeron por la fantasía de la insaciabilidad sexual de los negros, intercambiando así los papeles de víctima y opresor. Los afortunados poseedores de este analgésico enmascaraban así la vergüenza por sus propios actos, por la indignación ante un «tema vergonzoso», sobre el cual la castidad prohibía reflexionar.

La esclavitud es pecado; el sexo, cuando es moral, es meramente íntimo, pero el deseo de intimidad se acerca lo suficiente al de la ocultación para hacer el duro trabajo de sustituto.

La indignación de los blancos ante la fantasía permitida servía para excusar —incluso autorizar— el cautiverio de seres humanos.

No eran las mujeres blancas de los tiempos de la esclavitud, de la Reconstrucción y de la segregación a las que se protegía del constante delirio sobre la insaciabilidad de los negros. La fantasía servía para proteger a la mente culpable del escrutinio consciente de su delito.

Mandingo y *Doce años de esclavitud* son reverberaciones de la fantasía de violación. Rodadas como denuncia del maltrato de los blancos hacia los negros, en realidad son un ensalzamiento «permitido», negable, de la inferioridad de los negros. Una conciencia blanca contemporánea no podía disfrutar de ese sentimiento *per se*, de modo que había que presentarlo como un mal que había que condenar.

Véanse también las numerosas películas sobre mujeres en peligro (*La habitación del pánico*, *El coleccionista*, etcétera), que son, por sistema, fantasías de violación, aunque no explícitas. En las películas sobre el Holocausto, a los míos, a los judíos, les conceden un estatus temporal de seres humanos honoríficos. Se invita al público a sentir compasión y, a cambio, se le da garantía de que acabaremos la película convertidos en jabón.

La histeria nacional a propósito de la palabra *nigger* ['negrata'] es muy instructiva.

He aquí una palabra tan mala que incluso pronunciar otras que suenan parecidas, pero sin ninguna relación con ella, puede relegar a quienes las pronuncien a la pobreza y la deshonra de forma inmediata e irreversible.

La insinuación de que los afroestadounidenses son tan frágiles —es decir, inhumanos— que un mero sonido puede reducirlos a la locura tiene un claro precedente: la supuesta incapacidad de las mujeres blancas del sur para tolerar la más ligera y remota relación entre esclavitud y sexo.

Vi al Modern Jazz Quartet actuar en el Chicago de la década de 1950. Estos músicos afroestadounidenses presentaban su tema «I've got my eye on you» [Te he echado el ojo] explicando que, cuando la tocaban en el sur, ponían todo el cuidado en mirarse sólo los unos a los otros.

No hace tanto de eso.

Las emanaciones racistas sobre la castidad y la actual preocupación facticia de los blancos por la cordura de los negros son, desde el punto de vista funcional, las mismas: intentan ocultar la vergüenza de la complicidad blanca.

Es la complicidad de la cobardía de participar en una monstruosidad porque el grupo la autoriza. La cobardía hoy es

aceptar la nauseabunda mentira de que los negros son, en cierto modo, infrahumanos.[1]

Hace sesenta años, el Modern Jazz Quartet hacía partícipe a su público blanco de un chiste de su propia comunidad sobre el racismo y la sexualidad.

Ahí va otro: últimamente, varios blancos «arrepentidos» se arrodillan ante los estadounidenses negros.

Este fenómeno lo observó el psicólogo francés De Clérambault en 1885. Se conoce como «síndrome de Clérambault», o «erotomanía», como él lo llamaba; se caracteriza por la idea delirante, más frecuente en las mujeres jóvenes, de que un hombre al que se le atribuye una mejor posición social y profesional está enamorado de ella.[2]

Al arrodillarse, los delirantes progres se ofrecen sexualmente a quienes les encanta considerar más poderosos, e interpretan el papel pasivo de la fantasía de violación.

7

Algunos descubrimientos (principalmente) musicales

Alguien dijo una vez que querría pasar una hora y media dentro de mi cabeza. Me alegré de tener buenos reflejos y responder: «No te gustaría».

Llevo toda mi vida tocando el piano. No entiendo esa dedicación de los audiófilos a la calidad de reproducción del sonido; a mí no podría importarme menos. Pero sí me gusta la música, quizá con un afecto pitagórico.

Me encanta saber, por ejemplo, que el puente de «Blue skies» de Irving Berlin es «Hatikvah»; que «Auld lang syne» y «Bring it on home to me» las pueden cantar a la vez un dueto (pruébalo); que «(Back home again in) Indiana», de 1917, no es sino «On the banks of the Wabash, far away», de 1897, pero a doble tiempo.

Y ahí van dos descubrimientos recientes.

Uno es de la película *El mago de Oz*, de 1939. Estaba yo al piano, cansado e incómodo —véase más adelante—, tocando «When I see an elephant fly», compuesta por Oliver Wallace con letra de Ned Washington.

Se trata de una serie de juegos de palabras descacharrante. Quizá recuerdes que alguien les dice a los cuervos que el elefante Dumbo puede volar. Y empiezan a cruzarse ocurren-

cias: «He visto a un caballo volar. / He visto a una casa volar».[1]

Algunas son referencias concretas a la música del momento, por ejemplo: «Oí la puerta abrirse» [*I heard a screen door swing*] o, mi favorita, «Vi a un caballete corcovear. / Y me cuentan que un hombre de verduras llenó un camión» [*I saw a sawhorse rear up and buck. / And they tell me that a man made a vegetable truck*]».

No está mal, ya que, como saben todos los de la época, el caballete [*sawhorse*] se utilizaba para hacer leña [*buck*], es decir, para sujetar la madera y serrarla [*saw*]. Sin embargo, al público de entonces le debió de encantar el siguiente juego de palabras con el camión de verduras [*vegetable truck*], porque ¿acaso no había un completo furor por el *trucking*, aquel paso del *swing*, maravillosamente extravagante (véase el emblemático póster de Robert Crumb, «Keep on trucking»),[2] es decir, ese paso de pato que se baila con el dedo en alto y gesto de advertencia?

Pero imagina mi sorpresa cuando empalmo esto con «Ding dong the witch is dead» ['Ding dong, la bruja está muerta']. Empiezo tonteando en clave de fa; una delicia, porque mi piano es un Steinway de 1885, que los músicos valoran mucho por la nitidez de sus notas graves. Según la cultura popular, los diseñadores de los Steinway eran durillos de oído para los tonos graves. En cualquier caso, es un instrumento excelente para aporrearlo con la mano izquierda.

Haciendo eso descubrí que «Ding dong» es básicamente un homenaje a la obertura de Prokófiev para *El teniente Kijé*, encargada para la película homónima de 1934, y que Ronald Neame volvió a utilizar magníficamente para su filme de

1958 *Un genio anda suelto*, escrita y protagonizada por Alec Guinness.

El teniente Kijé es un soldado imaginario que aparece en los listados debido a una errata. Cuando se descubre el error, ninguno de los burócratas del Ejército quiere cargar con la culpa, así que le inventan una hoja de servicios y una existencia. El gag fue memorablemente utilizado en «El consejo de guerra» de *El show de Phil Silvers* (episodio 25.º de la primera temporada), con el nombre de Harry Masalto.

En él, un chimpancé acaba en la fila de los reclutas que esperan a que el intendente del Ejército les entregue el material. Todo el mundo está muy ajetreado y agobiado. El secretario, sin levantar la cabeza, le pide al chimpancé su nombre. El chimpancé no responde y el secretario dice: «Más alto, Harry»; y su ayudante apunta al chimpancé en la lista como Harry Masalto, y con ese nombre ingresa en el Ejército.

Hoy he recibido una carta de un amigo por correspondencia. Decía que un amigo suyo, un antiguo capitán de submarino de los tiempos del ferrocarril, había impreso en su tarjeta de visita «Ap 19». Así que fui a Apocalipsis 19 y leí: «Y volvieron a resonar las voces: "¡Aleluya! Su humareda se eleva por los siglos de los siglos"».

Esto, para uno que se ha educado con los *fake books*[3] y las canciones del Tin Pan Alley, era oro puro. Algunos pueden coleccionar matrimonios, o cerámica artística; yo adoro lo arcano. Porque el versículo del Nuevo Testamento también se encuentra, ahora en la Vulgata, en «The Oceana roll» (1911). Se trata de una canción sobre el pianista Billy McCoy, que era un joven muy musiquero.

On the cruiser Alabama, he was there on that piana,

like a fish down in the sea.
When he'd rattle off some harmony…
each fish and worm begins to twist and squirm.
The ship starts in to dip and does a corkscrew turn.
Just see that smoke so black sneak from that old smokestack!
It's floatin' up to heaven and it won't be back.[4]

¿Estaba el letrista de esto, mi verso favorito de todo el cancionero, aludiendo al Apocalipsis de san Juan? Es imposible saberlo. Sin embargo, aquí hay un chascarrillo, muy anticuado ya, pero todavía una delicia para el coleccionista.

Mi querida amiga Mary Ann Madden escribió los concursos de juegos de palabras para la revista *The New York* entre 1969 y 2000. Cada semana nos lanzaba un nuevo reto a los aspirantes a escritores de chascarrillos y publicaba al que elegía ganador dos semanas después. (Por ejemplo: cambiar una letra de un título o frase muy conocidos. El ganador: Lincoln Center for the Performing Ants.)[5] Llevo tiempo lamentando la desaparición del concurso, porque hace muy poco se me ocurrieron dos sensacionales, que ganarían de calle (con veinte años de retraso). Las dos aluden al maravilloso año cinematográfico de 1939: «*Gone with the wino*» y «Some whore over the rainbow».[6]

Para acabar este paseo con un ejemplo musical: Madden propuso el reto de atribuirle falsamente a alguien un título o frase popular. Ganó «Sentada un día en el órgano, cansada e incómoda: Linda Lovelace».

Me trae sin cuidado dónde están las nieves de antaño.[7] Supongo que se habrán derretido, como debe ser. Pero añoro profundamente a la gente enterada, hiperculta y pedantuela

que mantenía en pie el concurso de juegos de palabras (y el resto de aquella vibrante cultura americana finisecular).

«Sentada un día en el órgano…» es el primer verso de una de las canciones más famosas de la época victoriana, «The lost chord» [El acorde perdido].

«The lost chord» era un poema escrito por Adelaide Procter en 1858:

Sentado un día en el órgano,
estaba cansado e incómodo,
y mis dedos vagaban distraídos
por las ruidosas teclas.

Arthur Sullivan le puso música en 1877. Causó sensación, y fue quizá la primera grabación realizada con el fonógrafo de Edison que se reprodujo en Inglaterra (1888). Linda Lovelace fue una actriz porno, la estrella de la película *Garganta profunda*, de 1972.

8

Dos ahorcamientos

Todos los niños de la última mitad del siglo pasado conocían a Nathan Hale como héroe de la guerra de Independencia de Estados Unidos. Espió para el general Washington, y fue capturado y ejecutado en la horca por los británicos en 1776. Sus últimas palabras fueron: «Lo único que lamento es tener una sola vida que perder por mi país».

Edward Everett Hale (1822-1909) fue un escritor bostoniano, defensor de la abolición de la esclavitud y después capellán del Senado de Estados Unidos. Era descendiente de Nathan Hale.

Todos mis compañeros en el colegio conocían su novela corta *El hombre sin patria*.

Su héroe, Philip Nolan, estaba ayudando a Aaron Burr en su intento de confabularse con los españoles o los franceses en Luisiana para fundar un nuevo país. Se descubre la perfidia de Burr y huye a Europa. Pero Nolan, discípulo suyo y teniente del Ejército de Estados Unidos, es arrestado, juzgado y declarado culpable de traición. Antes de dictar la sentencia, el juez le preguntó si quería dar alguna explicación, alguna muestra de que antes había sido fiel a Estados Unidos. Respondió: «Maldito sea Estados Unidos, ojalá nunca volviera a saber nada de Estados Unidos».

Ésa fue su sentencia: lo subieron a un barco de la Armada estadounidense en 1807 y fue transferido de un barco a otro, sin ver jamás Estados Unidos y sin que nadie le dijera una sola palabra sobre el país. Se censuraron todos los libros, mapas y periódicos donde se mencionara. Vivió embarcado hasta su muerte en 1863.

Era una sentencia muy severa y, por supuesto, ilegal. Edward Hale explica que el caso se perdió en la burocracia de Washington y ningún intento de enmendar la sentencia llegó jamás a los oídos de cualquier autoridad competente.

A bordo de los barcos, Nolan sirvió heroicamente en la guerra anglo-estadounidense de 1812. Se granjeó el afecto y la admiración de las distintas generaciones de oficiales que lo conocieron, pero nunca volvió a oír hablar de su país hasta que estuvo en su lecho de muerte. Texas, California, Ohio, la guerra de Secesión: lo ignoraba todo.

Durante su agonía, un oficial compañero suyo le hizo más llevaderos esos últimos momentos, que llenó con la historia de Estados Unidos. Nolan se empapó de las noticias sobre ese país que había maldecido.

Pidió que lo sepultaran en el mar y que se colocara una placa en alguna parte —«para que mi desgracia no sea mayor de la que estaba condenado a sobrellevar»— que dijera:

En memoria de

Philip Nolan

Teniente del Ejército de Estados Unidos

Amó su patria más que ninguno; pero ninguno como él fue indigno de su patria.

Hoy, desayunando, le he comentado a un amigo que tenía previsto escribir sobre esa historia. «Sí, y era una historia real, además, ¿verdad?» No, no lo era.

Hale escribió que, desde que se publicó su libro sobre esa historia en 1888 y durante el resto de su vida, recibió cartas de personas que decían haber conocido a Nolan, o al hermano o a la hermana de Nolan, o informándole de que se habían encontrado algunos de los diarios de Nolan, etcétera. Qué encantado debía de estar, al descubrir que su obra era tan importante para los estadounidenses.

Nathan Hale fue ejecutado en la horca en 1776 de acuerdo con las leyes de Gran Bretaña, un país del que Estados Unidos había declarado su independencia.

William Joyce fue ejecutado en la horca por traición en 1946 de acuerdo con las leyes de Gran Bretaña, un país del que no era ciudadano.

Joyce nació en Estados Unidos; sus padres eran súbditos británicos. Volvieron a Inglaterra cuando su hijo era pequeño. En la década de 1930, se juntó con la organización pronazi Unión Británica de Fascistas. Dejó Gran Bretaña por Alemania y se hizo nazi en 1939.

Fue uno de los personajes más famosos de la radio nazi, y lo llamaban «lord Haw-Haw» ['lord Ja-Já']. El programa de Hitler, *Germany Calling*, difundía boletines de desinformación y traición, en inglés, para los británicos (después para los aliados) en Europa y el norte de África. Joyce fue detenido al final de la guerra en Alemania y devuelto por barco a Inglaterra para ser juzgado por traición.

Su abogado alegó que no podía ser culpable de traición, por dos motivos: 1) no era súbdito británico, sino ciudadano estadounidense —sí, había conseguido un pasaporte británico falsificado, pero eso servía para refutar que fuese ciudadano británico, ya que necesitó falsificarlo—, y 2) se fue de Inglaterra a Alemania en 1939, cuando su país natal, Estados Unidos, no estaba todavía en guerra.

Los británicos no le tenían ninguna simpatía. Lo condenaron. Él recurrió la sentencia, que fue ratificada. Fue ahorcado por traición el 3 de enero de 1946. Su abogado alegó que los británicos no tenían competencias legales sobre alguien que nunca había sido ciudadano suyo. El tribunal señaló que Joyce había aceptado la protección de la Corona desde su infancia, al margen de donde hubiese nacido y que, por tanto, incurría en la obligación de acatar las reglas del país. La más obvia era no trabajar para su destrucción.

Fue la última persona ejecutada por traición en el Reino Unido.

Ahora tenemos el estilo de Colin Kaepernick, ese innovador.[1] Detesta el país cuyos ciudadanos lo han hecho rico y famoso. Es libre de hacerlo, protegido por las leyes del país que condena.

Los deportistas aceptan unos salarios procedentes de los espectadores de televisión, los cuales tienen sus puntos de vista políticos. Kaepernick y sus afines políticos no rechazan la mitad del dinero recaudado porque esté contaminado por las opiniones políticas de la mitad de los contribuyentes. Lo aceptan todo y después ultrajan y sacuden a la mitad de quienes los financian; y, luego, a su ultraje lo llaman «acto de conciencia». Un acto de conciencia sería rechazar la mitad de su salario o negarse a jugar delante de un público de cuya opinión política abominan. Sus genuflexiones y sus poses no son más que teatro. No puede ser un acto de conciencia, porque los jugadores no arriesgan nada en su supuesto desafío, mientras que aceptan las recompensas de su fingido heroísmo.

Edward Everett Hale cita en su historia el poema «Canto del último trovador», de Walter Scott. A mediados de siglo,

todos los niños de Estados Unidos lo conocían, al igual que la historia:

Respira un hombre bastante desalmado

que no se haya dicho jamás a sí mismo:

«¡He aquí la tierra que me pertenece, la que me vio nacer!».[2]

El poema de Scott acababa diciendo que un hombre, por muy rico, poderoso y alabado que pueda ser, «volverá al oscuro polvo del que salió, sin que ninguna lágrima, ningún honor, ningún elogio lo acompañe en su tumba».

Nathan Hale dio la vida por su país y murió con una bendición en los labios.

No se tiene constancia de cuáles fueron las últimas palabras de William Joyce.

9

Hallazgos varios

He renegado de las noticias porque no traen ninguna novedad, y la repetición de lo ya sabido y desdichado sólo sirve como un mal narcótico, el de la desesperanza.

Pero he cambiado de coche, y eso me ha animado un poco. Mi coche nuevo tiene radio por satélite. Al recorrer el dial me topé con Billy Graham y seguí escuchando, fascinado.

Es el mejor locutor que jamás haya escuchado. Sus mensajes del Evangelio son sencillos y convincentes. Habla de la vida eterna, del cielo y del infierno como realidades. Un agnóstico moderno, occidental, podría considerar que esa fe es una mácula en su pensamiento, pero he visto lo suficiente en esta vida para haber experimentado tanto el cielo como el infierno en la tierra.

Las religiones orientales predican la reencarnación del alma en el más allá y la limpieza del karma. He visto a recién nacidos con personalidad y alma, y he visto cómo se desvanecían ambas en el trance de la muerte. Creo en la pervivencia del alma y me encantaría aceptar la tradición cristiana, y a Cristo como mi salvador, pero me lo prohíbe mi religión, el judaísmo.

Billy Graham cita las parábolas judías del Antiguo Testamento y las parábolas judías del Nuevo, porque Cristo, un rabino, transmitía sus enseñanzas conforme a la tradición ju-

día, con parábolas, acertijos y paradojas, como hacen los maestros jasídicos. Y, al igual que los jasídicos, Billy hace hincapié en la inmanencia de Dios: «No está tan lejos como para que esté fuera de tu alcance».

Los jasídicos eran y son una secta mística y populista. A diferencia del misticismo judío de la Cábala, que enseña formas y prácticas enrevesadas para acercarse a lo divino, la Jasidut es un mensaje de unión inmediata y dichosa.

En los últimos tiempos del Templo, hubo un enfrentamiento entre las clases rabínicas y sacerdotales; es decir, entre los escribas y los fariseos. El rabino esenio Jesús predicaba una tercera vía, como hacen el jasidismo y, al parecer, el evangelicalismo. La tercera vía es la unión sin intermediarios entre la persona y Dios.

Billy Graham amaba a Cristo, pero no le caían bien los judíos.

James Warren recordaba hace poco en *U. S. News* una primicia suya de 2002 sobre la desclasificación de una de las cintas de Nixon en los Archivos Nacionales y Administración de Documentos de Estados Unidos, grabada tras un Desayuno de Oración Nacional en 1972:

GRAHAM: Este control absoluto que tienen [los judíos] hay que acabar con él, o el país se irá al garete.

NIXON: ¿Eso crees?

GRAHAM: Sí, señor.

NIXON: Yo también. Nunca podré decirlo, pero lo creo.

Graham y Nixon siguieron fustigando a los judíos y su dominio de los medios de comunicación. Remito a los lectores al artículo de Warren.

Los apologistas sostienen, razonablemente, que Graham sólo era un hombre, es decir, un pecador, como él mismo afirmaría. ¿No lo somos todos? Y los evangélicos son los me-

jores amigos de los judíos en Occidente (y, antes del Gobierno de Trump, los únicos que les quedaban).

Pero me pareció importante este ejemplo de lo que William F. Buckley llamó «antisemitismo cotidiano», porque sus partícipes se tomaron la molestia de esconderlo. Lo hablaron en secreto porque sabían que se estaban dando un placer culpable.

Recientemente me dirigieron, por primera vez en mi vida, un repugnante comentario sobre «los judíos» o, como si fuese más aceptable, «esos israelíes». Me sorprende que alguien pueda tomarme por otra cosa que no sea un judío; o bien los antisemitas «no se pudieron contener», o bien no estaban prestando atención. O, lo que es más inquietante: ese odio ha sido tan legitimado por varios movimientos, organizaciones y políticos que ese placer ya no conlleva ninguna vergüenza. El inevitable fin de la legitimización del odio es, por supuesto, el asesinato. Sin embargo, si los judíos «dominan los medios», como dijeron Billy Graham y Nixon, ¿por qué esos judíos no alzaron la voz por los judíos?

He aquí por qué: esos fanáticos confundieron una observación con una conclusión. Que los judíos sean mayoría en los medios —lo cual fue y, en menor medida, es hoy cierto— no quiere decir que estén ejerciendo su influencia para beneficiar a los «judíos».

Uno podría decir, con la misma poca razón, que los irlandeses, como a mediados de siglo eran mayoría entre los empleados del transporte de Nueva York, sin duda determinaron las líneas del metro. Los judíos —y los no judíos— están en los medios por dinero. Es un negocio.

El Comité de Actividades Antiestadounidenses (1938-1975) arruinó varias vidas buscando propaganda comunista en la

industria del entretenimiento de mediados del siglo XX. No había ninguna. ¿Quién la iba a poner allí? Los jefes de los estudios sacaban productos como churros para tener una langosta que llevarse a la boca. Se dirigían a las masas, como ellos las concebían. No estaban vendiendo «cambio social»: estaban vendiendo palomitas de maíz.

No es sólo que ningún judío habría hecho una película de propaganda judía: ningún judío habría pagado para verla. Y los magnates judíos lo sabían. Los judíos y los no judíos pagaban por su entretenimiento. Punto.

Ilhan Omar y sus simpatizantes han esparcido odio antisemita vestido de antiimperialismo, y el Estado de Israel les viene muy bien como chivo expiatorio. Pero los judíos fuimos a Israel porque no había otro sitio al que pudiéramos ir. El mundo se dividía entre «los lugares a los que no podíamos ir y los lugares donde no podíamos quedarnos».[1] Nos fuimos a la industria cinematográfica por la misma razón: se nos negaban la mayoría de las profesiones.

Pero me vuelve a surgir la pregunta: ¿por qué los judíos son progresistas? Y he dado con una nueva respuesta. Antes pensaba que votábamos a los demócratas por una inquietud bíblica y milenaria por la justicia, la compasión y la generosidad. Ya no lo pienso.

John Stuart Mill escribió que, si a un hombre se le da a elegir entre dos tareas, una donde se le pagará si se esfuerza y otra donde cobrará sin importar lo que haga, optará por la segunda, se quedará con el dinero a cambio de nada y dedicará su energía a buscar beneficios añadidos. Vemos cómo se corrobora la observación de Mill con las ayudas sociales, las prestaciones por desempleo y otras subvenciones del Estado.

Por mucha supervisión que haya, ningún beneficiario dejará de recoger su estipendio y buscar después la manera de mejorar su suerte por vías extraoficiales.

Asimismo, los judíos tenemos dos opciones políticas: el conservadurismo, que aboga por la iniciativa personal; y el progresismo, que promueve el estatismo, es decir, la pasividad y la financiación pública. Pero los judíos no necesitamos ayuda u orientación para abrazar la independencia: no hemos tenido otra cosa en dos mil años. Ése es nuestro truco. Siempre hemos estado solos.

El progresismo era atractivo porque ofrecía a los judíos algo que no teníamos y que siempre habíamos anhelado: la promesa de la inclusión, es decir, del anonimato.

Las personas, y también los pueblos, se acaban hartando de ser considerados foráneos.

En vez de ser elogiados por crear riqueza en actividades antes inopinadas o despreciadas (industria del entretenimiento, cómics, derecho de familia, la fundación del Estado judío), se nos maldice por nuestros logros.[2]

Sin embargo, si la promesa del progresismo fuese cierta, si se pudiesen erradicar todas las barreras de los prejuicios mediante la ley, en fin, votaríamos a favor de eso y, por tanto, pagaríamos por ello. Y si eso significara ignorar el antisemitismo, o el movimiento BDS [Boicot, Desinversión y Sanciones contra Israel], o el Escuadrón,[3] o todo lo que sabemos sobre ser autosuficientes, bueno: es un pequeño precio que pagar por mantener nuestras ilusiones de una futura hermandad, es decir, de paz.

A mí, la paz me la ha dado últimamente leer la Torá. Los incidentes que narra difieren de las noticias sólo en esto: las

historias de idolatría, perversión, asesinato, odio, hipocresía y traición fueron escritas sin odio. No son un abusivo intento de vender detergentes o candidatos políticos: son parábolas sobre la condición humana, que, sin la unión con lo divino, siempre está en pecado. (Gracias a Billy Graham.)

10

Más adelante, o «la cadena de accidentes»

¿Cómo es que California, con los impuestos más altos del país, es incapaz de controlar sus bosques, atajar la indigencia, proteger sus calles, educar a sus jóvenes y, en resumen, atender los problemas por los que se cobran impuestos a los ciudadanos?

Friedrich Hayek señala que la razón de ser de los impuestos es financiar aquellas cosas que todos necesitan pero que una persona no podría costearse por sí misma. Todos necesitamos farolas, pero nadie puede pagar la electricidad de su ciudad entera. ¿Adónde fueron a parar esos impuestos y por qué hemos perdido la voluntad de preguntarlo?[1]

Aquí observamos la gran sabiduría de la lengua del Profeta. No me refiero a los Proverbios, o a las palabras de Salomón, sino a la conjunción inseparable, la letra hebrea *vav*.

La conjunción inseparable *vav* puede significar 'y' o 'pero', lo cual podría ser tanto la causa como la explicación del inerradicable tropismo judío hacia la ambigüedad.

Porque, al leer la Torá, uno no se para a asignarle un significado terminante en inglés a la conjunción, sino que ésta engloba dos ideas que pueden ser concomitantes, o contrarias, o guardar una relación que es, en cierto modo, una destila-

ción de ambas. ¿En qué cierto modo? (La respuesta judía: «Ajá».)

Se dice que el humor alemán se basa en la excreción, y el francés, en el sexo. El humor judío se basa en la ambigüedad. Los judíos no nos burlamos de las funciones del cuerpo, sino de las intelectuales.

Un hombre vuelve a casa de un viaje de negocios antes de lo previsto. Su mujer está en la cama en pleno día. Él se encoge de hombros y va al armario a colgar su chaqueta. Su mejor amigo está escondido en el armario, desnudo. El amigo dice: «¡En alguna parte ha de estar uno!».

No es de extrañar que los judíos no sólo estemos obsesionados con resolver los misterios de la causa y el efecto —véanse todos los premios Nobel de Física—, sino con disfrutar de sus ambigüedades: véanse la historia de 5.800 años de traumas humanos, las expresiones que los acompañan y las explicaciones y prescripciones que agravan la enfermedad.

¿Cómo se transformó California, con la sexta mayor economía del mundo y con unos recursos naturales y una belleza incomparables, en un infierno? O quizá debemos entender que aquí la locución conjuntiva es «por tanto», en vez de «sin embargo».

La gente que trabaja en el transporte habla de «la cadena de accidentes». Se trata del descubrimiento moderno del antiguo dicho: «Mi reino por un caballo».

Una madre está a punto de llevar a su hija pequeña al colegio. Se dispone a sujetarla en la sillita del coche cuando oye el silbido de la tetera desde la casa. Entra de nuevo para apagarla. Se la había dejado en el fuego porque, cuando estaba preparando el té, llamaron por teléfono. Cuando colgó ya era tarde, así que se dio prisa para llevar a su hija al coche. Se ol-

vidó de que tenía la tetera puesta y volvió a casa para apagarla.

Está llevando a su hijita al colegio y la cría empieza a asomarse por el asiento delantero, porque a la madre se le había olvidado ponerle el cinturón. Ésta se gira para sujetar a la hija y se estampa contra un árbol. ¿Dónde empezó la cadena de accidentes?

Los aviadores del Ejército, al volver de la Primera Guerra Mundial, se trajeron consigo la cursilería francesa de volar con cachorros felinos exóticos a modo de mascotas. Un piloto acrobático volaba con su mascota delante, un guepardo, hasta que el animal fue demasiado grande para llevarlo en el regazo y lo pasó al asiento de atrás. Al guepardo le gustaba volar, porque el zumbido y la vibración lo adormecían. Un día, el gato —ya completamente crecido— se resbaló del asiento mientras dormía y acabó aplastando la palanca trasera; de modo que el piloto no pudo utilizar su palanca —que estaba conectada con la trasera— y se estrelló contra el suelo.

¿Por qué volaban los pilotos con cachorros exóticos?

La ley francesa prohibía a los ciudadanos extranjeros servir en las Fuerzas Armadas de Francia. Antes de que nuestro país entrara en la guerra, los estadounidenses que querían ser pilotos para Francia eran incorporados a la Legión Extranjera Francesa, exenta del veto.

La legión sirvió una larga temporada en África, donde sus oficiales adquirieron el gusto por las mascotas exóticas. ¿Murió el piloto acrobático porque los franceses colonizaron buena parte de África? Pues claro/sin duda que no.

¿Es buena idea destruir el centro de Manhattan porque había esclavitud en Estados Unidos hace 160 años? ¿O fomentar los incendios forestales en California, en vez de utilizar

métodos «artificiales» y desbrozar la maleza y construir cortafuegos?

¿Somos los seres humanos capaces de establecer un concepto lógico y moral del pasado (la historia), o de hacer una proyección factible y racional a partir de sus lecciones (la economía)?

Aquí van dos puntos de vista aceptables sobre la cadena de accidentes. «Farther along», la canción góspel:

Más adelante sabremos más.

Más adelante entenderemos por qué.

Alégrate, hermano, vive bajo el sol.

Entenderemos todo más adelante.

Y una respuesta judía: «Sí, pero...».

11

Sobre la pasividad de los judíos

Vladímir Jabotinski fue uno de los fundadores del Estado judío. Era ruso y judío, y vivía en Inglaterra. Se alistó como soldado raso en el Ejército británico durante la Primera Guerra Mundial y se encargó de negociar con el Gobierno británico el permiso para los judíos rusos inmigrantes de combatir en Oriente Próximo, entonces llamado Palestina. Consiguió un permiso especial, aunque limitado: no podrían luchar, pero sí alistarse como arrieros. Formaron el Cuerpo de Mulas de Sion, bajo el mando del coronel John Henry Patterson; lucharon en Galípoli y, reconstituidos como la Legión Judía, fueron, al parecer, responsables de la mayoría de las victorias que el periodismo novelero de Lowell Thomas atribuyó a Lawrence.[1]

Jabotinski fue compañero de Joseph Trumpeldor, excoronel del Ejército zarista. Trumpeldor fue el primer sionista que abogó por la defensa propia como derecho inalienable, que también ejerció. Él, un judío, ascendió en el escalafón de un Ejército antisemita a través de la determinación y la fortaleza, y no entendía cómo los demás judíos esperaban prosperar en un mundo hostil sin esas cualidades. Jabotinski era su protegido. Joseph Trumpeldor dijo: «Se puede sacar al judío del exilio, pero no se puede sacar el exilio del judío».

Los judíos podemos ser personalmente capaces de la heroicidad, pero como grupo se nos enseña, ante todo y sobre todo, a no llamar la atención. Porque llamar la atención equivalió, durante miles de años, a morir. Exceptúo no sólo a los judíos de Israel, sino también a las comunidades ortodoxas de la diáspora. Y ahí acaban mis excepciones.

El año pasado me quedé estupefacto al ver en televisión un anuncio que presumía del atractivo universal de su producto. Aparecían, muy felices, jóvenes y viejos, negros y blancos, heterosexuales y gais y, *mirabile dictu*, una joven pareja judía, identificable por la kipá que llevaba él.

¿Quién había visto algo así antes? Yo no.

¿Se estaba reconociendo con ello a los judíos como seres humanos, vulnerando así todas las normas históricas? No, se nos estaba apelando como consumidores.

Aquí, la mano invisible de Adam Smith era más innegable que nunca. Porque uno podría discutir la economía de libre mercado, y producir o elaborar estadísticas que la desautoricen, pero aquí se la veía en acción.

El libre mercado consiste en el progreso a través del comercio. Aquí actuaba la mano invisible y benefactora de Adam Smith, porque el objetivo del anuncio no era mejorar la suerte de los judíos, sino ampliar el mercado de clientes. Pero el anuncio surtía el primero de los efectos, porque, se vendieran más aparatos o no, el deseo de vender más cambiaba la percepción de la gente sobre los judíos, al igual que al representar a negros, asiáticos y gais. Ese acercamiento a una mayor base de consumidores no estaba reconociendo a una población marginada como seres humanos, sino como consumidores, y ese reconocimiento estaba respaldado con el dineral gastado en publicidad.

Los periódicos han empezado, muy recientemente, a no identificar a las personas negras con el adjetivo. Los hombres blancos eran antes «hombres»; los hombres negros eran «hombres negros».

Creo que el cambio de los periódicos obedeció a un acto de conciencia. Pero la conciencia nunca se estiló en la industria publicitaria. La razón de ser de distintivos como «comercio justo», «libre comercio» y «no testado en animales» no es otra que sustituir los adjetivos —más antiguos, pero no menos facticios— «nuevo» y «mejorado».

La representación de los judíos practicantes en los anuncios de televisión ha hecho más por el orgullo judío que *Éxodo*, *El diario de Ana Frank*, Camp David, los Acuerdos de Oslo y todas las bienintencionadas, sentenciosas y destructivas ofertas de «tolerancia». Esas ofertas sólo pueden provenir, como es natural, de aquellos a los que ambas partes consideran superiores. Sin el acuerdo de los destinatarios, las ofertas de «tolerancia» son, naturalmente, insultos.

Uno podría insultar a un ignorante en temas de política, y podría intentar timarlo, pero ¿quién insultaría a un posible comprador?

Ahora bien, si nos cortáis, sí sangramos; y si nos hacéis cosquillas, sí reímos, pero —y que me disculpe el Bardo—, si nos agraviaseis, no nos vengaríamos, a juzgar por la historia. No podríamos. También diferimos de la afirmación de humanidad de Shylock en esto: a la pregunta «Si nos halagan, ¿no sonreímos?», uno podría responder: «¿Quién querría halagarnos?».

Tras la caída de Jerusalén, y hasta la fecha, absolutamente nadie halaga a los judíos. Se te puede conceder algún estatus a título personal. En los primeros años se distinguía a tal o cual famoso judío como una honra para su raza, pero esto

sólo significaba «a pesar de su raza». Si nos halagases, ¿no nos tumbaríamos y te pediríamos que nos rascaras la barriga y cederíamos a tus carantoñas? Nunca se probó a hacerlo. Pero, como muchos otros organismos desequilibrados, nos hemos servido de beneficios imaginarios.

El mediocre timorato se sabe el elegido cuando empieza a oír voces de Marte.

Los judíos descubrimos el autohalago en la época de los derechos civiles. Antes de la prosperidad que disfrutaron en la posguerra los inmigrantes asquenazíes, dedicamos nuestras energías a trabajar a destajo, a estudiar, a preguntarnos por la bendita ausencia de los cosacos y a aguzar el oído esperando su indudable e inminente llegada.

Ahora bien, después de la Depresión, de vuelta de la guerra, nos titulamos en la universidad, empezamos a ejercer un oficio, tuvimos energía y tiempo libre para gastar, que destinamos no sólo al entretenimiento, sino también al placentero ejercicio del estatus. Aún éramos demasiado pobres para la filantropía, pero sí nos podíamos permitir la caridad.

Pero ¿respecto a quién podíamos sentirnos superiores?

Aquí entra en escena la NAACP [Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, por sus siglas en inglés].

No sé nada sobre ella, salvo que se llama así y que tiene un objetivo declarado: mejorar las condiciones de los estadounidenses negros.

Estoy escribiendo sólo sobre la reacción de los judíos de la generación de mis padres.

Eran simpatizantes (donantes) de la NAACP. No sé cómo ayudó esto a la causa de los derechos humanos para los esta-

dounidenses negros, pero estoy seguro de que daño no les hizo.

Los judíos del grupo de mis padres eran de una generación que había estudiado la Torá en Europa del Este. Crecieron leyendo y oyendo las advertencias de Dios que más se suelen repetir: «Yo soy el Señor, tu Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; sed amables con el esclavo, pues esclavos fuisteis vosotros; no entregarás a su amo el esclavo que haya huido», etcétera.

Esta advertencia era y es la artillería pesada del arsenal de Dios (véase «Te llevé de vuelta cuando supe que te estabas tirando a la criada»). A los judíos se nos instruyó en la justicia (es decir, para tomar decisiones difíciles basándonos en la ley divina) antes de que se convirtiera en «justicia social» (es decir, «para hacer caso a tus sentimientos, porque éstos, al pertenecer a un ser superior, siempre acertarán»).

De modo que no voy a menospreciar el deseo de mis padres de perseguir la justicia, ni la sensatez o la eficacia de donar a la NAACP. Pero en su apoyo había otro elemento. Era la conmiseración.

Mis padres, recién salvados de las centurias negras, los cosacos, los campos de exterminio y los pogromos, les tenían lástima a los negros por el color de su piel. Los judíos juzgaban muy desafortunada la realidad física del color de la piel, porque privaba a los negros de la única ventaja que los judíos creíamos poseer: la capacidad de pasar desapercibidos.

Ni podíamos ni podemos pasar desapercibidos. El mundo cala al judío, por muy adornado o aculturado que esté, con la misma inmediatez que el judío identifica al cristiano. Para asegurar que esa identificación sea completa, el judío confesará. Todavía hoy, tal o cual asimilacionista, izquierdista, etcétera, añadirá, al criticar a Israel: «Y soy judío». Pero el

judío creía que los negros eran dignos de solidaridad, si no de lástima, porque estaban condenados por el color de su piel.

No es que fuesen una raza inferior, sino que no tenían la culpa de estar siempre sometidos a los caprichos de los racistas. Mientras, nosotros no lo estábamos —pensábamos—, y los negros nos brindaban una prueba (facticia) de nuestra afirmación.

Los judíos no les deseábamos ningún mal a los negros, pero, al identificar la asimilación como el *summum bonum*, nos lo deseábamos a nosotros mismos. En vez de disfrutar de la cultura y la sociedad de nuestro propio pueblo, optamos por la promesa de la asimilación, rechazando así la única conjunción posible que procura protección.

Los judíos asimilacionistas van por ahí abominando del único presidente que los trató como seres humanos. Dijeron: «Está siendo injusto con los palestinos»; pero querían decir: «Nos lo está poniendo difícil a los demás».

12

Bruno Bettelheim y el vaquero en las últimas: dos historias norteamericanas

Bruno Bettelheim (1903-1990) sobrevivió a Auschwitz y se vino a Estados Unidos. Fue a parar a Chicago, se autoproclamó psiquiatra y se convirtió en el doctor Bettelheim. No era psiquiatra ni médico, y, al parecer, sólo hizo parte de un curso sobre historia del arte en una universidad alemana. Hasta ahí, bien. Después anunció que él era el único que podía curar el autismo.

El autismo es un conjunto de síntomas y conductas identificados —o agrupados— en 1911 por Eugen Bleuler, un psiquiatra suizo. Antes del doctor Bleuler, de los niños se decía que eran inasequibles, preverbales, obsesivos, compulsivos e introvertidos, y después se los llamó retrasados, tarados e imbéciles. Se los trataba como personas incurables, con diversos grados de bondad, apoyo y cuidado, o los recluían, los abandonaban o les pegaban, dependiendo de la moral, la compasión, los recursos y la paciencia de sus cuidadores. Se dice que, si conoces a un niño autista, sólo lo conoces a él, porque todos son distintos. Entre 1981 y 2013 estuvo en boga otro diagnóstico derivado, el síndrome de Asperger. La constelación de conductas que lo definían se ha reclasificado ahora como «autismo de alto rendimiento».

El autismo es el polo opuesto de la diversión. Mi ahijado es un niño autista y los esfuerzos de sus padres por ayudarlo han beneficiado, estoy seguro, a una industria que los va a marear cada vez más. Como dijo Tolstói, cuando se proponen muchos remedios para una enfermedad, significa que ésta es incurable. La congoja de un niño autista la pueden observar muchas personas, pero sólo sus padres la pueden entender.

Así que el «doctor» Bettelheim empezó a ejercer en Chicago y fundó una organización para la cura del autismo, la Escuela Ortogénica. Su primera regla fue prohibir a los padres «interferir» en el tratamiento. Tenían que dejar a su hijo a la custodia de Bettelheim y la Escuela Ortogénica. ¿Qué padres aceptarían eso?, te preguntarás. Yo te lo digo: los desesperados y los culpables.

¿Por qué sería nadie culpable? Bettelheim pregonó que la causa del autismo era la negligencia materna. Las madres, decía, habían desgraciado a sus hijos, de modo que había que negarles el contacto con ellos. Los padres entregaban sus hijos a la escuela y se les decía que no aparecieran por allí.

Claro, unos padres con un hijo autista harán absolutamente lo que sea para conseguir ayuda. Ninguna solución es lo bastante absurda como para no adoptarla, pues eran culpables de no poder ayudar a su hijo, y se prefería la culpa —que permite hacerse ilusiones con que existe una explicación— a la desesperanza.

De modo que se culpó a las madres y, de hecho, Bettelheim las mandó a hacer cursos de «crianza materna». ¿Qué hacía él con los niños recluidos en su centro? Les pegaba. Al final, las madres, desoyendo sus instrucciones, empezaron a compartir información y a referirse a él como «Benno Brutalheim».

Escribió muchos libros amenos (hay que señalar que fue acusado más de una vez de tener ese grado de «inspiración» en otros escritores que recibe un nombre menos amable). Uno de sus libros influyó en mi forma de escribir. Se trata de *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, publicado en inglés en 1976, por el cual ganó el Premio Nacional del Libro y que, según *The Journal of American Folklore*, reiteraba lo ya expuesto en una obra del psiquiatra Julius Heuscher, *Psychiatric study of myths and fairy tales* [Estudio psiquiátrico de los mitos y los cuentos de hadas], de 1974.

Debo leer a Heuscher y, una vez que lo haya hecho, lo más seguro es que se lo recomiende a los interesados, junto con las únicas obras que me han resultado útiles para escribir teatro: la *Poética*, de Aristóteles; *El héroe de las mil caras*, de Joseph Campbell; *Lore and language of schoolchildren*, de Iona y Peter Opie; y, a pesar de todo, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*.

Porque, al margen de a quién corresponda la idea, me impactó mucho entender que uno no debe caracterizar al héroe; que, al igual que en los cuentos de hadas, sólo se nos habla de «un príncipe apuesto», o de «una bella princesa», y de ese modo nos inspira, de forma inconsciente, a proyectarnos en ellos.

Todas las caracterizaciones del héroe (joven, viejo, negro, blanco, rubio, moreno, etcétera) que no encajen con nuestro aspecto nos sacan de la historia. Es una inestimable observación para el narrador de historias.

Y hace poco tuve la ocasión de recordar otra de las ideas de Bettelheim.

Escribió sobre la astucia del saludo nazi bajo el fascismo. Se obligaba a todos a hacer el saludo. Unos lo hacían por lealtad; otros, porque ésa era la costumbre; pero muchos

consideraban a los nazis una vergüenza. Sin embargo, arriesgaron la vida, al principio, y renunciaron a ella, después, por no hacer el saludo. Se los obligaba a hacer el saludo cientos de veces al día.

Bettelheim dice que el cerebro humano no puede soportar un ejercicio constante de hipocresía, es decir, de autoinculpación. Uno no puede estar recordándose todo el día: voy a hacer el saludo porque debo hacerlo, pero aborrezco lo que éste representa.

El saludo se hace primero con reservas mentales; la repetición constante requiere actuar sin el incordio de las reservas; y el saludo se convierte entonces en una reacción automática. Pero nótese la capacidad de la psique para acomodarse: no sólo el saludo es ahora automático; también ayuda la gratitud —inconsciente pero real— que siente la persona por el alivio de su previo forcejeo mental. Esta gratitud, que surge en el momento de la salutación, se asocia —de nuevo, inconscientemente— a la instancia ante la cual se hace el saludo. La persona se convierte así en un simpatizante nazi, es decir, en un nazi.

Ahora hemos visto que los estadounidenses se acobardaban ante cualquiera que fuese sin mascarilla.

Vimos a nuestros conciudadanos con la mascarilla puesta en coches con las ventanillas subidas. *The New England Journal of Medicine*[1] escribió que el uso de las mascarillas en los espacios públicos es en gran medida inútil y absurdo, porque el virus no es transmisible si no es mediante el contacto estrecho con un portador.

La gente de mi barrio se cambiaba de acera y fruncía el ceño, y algunos incluso gritaban a los vecinos que iban sin mascarilla. Yo me vi obligado, como los antinazis de Be-

ttelheim, a reconsiderar, cien veces al día, mi posición en la comunidad, mi desprecio por la estupidez de los vecinos y la naturaleza del microbio. Acabé agotado por este análisis del costo-beneficio, incapaz de desistir.

Arrastré a mi mujer por todo el mapa buscando un lugar donde pudiéramos vivir con una razonable esperanza de paz. He aquí dos observaciones de esos distintos viajes: una familia de cuatro, en bicicletas de montaña, a 1.500 metros de altura, subiendo por una carretera vacía en el norte de Nevada, y los cuatro con la mascarilla puesta.

Y un vaquero en las últimas.

Salimos del antaño pujante aeropuerto de Santa Marta, que el Ayuntamiento ha convertido en una ciudad fantasma. Volamos al aeropuerto de Scottsdale, repleto de aviones, dinero, trabajo, comercio y todos los beneficios asociados a la prosperidad.

La prosperidad genera desigualdad, vocifera la izquierda; y así es, siendo la desigualdad otra forma de llamar a la prosperidad. Así que estábamos en la terminal de Scottsdale para vuelos privados. El lugar estaba impoluto, contaba con todas las comodidades, y sus trabajadores eran diligentes y serviciales.

«Muy bien, me alegro por vosotros, jóvenes, que no os han robado la ambición de hacerlo bien y, por tanto, de hacerlo mejor», me dije para mis adentros.

Y allí, junto a una mesa baja cromada y forrada con cuero sintético, había un vaquero en las últimas. Aparentaba noventa y pico años. Llevaba un sombrero Stetson muy castigado, una camiseta descolorida, unos tejanos tan viejos que casi se transparentaban y unas botas de faena sucias.

Se acercó al mostrador para hablar con un empleado. Tenía las piernas estevadas, y cojeaba. Estábamos viendo a un auténtico *cowboy*: se había pasado la vida a lomos de un caballo, y lo más seguro es que hubiese luchado en la Segunda Guerra Mundial. Me encantó la imagen.

Mi mujer lo vio volver a su asiento con sus andares pesados y asintió con simpatía.

—¿Quién es ése? —pregunté.

—No lo sé. Háblame de él —respondió ella.

—Ese tipo, ése concretamente, es lo último que veremos del Oeste americano. Trabajó toda su vida, en la ganadería o el petróleo, salió de la nada y ganó un montón de dinero.

—Parece un vagabundo. ¿Tiene dinero?

—No es que tenga dinero: es rico —dije—. Está aquí sentado esperando a que su piloto lo recoja en un avión de 40 o 50 millones de dólares.

—Pero ¿y por qué va vestido así? —preguntó.

—Porque ésa es su ropa. La antigua sabiduría de los corrales: los ricos no son los que llevan sombreros elegantes, sino los que llevan mierda en las botas.

Al principio, los soviéticos que enviaban a sus intelectuales a las delegaciones comerciales en Occidente les daban unas varas de madera ásperas y gruesas con las que debían frotarse las manos para que les salieran callos.

¿Cómo puede sobrevivir un país cuyo electorado no ha visto jamás a un hombre, salvo a su jardinero, con las manos sucias? No puede.

13

Hay que poner atención

Últimamente pienso bastante en mi padre. Creció en el lado oeste de Chicago; lo crio una madre pobre y soltera durante la Depresión. Se alistó en el Ejército inmediatamente después del ataque a Pearl Harbor y sirvió en la Segunda Guerra Mundial. Después de la guerra se las ingenió para entrar, como parte de la cuota judía, en la Facultad de Derecho de la Universidad del Noroeste, y se tituló con las mejores notas de su promoción. Luego se pasó cuarenta años ejerciendo de abogado laboralista, representando a los sindicatos de técnicos cinematográficos y de la construcción y a muchos otros trabajadores.

Me liberé, o se me eximió, de la vida de clase media que él había logrado para sus hijos, y estuve dando vueltas por ahí, ganándome la vida en lo que hoy se denominan «puestos para principiantes», pero que entonces se los llamaba «de baja categoría». Acabó fascinándome el modo de hablar de las personas que conocía trabajando —para ellas o con ellas— o con las que pasaba casi todo mi tiempo de ocio. Yo era un jugador con mala suerte, y mis horas libres se me iban en partidas de póker clandestinas.

Para mí fue como debió de ser para los músicos blancos en el Chicago de la década de 1920 al escuchar jazz por primera vez. Un giro del habla de Chicago: «Sí, estaba cruzando la ca-

lle y, si no hubiese mirado dos veces, atropellábame un taxi». Y lo que me extrañaba de esa forma de hablar era la recurrente ausencia de tacos. La absorbí toda, y la anoté toda, porque estaba viva y me encantaba.

Parte de la indignación de la izquierda con Trump viene de que éste se negara a emplear un lenguaje hierático.[1] Trump se pasó la vida comprando y vendiendo políticos, negociando con los sindicatos de la construcción, los burócratas y *The Boys*.[2] Él habla inglés americano, y a los que también amamos la lengua nos asombra y complace oírsela a un funcionario electo.

En cuanto a los tacos, ¿cuál es su finalidad lingüística? Porque en varios barrios y trabajos es lo que se espera, y en el Ejército se exige.

Véase *Language in thought and action*, escrito por S. I. Hayakawa en 1949: un tipo de Oxford se va a las regiones mineras británicas a hacer campaña por la reforma electoral. El minero que le dice:

—Eh, ¿qué es toda esa maldita chorrada de «un hombre, un voto»?

—Ah, pues no significa más que «un maldito hombre, un maldito voto» —responde el tío de Oxford.

—Entonces, ¿por qué demonios no dicen eso y ya está? —replica el minero.

He pasado muchos benditos años en una casa de campo en Vermont. Era costumbre en el pueblo que todos los varones, desde niños, tuviesen un mote que los acompañara toda la vida. Me acuerdo de Chunk, Bozo, Nooky, Spud y Buggy. Eran nombres con los que llamar a voces a alguien en mitad del campo, o en unos grandes almacenes: tenían buenas consonantes. Asimismo, un buen nombre de perro ha de ser so-

noro. A un perro adiestrado se le puede llamar Buck o Queenie, pero no Leslie o Thea.

Las buenas consonantes llaman la atención, que es una de las finalidades de las palabras malsonantes. Como «un maldito hombre, un maldito voto», se suelen utilizar como indicador del objeto directo. Por supuesto, también es un improperio. Pensemos en esas dos palabras que preceden a cualquier emergencia aérea, pero, incluso cuando se desea que diversas fuerzas causen algún mal a algunas personas, el lenguaje malsonante, en cuanto indicador del objeto directo, tiene utilidad lingüística, porque significa: «Estate preparado».

El hebreo bíblico es una lengua con gancho. Hace un prolijo uso de los pronombres, que adjunta al verbo o al sustantivo. También tiene indicador de objeto directo. Por ejemplo: «Mandó *et* al mensajero al río», donde *et* significa que le sigue el objeto directo, por lo que conviene prestar atención.

En el habla coloquial de Chicago, esa partícula existe como «Mandó al #$% mensajero». El indicador de objeto directo sirve para lo mismo. Qué suerte tengo de que mi esperpéntica carrera universitaria me impidiera estudiar la filología, la deconstrucción, la búsqueda de la gramática universal y la concomitante sabiduría de Noam Chomsky.

No, a mí, que soy un *epikoros* (*apóstata*, en hebreo, del griego *epicúreo*), siempre me ha fascinado el lenguaje auténtico. ¿Por qué, por ejemplo, se dice «una historia», pero «una novela histórica»? Un misterio.[3]

El caso es que oí a mi padre soltar un taco una vez y pensé en ello bastante más tarde. El mundo, cuyo trato indigno él había sufrido toda su vida, estaba inmerso en sus habituales y absurdas turbulencias, que entonces se traducían en la guerra de Vietnam, los magnicidios y la crisis de los misiles de

Cuba. Le pregunté si tenía algún consejo que darme. Y dijo: «A veces, simplemente el mundo tiene que irse a #$%&». Es un lenguaje tosco y soez, pero, en cuanto indicador de objeto directo, sirvió para captar mi atención.

Naturalmente, los seres humanos suelen emplear el lenguaje para distraer o engañar. Así que es muy recomendable escuchar con un espíritu crítico.

Pensemos, por ejemplo, en el lenguaje de los grillos. Si cuentas sus estridulaciones durante 15 segundos y le sumas 37, el total será, aproximadamente, la temperatura en grados Fahrenheit. Honor y gloria a quienquiera que fuese el primero en escucharlo y averiguarlo.

Hace unos años, el presentador de un programa de entrevistas, entonces idolatrado, un hombre de sabiduría, humor y decencia, intercalaba varios anuncios publicitarios. Antes de cada uno decía: «Amigos míos». No lo hacía en ningún otro momento. El que escuchara con atención se daba cuenta de que estaba intentando, de forma consciente o no, inducir la receptividad en sus oyentes, o disculpar su —sin duda necesario— descenso a las aproximaciones autorizadas a la verdad del mercado.

Mi abuelo Jack emigró aquí desde Varsovia. Era un hombre hosco y sólo se sabía un chiste. Era éste: «¿Cuánto tienes que poner para ir a la universidad?». Respuesta: «Tienes que poner mucha atención».

En la película, se descubre que el grande y poderoso Oz es una fantasía, manipulada por el mago, Frank Morgan, un charlatán que se dedica a pulsar botones. Y se sirve de la única defensa posible tras su desenmascaramiento: «No prestéis atención al hombre que está detrás de la cortina».

Dejaré que el lector deduzca el símil.

14

Expertos y oligarcas

Los estafadores y los magos saben que, cuanto más inteligente es uno, más fácil es de engañar.

Saben que la dificultad, al tratar de embaucar a su objetivo, no estriba en despertar su codicia —¿quién no es codicioso?—, sino en sortear sus sospechas. ¿Cómo se hace eso? Apelando a su inteligencia.

El conde Victor Lustig (1890-1947) se ganó así la confianza del muy cauto Al Capone: fue a Capone y le prometió aumentar su dinero al doble en seis meses. Le pidió 30.000 dólares, y Capone se los dio. Capone no le pidió ninguna garantía, porque los dos sabían cuál sería la consecuencia si fracasaba o le robaba.

Lustig volvió a hablar con Capone a los seis meses y le confesó que había fracasado. «Simplemente no salió bien», dijo. Capone refunfuñó. Lustig prosiguió: «Aquí le devuelvo sus 30.000 dólares». Después de esto, naturalmente, Lustig no sólo se había ganado la atención de Capone, sino también su confianza para hacer al respecto lo que considerara prudente.

Una persona rica y poderosa debe ampliar sus actividades; porque, aunque no haga uso de su capital, necesitará contables, auditores, corredores de bolsa y asesores. ¿Cómo los elegirá? Siguiendo la opinión de otros asesores.

Los próximos al trono obtendrán el poder, y sólo podrán mantenerlo, incluso en los momentos de éxito, unido a la adulación y la sumisión. Los poderosos, en cambio, no toleran de buena gana la superioridad de nadie, y su paciencia es inversamente proporcional a su riqueza.

Se dice que, si eres rico, sabes contar chistes y cantar. El hombre acaudalado goza incluso de una cierta «intuición» ingenieril en presencia del arquitecto que aspira al estrellato.

Este último es el supuesto sirviente principal, agraciado por la camaradería del jefe. Puede que construya o no el edificio como él mismo quería antes de las estúpidas injerencias de su patrón, pero sin duda dejará sin blanca a su adversario, y que el edificio sea como sea.

Al cauto empresario se le dan dos opciones: pagar al arquitecto por horas, o por contrato al costo más honorarios. Elija lo que elija, cuando le toque pagar será más caro de lo que había pensado; puede que se lamente de su decisión, pero, de haber elegido la otra opción, ésa habría resultado ser, sorprendentemente, más cara de lo previsto. O quizá sea tan rico que no le importe lo que cueste.

Esto último es el caso del poder gubernamental. Todos somos unos idiotas fuera de nuestro terruño, y nadie puede saberlo todo. Tenemos que confiar en la experiencia y la pericia de los demás, y todos cometemos errores. Lo terrible de las economías planificadas no es que se vayan a cometer errores, sino que no se corregirán.

¿Quién, de los que están en el Gobierno, padecerá la destrucción de nuestra economía? Sin duda, se hizo con buena fe. Sin embargo, el trabajo del político es acumular poder, y si descubriera que lo puede derivar de, por ejemplo, unas medidas draconianas impuestas con el pretexto de la salud,

las mantendrá hasta que perciba que eliminarlas le dará aún más riqueza o poder.

¿Quién había visto antes un fraude como ése? Cualquiera que viviera la Gran Depresión.

En 1929 se derrumbó el mercado de valores. Roosevelt ganó las elecciones en 1932, en el pico de la Depresión. Él, que nunca había tenido un trabajo, decidió hacerse cargo de la economía. Instituyó el control absoluto de los salarios y los precios (la Ley de Recuperación de la Industria Nacional, 1933-1935) y, en la economía más próspera de la historia, convirtió un mal mes de Wall Street en una década de depresión mundial.

Se levantaba cada mañana y, con su café y su cigarrillo, decidía cuál sería el precio del oro ese día. Como los solones de hoy, a él no lo echaron de un trabajo. Estaba jugando a los vaqueros con la economía, e invitó a su «comité de sabios» a jugar con él.

No es preciso que nos imaginemos, pues está consignado en la historia, cómo éstos adaptaron sus opiniones para halagar al jefe, mientras los estadounidenses pasaban hambre.

Frederick Lindemann, «The Prof», era el consejero de Churchill para todo. El profesor era para Churchill lo que «Jilly» fue para Frank Sinatra. A ningún experto se le permitía acercarse al trono si no era a través de él. Se enemistó con todos, y lo irritaba en especial sir Henry Tizard, uno de los desarrolladores del radar, un aparato de cuya utilidad se burló Lindemann al principio.

Lindemann también utilizó «pruebas científicas» para descartar la posibilidad de que los alemanes estuviesen desarrollando un cohete de propulsión líquida capaz de bombardear Londres (el V-2).

El consejero de Stalin en materia científica era Trofim Lysenko. Fue un exponente de la ciencia como política, y por ello tuvo pleno acceso al trono. Como la *tabula rasa*, su teoría era que a las plantas, como buenas comunistas que eran, se las podía educar, y que a los guisantes se les podía enseñar a crecer en invierno. Durante su mandato en el Ministerio de Agricultura murieron de hambre entre siete y diez millones de personas.

Y ahora tenemos la «ciencia» del calentamiento global, y las noticias, la educación y la opinión se deformaron para respaldar una opinión indemostrable. Se condena el disenso, y se prohíbe siempre que es posible, ya que produce monstruos que, a través de sus actos, se declaran enemigos de la humanidad.

Y también hemos tenido ahora la COVID-19.

Y se permitió que una epidemia o pandemia destruyera la economía estadounidense; decenas de millones de personas perdieron su trabajo, se cubrieron el rostro y por la calle se encogieron de miedo ante sus vecinos.

Un amigo mío tiene un restaurante. Estaba yéndose a la quiebra. Tenía terraza, pero empezaba a hacer frío, y las estufas no le llegaban hasta el siguiente Shavuot.[1]

Pero resistía. Tenías «permitido» sentarte en sus mesas y comer sin mascarilla. De hecho, ¿cómo se podría comer con ella puesta? ¿Sabe el virus que uno se ha sentado a comer?

Una noche recibió a dos clientes habituales y se sentó a charlar con ellos. Se quitó la mascarilla. Los clientes le informaron de que, por ley, los empleados de los restaurantes debían llevar la mascarilla puesta en todo momento.

Les dio las gracias, se puso la mascarilla y se levantó.

Pero ¿sabe el virus que él es empleado de un restaurante? ¿Con quién discutiría sobre si es un empleado o el propietario? ¿Con el virus?

El virus, aquí, es el Gobierno. Si no se hace nada, acabará matando, como cualquier enfermedad, al organismo huésped. El problema no es que el electorado vote mal, sino que el poder absoluto no permitirá ningún cambio. Churchill, Roosevelt, Stalin y la izquierda actual son como el inspirado arquitecto aficionado: no pueden admitir siquiera la posibilidad de la discrepancia, ni, por tanto, tolerarán tener cerca a nadie que pueda admitirla, incluido el Colegio Electoral; así, el electorado es libre de airear su frustración, morirse de hambre o ir a hablar con su párroco.

Cuando está débil, el cuerpo político, al igual que el físico, es vulnerable a las infecciones oportunistas. Cuatro años de histeria contra Trump, chantaje racial, catástrofe económica diseñada y disturbios han sometido al cuerpo político estadounidense a unas amenazas —a la Constitución, a la religión, a la razón— que un organismo sano podría haber ignorado.

Los parásitos obtienen su vida del organismo huésped, al que acabarán matando si no se los controla. Este objetivo ha sido a lo largo de la historia la misión declarada del marxismo, pero, una vez muerto el cuerpo, los parásitos —que se alimentan del crecimiento vivo— son sustituidos por los saprófagos. Éstos viven de la carne muerta en descomposición.

15

Un cursillo de esclavitud

En el Chicago de mi juventud no nos impresionaba la corrupción. Quizá nos habría sorprendido que no la hubiera, pero nunca se dio el caso.

El alcalde Richard J. Daley presidía las juntas del Ayuntamiento, y, cuando intervenía algún miembro de la oposición, le apagaba el micrófono. Los policías extorsionaban a los taxistas; los inspectores de bomberos se cebaban con los dueños de los restaurantes. Ante cualquier dificultad con el Gobierno de la ciudad, la pregunta no era «¿quién lleva la razón?», sino «¿a quién tengo que ir a ver?».

Se sabía que los impuestos sufragaban las casas en la playa de los funcionarios electos, y que cualquiera que deseara algún servicio municipal debía pagarlo: con dinero, con favores o movilizando votos. El modelo se ha adoptado ahora a nivel nacional.

Hoy, un Partido Republicano activo podría haber mantenido Chicago y su estado en una suerte de equilibrio, pero los republicanos vivían en la periferia norte de Chicago, y Chicago no es una ciudad cualquiera de Illinois, como no lo es Manhattan en el estado de Nueva York.

No soy del Medio Oeste. Soy de Chicago. El Medio Oeste era la geografía ignota al sur de la ciudad, el lugar de las

granjas y de las cárceles, frecuente alojamiento de exgobernantes.

Chicago era una ciudad de la maquinaria política y una ciudad de la mafia, dos instancias pioneras de ese matonismo que hoy se llama interseccionalidad.

Pensemos en el Tammany Hall de Nueva York, la maquinaria de Pendergast en Kansas City y el Chicago de Daley. Las leyes del «siéntate y cállate» y «ve a ver al capitán»[1] —por las que se regían la recogida de basuras y la retirada de la nieve— se han adoptado ahora como política nacional. Hoy se mantiene a los votantes en la ignorancia mediante la cooptación de la prensa, pero antes, en los tiempos de la «habitación llena de humo»,[2] no hacía falta importunar a la prensa. Todo el mundo sabía lo que pasaba.

Las generaciones de la posguerra no sólo están alejadas del barullo y el gentío de las calles, sino también, cada vez más, de su simulacro, más ordenado, que es ganarse la vida.

A los progresistas actuales, como a los chicaguenses cautivos de antaño, se los recompensa por su complicidad. Sin embargo, los chicaguenses de antes eran conscientes de que les daban un trabajo en el comité de parques, un pavo por Navidad o la inmunidad tras haberle dado una paliza a alguien: tenían claro cuáles eran las recompensas por su amoldamiento. Hasta hace poco, a los progresistas se les pagaba con halagos. Pero, a medida que las bondades de este placer se fueron disipando, Jesse Jackson, Saul Alinsky, Al Sharpton, Barack Obama y otros estafadores raciales urdieron una nueva amenaza.[3]

Al problema se lo llamó «la culpa de los blancos». Los tejanos rotos, los *piercings* y los tatuajes obedecen al intento de los pudientes de proyectarse como criaturas de la calle. Y la culpa de los blancos procuró a los progresistas blancos la emoción de un sadomasoquismo placentero, como el de los *piercings*.

Shelby Steele le ha puesto nombre al fenómeno y lo explica de manera genial: culpa de los blancos = poder negro.

Los estafadores raciales adquirieron su poder con acusaciones («Todos los blancos llevan el racismo en su ADN»). Barack Obama dijo: «El legado de la esclavitud, Jim Crow, la discriminación en casi todas las instituciones de nuestra vida. Ya saben, eso tiene una sombra muy alargada, y sigue siendo parte de nuestro ADN, que se transmite. No nos hemos curado de ello». O sea, que la culpa es heredable por la raza. Y los progresistas asintieron ante esta grotesca afirmación: que, por tanto, una raza era genéticamente inferior. ¿Qué ganaron con ello los progresistas blancos? Lo mismo que al vestirse como los indigentes: la enfermiza fantasía de la condición de víctima.

La culpa de los blancos les permitió sumar otra estrella de combate a sus insignias de rango, porque, ¿cómo podría uno sentirse culpable de abusar de su poder si no tuviese poder?

Así, como el rey Lear, la izquierda progresista «decidió» conceder «parte» de su supuesto poder a unos destinatarios «más merecedores» de él; es decir, a aquellos a los que supuestamente se lo había robado.

Pero, de nuevo como el rey Lear, vemos que el generoso traspaso de parte de tu poder inspira inevitablemente a sus destinatarios a usurpar el resto. Hitler se tiró un farol en Francia en 1940, y un escuadrón de la policía pudo haber detenido a los bolcheviques en la periferia de Moscú (pensemos

en Minneapolis). El rey Lear se consideraba generoso, y lo empobrecieron aquellos a los que había transferido su poder.

Ahora, la izquierda marxista está destripando nuestro país. Ensoberbecidos con cada batalla que ganan, amplían el alcance de sus actividades: de humillar a alguien se pasa a incluirlo en una lista negra; de los piquetes, a la destrucción; de las manifestaciones, a los disturbios. Al igual que ocurre con los impuestos, lo que quieren es todo lo que tengamos, y ¿quién podría detenerlos? Aquí entra en escena Donald Trump.

Miró a la izquierda y nos informó de que hacía mucho tiempo que los conocía: eran los mismos rufianes, ladrones, tramposos y putas con los que había estado haciendo negocios toda su vida. Se formó en la industria de la construcción.

Y la izquierda se hizo pipí.

Ahora se necesitaba una amenaza más potente para mantener calmado al ignorante.

Con el racismo les iba bien, y era una apuesta segura, pero los votantes progresistas empezaron a sentirse ahítos. Al parecer, uno se puede acusar a sí mismo de racismo un determinado número de veces al día, durante una cierta cantidad de años. Al final, el cilicio se acaba desgastando.

Lucky Strike aumentó sus ventas durante la Segunda Guerra Mundial tras cambiar el color de su envoltorio, del verde al blanco, y anunciarlo diciendo «Lucky Strike VERDE se ha ido a la guerra: los tintes utilizados para las cajetillas de antes se necesitaban para las fábricas del Ejército».

Es genial.

La izquierda, las universidades y la prensa pusilánime anunciaron que los blancos ya no tenían que seguir considerándose racistas; ahora podían transferir todo ese pecado y

colocarlo sobre la cabeza de un solo hombre, y cambiar la emoción de autoflagelarse por la del odio desenfrenado.

Pero llegó 2020, y 74 millones de estadounidenses ya se habían hartado. La broma no sólo había perdido la gracia, sino también el misterio.[4]

Las organizaciones identitarias de izquierdas tan pronto se fusionan como compiten por el poder, unidas por fin, en una relación de codependencia sumisa a una mentira. Es decir, que Estados Unidos es un país malvado, pero incluso la izquierda idiota quiere ganarse la vida, y tener su coche, y por eso vive en la permanente negación, patrocinada por el Estado. Esta enervante situación sólo es sostenible si no existe la posibilidad de la apostasía personal, es decir, de la libertad.

Los progresistas supuestamente racionales afirman que hay un «péndulo», que a veces oscila así y a veces asá, pero que al final se detiene en el medio, porque los seres humanos son, en definitiva, criaturas racionales.

Pero un paseo por las calles de nuestras ciudades demostrará que no lo somos. Se le metió miedo a nuestra población para que se amoldara al Gobierno en la anulación de nuestra economía y, en el proceso, de la libertad de expresión; es decir, de la capacidad de expresar nuestras dudas y pedir ayuda y orientación en la comunidad.

Andrew Cuomo se declaró a favor de la retirada de la estatua de Theodore Roosevelt ubicada delante del Museo de Historia Natural de Estados Unidos. Se explicó diciendo que «ellos lo querían», pero no aclaró quiénes eran «ellos». No hacía falta. «Ellos» eran cualesquiera que lo mantuvieran en el poder.

Lo contrario de la libertad sujeta a la ley no es «una sumisión racional a la voluntad del pueblo», sino la esclavitud; y

los ciudadanos obedientes que iban con mascarilla, confiando en que lo hacían por su propia seguridad y por el bien público, aprendieron a guardar la fila y a hacer sólo aquellas cosas que el Gobierno les permite y como les permite. Estaban haciendo un cursillo de esclavitud.

¿Cuál es ese irresistible tropismo que ordena que vestir a la moda del año pasado sea un síntoma de locura? ¿Cómo se transmite esa información? Nos parece ridículo vestirnos con los estrafalarios modelitos que antes nos encantaban, y una clara invitación al escarnio. Partiendo de esa base, y en cuanto animales gregarios, consideramos peligrosas las ideas impopulares; como no estamos dispuestos a autoacusarnos de ninguna temeridad, llamamos «valentía» a lo que es un mero acto de rechazo. Sin embargo, se trata de una valentía que sólo se te concede como miembro del grupo, por lo que cabe observar que eso en modo alguno puede ser valentía.

16

Belinda Raguesto regresa de Suiza

Los ejecutivos del cine, en masa, son la inevitable escoria de cualquier empresa exitosa. Con demasiado dinero a su alcance, los progenitores de la empresa exitosa se creen capaces de delegar la parte aburrida sin perder el control de las cosas. Contratan a expertos que a su vez contratan a otros expertos, pero no pueden delegar ni la inspiración ni la autoridad máxima, sino sólo el poder de decir «no». De hecho, es una buena forma de definir al ejecutivo del cine: el que carece de competencias para decir «sí».

Jamás se ha hecho una película a partir del «proceso de desarrollo». Las películas siempre se han hecho porque alguien con poder apostó por alguien con talento.

Dada la hegemonía de los estudios —sea la MGM o Netflix—, la persona con poder ha solido ser un burócrata ascendido a la nobleza. En cualquier caso, llega un momento en que él o ella considera oportuno, como cualquier hegemón, disfrutar de las prerrogativas del poder y reunir un grupo de subordinados fieles, o «asistentes».

Pero cada subordinado fiel, por supuesto, fomenta sus propios intereses. Se dieron cuenta de que el modo más fácil de adquirir poder era no hacer películas, insistir en que les dieran más presupuesto para explorar, investigar o «comprometerse» con las mujeres, los gais, los afroestadounidenses y los desfavorecidos; en resumen: descubrieron una y otra vez el poder de la

pasividad, del «comité»; en este caso, que hacer películas conllevaba el riesgo de fracasar, a diferencia de «desarrollarlas».

Y todos contentos, debe decirse.

Ahora bien, como me dedico a hacer películas, escribiéndolas o dirigiéndolas, he conocido a lo largo de muchos años a un montón de ejecutivos de los estudios, y he ido a comer con todos ellos y toda la pesca.

Engordé bastante, pero me di cuenta de que nunca se cerraba ningún acuerdo en las comidas. ¿Por qué? La gente importante (la que toma las decisiones) no iba a dedicar una hora a comer en compañía de los jornaleros (los guionistas).

No, la gente importante no come con sus jardineros, por preciosas que estén las azaleas.

Pero, con todo, ¿por qué eran tan idiotas los ejecutivos de los estudios con los que comía, que daban carpetazo a mis trabajos una y otra vez?,[1] me preguntaba yo, un tierno joven entonces. ¿Es que no lo veían? ¿No podían leer el guion que les estaba ofreciendo (una obra maestra)?

La respuesta es: no, no podían, porque ése no era su trabajo.

Siempre pensé que les faltaba imaginación. Pero no: ellos, como tú y como yo, desbordan imaginación; todos nos pasamos el día maquinando y soñando despiertos con la riqueza, la venganza, la gloria, el amor, etcétera. Por eso tenemos películas, para que ese peso lo lleven otros un par de horas.

Los ejecutivos, que son humanos y están llenos de deseos —de los retorcidos y de los inevitables— poseían imaginación. Sin embargo, aunque les hubiese dado por imaginar que el éxito les podría llegar apoyando unos guiones que harían felices a muchos y ricos a unos pocos, no habrían dado el paso, porque no lo entendían. No sabían leer guiones.

Nadie en Hollywood ha sabido leerlos jamás, con la excepción de algunos directores, y sólo unos pocos se tomaban si-

quiera la molestia de hacerlo (así era antes, ahora probablemente lo hagan menos todavía). A una película se le da luz verde en función de su costo, sus actores, su tema y su director. La lectura del guion se considerará, como confirmará un repaso en diagonal, tan innecesaria como el propio guion.

La razón de ser del guion es, en realidad, indicar al cámara lo que tiene que rodar y a los actores lo que tienen que decir. Todo lo demás es irrelevante. Ningún actor lee jamás las acotaciones, y la mayoría de los directores dejan que sus actores «improvisen» (balbuceen), porque seguramente sea más interesante que el diálogo escrito.

A los guionistas se los alababa por saber escribir «acción» o «escenas tórridas», pero esas dos golosinas —que en esencia son idénticas— las inventa siempre y únicamente el director o el coordinador de los dobles, sin remitirse al guion para nada.

Pocos han entendido la naturaleza del guion. Es una receta. Aquí van tres recetas:

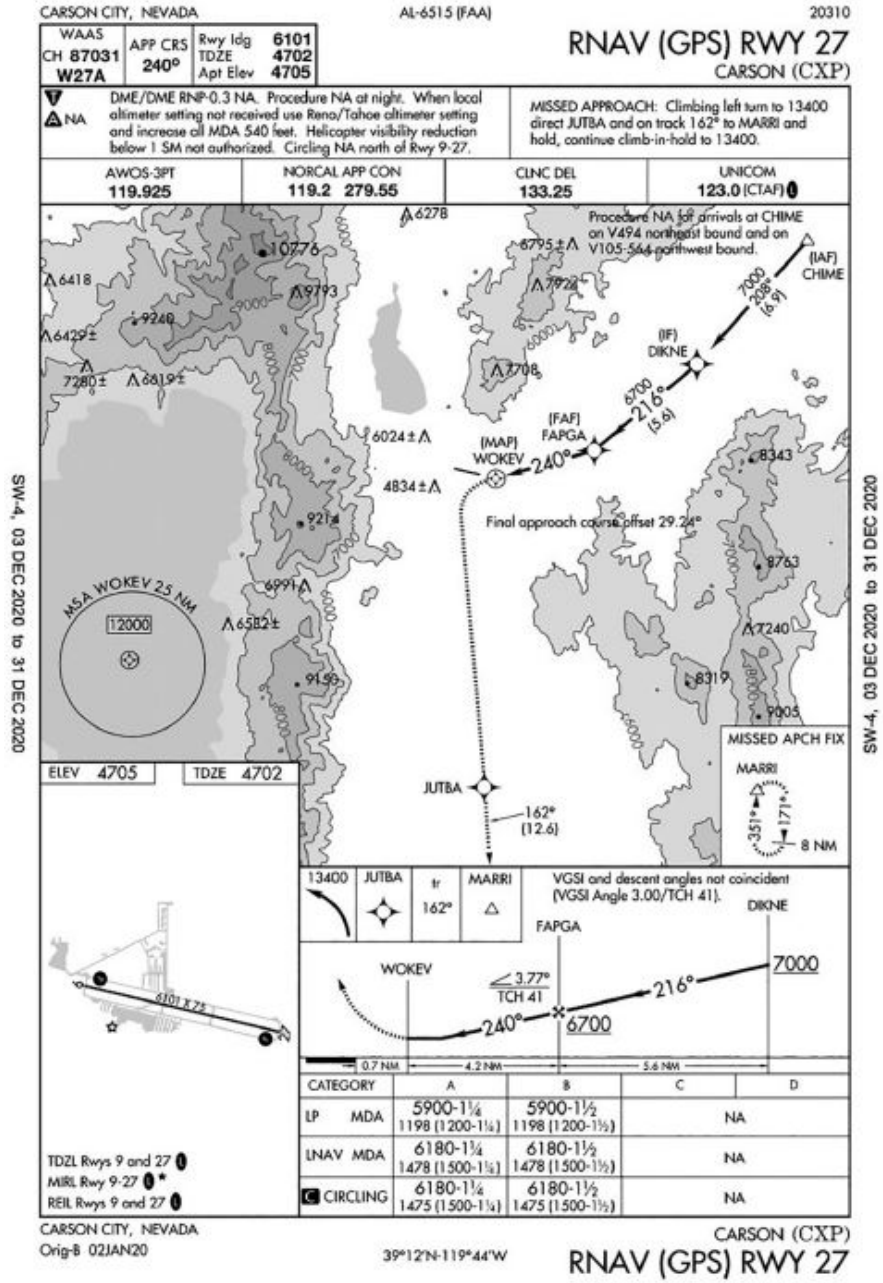
1. Una carta de aproximación: le dice al piloto, que está aterrizando en la pista 27 de Carson City (Nevada), una manera de hacerlo.

El piloto lo entenderá con sólo un vistazo, sabiendo que es la manera más simple de explicarle un procedimiento y que, si sigue esas instrucciones, llegará a la pista 27. Al final, no significa más que: «Vuela hacia este lugar, desciende a esta altitud, y después vuela hacia aquí» (véase la imagen en la página siguiente).

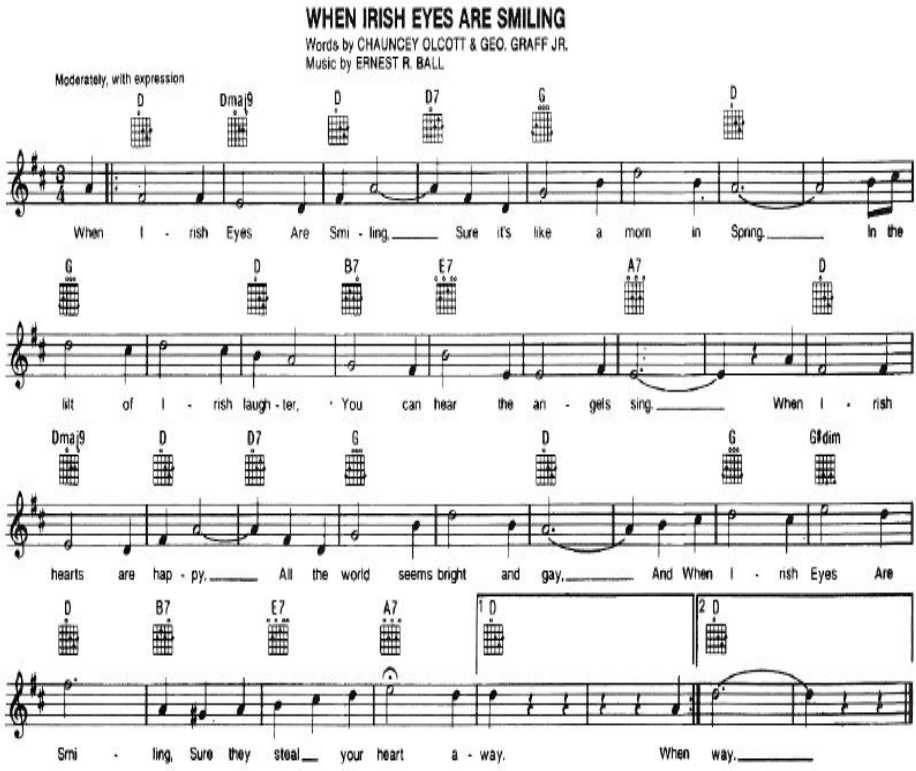
2. La música de las partituras simplificadas (*fake books*) que utiliza el músico para tocar lo que le pide el público.

Vemos que sólo aparecen la clave de sol (la melodía) y el cifrado de los acordes en la parte superior. Por mucha imaginación que le eche, ningún lego sabrá tocar la pieza a partir de es-

te tipo de partituras: se necesita un mínimo conocimiento técnico sobre el círculo de quintas.



Lo más cerca que puede llegar el lego de entender automáticamente un guion es compararlo con una receta, una carta de aproximación o una partitura simplificada. En una receta se indican los ingredientes y las instrucciones para mezclarlos y, si se siguen correctamente, producirán el resultado deseado.



3. Una receta de un bizcocho.

BIZCOCHO

6 huevos

1 taza de azúcar

Ralladura de la piel de 1 limón o 1 naranja

Zumo de ½ limón o de ½ naranja

1 taza de harina

1 cucharadita de levadura

Separar las yemas de las claras; añadir una pizca de sal a las claras y reservar en el frigorífico mientras se preparan los demás ingredientes. Batir las yemas y el azúcar hasta que adquieran una textura suave; añadir la ralladura de limón y el zumo, y luego la harina tamizada tres veces junto con la levadura. Batir las claras a punto de nieve e incorporarlas con cuidado a la masa. Hornear en un molde no engrasado a temperatura me-

dia (165 ℃) durante 50 o 60 minutos. Una vez fuera del horno, volcar el bizcocho en una rejilla y dejar enfriar antes de retirarlo del molde.

Sin embargo, es necesario que los ejecutivos dejen de hacer algo a lo que están muy acostumbrados, que es quedarse con una parte de la receta y después rechazarla porque debía salir un bizcocho, pero «sabe a papel».

El ejecutivo, encadenado a su roca, no puede saber nada sobre el placer de imaginar, a partir de la receta, el majestuoso triunfo dramático o cómico que podría ser la película resultante.

Pero la vida de sus subordinados —los lectores de guiones— tampoco está exenta de diversiones, porque puede que los guiones que llegan a sus mesas de Ikea les susciten algún interés, ya que, en realidad, son novelas de las que venden en el supermercado, precedidas por las palabras «FUNDIDO EN NEGRO».

Por ejemplo:

FUNDIDO EN NEGRO:

Una tibia brisa, preferible al viento caliente que, hasta que cambió el tiempo ayer, había resecado esta árida llanura, trae al atardecer el aroma a miel del desierto que fluye hacia el patio de una antigua hacienda, propiedad de la familia Raguesto desde los tiempos de las concesiones españolas de tierras. Abandonada en las guerras que durante cien años asolaron Texas, fue reconstruida en la década de 1920, cuando Benito, el último de los empobrecidos Raguesto y campesino moribundo, encontró petróleo en el terreno, motivo por el que vuelve BELINDA, su tataranieta, educada en colegios de monjas en Suiza. Ésta deja su maletita en el suelo, reseco y agrietado, y contempla los kilómetros infinitos de tierra, sólo interrumpidos por un solitario cactus.

BELINDA

Uh…

Naturalmente, puede que el espectador no capte el perfume del viento, ni intuya que la temperatura de hoy difiere de la de ayer, ni que la tierra era antes esto o aquello, y que ahora está así o asá. Ni sepa que Belinda es la heredera. Nada de eso es filmable. No se puede rodar, ni interpretar y, por tanto, tampoco lo puede percibir ningún espectador.

¿Por qué, entonces, forma parte de una cosa llamada «guion»?

Si fuese un guion de verdad, se leería como una receta. Así:

FUNDIDO EN NEGRO:

EXT. LLANURA DEL SUROESTE INFÉRTIL Y DESOLADO – DÍA

Una joven refinada con ropa de viaje confeccionada a medida deja su lujosa maleta de mano en el suelo y mira a su alrededor.

BELINDA

Uh…

«Pero no lo entiendo —dice el ejecutivo—. ¿Por qué está ahí, qué quiere, y qué demonios pasa después?»

La capacidad de inducir esas preguntas en el público es, por supuesto, trabajo del escritor. Es crear una receta. Cuando se hace bien, puede despertar el interés del verdadero cliente, el espectador, que es el que da de comer al guionista y a los ejecutivos.

Nuestra Constitución es, en esencia, una receta en forma de contrato entre nuestros ciudadanos y los representantes que elegimos. Es una receta para la cooperación, a la que podemos remitirnos los ciudadanos, y cuyas cláusulas contractuales podemos ejecutar después, en teoría, para producir los resultados que motivaron el documento: la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. No es tanto un «documento viviente» como una carta de aproximación o la receta de un bizcocho. Está pensada como protección frente a los que se creen demasiado sabios para despreciarla, y para protegernos del impulso de dar crédito a su sabiduría o del temor a su poder, errores a los que somos especialmente propensos en épocas de angustia.

En su introducción de «Pennies from heaven», el letrista John Burke escribió en 1936, en plena Depresión: «Nadie valoraba un cielo que siempre era azul, y nadie celebraba la luna nueva, pues siempre lo era. Así que se decidió que desaparezcan de vez en cuando, y si ahora los quieres ver, tiene que ser pagando».

Milton Friedman enseñaba que «la ciencia lúgubre», la economía, era aritmética, a fin de cuentas, y por ello ganó el Premio Nobel y merece la gratitud de todos los que están buscando trabajo, aparte de los economistas.

Si con los votos se logra sacar al Congreso de su danza de la lluvia, lo habrán hecho los que se dieron cuenta de que la riqueza llovía sólo sobre aquéllos con el hocico en el abrevadero.

17

Hamlet y Edipo en versión zombi

Las revoluciones empiezan cuando los ideólogos y los jacobinos se descubren mutuamente: los primeros se alegran de haber encontrado a sus almas gemelas; los segundos, a unos lacayos.

En su ascenso al poder, los primeros se convierten en *apparatchikí*, entusiasmados con su capacidad para dirigir los acontecimientos. Esta breve fase culmina con su asesinato a manos de sus antiguos socios.

Los ideólogos, con su efímera ilusión de autoridad, se conforman con inventarse nuevos nombres para sí mismos (ciudadano/a, camarada) y para todo lo demás que exista (él, ella, nosotros, ellos); y se les deja ir libremente por los grandes almacenes de la cultura cambiando los rótulos, es decir, controlando lo que se dice.

La oposición, como vemos, se castiga casi al instante. En primer lugar, se caracteriza la expresión de las opiniones como disentimiento; después, se la calumnia, y entonces el disentimiento —que ahora se llama «agresión»— pasa a identificarse como falta de asentimiento activo.

Los que quieran evitar, primero la discordia, y luego la censura y la pérdida de ingresos, descubren enseguida que no tienen donde esconderse y que han de elegir: o apoyan

activamente unas ideas que les repugnan o entran en una lista negra.

Tras la inevitable noche de los cuchillos largos, la amenaza de la lista negra deja paso a la certidumbre de la cárcel o de la muerte.

Éstas son las lecciones de la historia, es decir, la constancia escrita de una de las funciones de la naturaleza humana: guiar al individuo hacia el poder. Este impulso está sujeto a unos contrapesos, como son los beneficios de la religión —y, por tanto, de la moral— y los de un Estado constitucional: la libertad de prosperar protegida por la ley y el razonable temor al castigo por incumplirla.

Si cada cual no los suscribe, tenemos esa anarquía que, como podemos ver ya, conduce a la normalización del delito. ¿Qué mayor placer para la débil alma humana que la posibilidad de delinquir, no sólo con permiso, sino, además, con respaldo? En esto, el tráfico sexual de personas en la isla de Epstein y la destrucción de las ciudades vienen a ser como la estupefacta alegría de Hitler al tomar Francia: nadie me va a parar.

Los seres humanos somos malas piezas. Si nos descuidamos, nos dividimos entre depredadores y presas.

Sabemos que hay cortapisas: el honor, la moral, la lealtad familiar y el temor a la vergüenza y al castigo. Se mantiene el orden en las civilizaciones —para bien o para mal— mediante el palo y la zanahoria. En la Declaración de Independencia se enumeran como recompensas la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Pero ¿qué hay de nuestros deseos de la muerte ajena? ¿Qué hay de nuestra envidia a quienes les va mejor? ¿Qué hay del impulso de mezclarnos, en busca de compañía o camuflaje, por temor a la noche?

En su forma benigna, tenemos asociaciones como los grupos de costura y las ligas de bolos; cuando evolucionan hacia la anarquía, vemos los movimientos Occupy Wall Street, Black Lives Matter y Antifa, y, después, la carmañola y la guillotina.

Cada cual se sabe débil: ha hecho algo malo, o lo ha pensado, o tal vez lo ha planeado. La mentalidad de rebaño lidia con nuestro autoodio echándoles la culpa a otros: a los racistas, a los israelíes, a los «odiadores». La religión lidia con lo que nos incomoda saber sobre nosotros ofreciéndonos la confesión, el consuelo y la oración.

Una cultura sana trata esa enfermedad con arte. Los grandes cuadros y obras musicales pueden inspirar, sugerir, aliviar, emocionar, pero no pueden dar lecciones. Ni tampoco puede la literatura. La razón de ser del arte, como de la religión, es llegar a esas partes del alma humana ajenas a la corrupción de la consciencia.

Todos sabemos que nuestra consciencia está corrompida, y analizar una vida larga conlleva un arrepentimiento, una vergüenza y un auténtico horror por nuestros actos que, a veces, apenas son soportables.

El teatro, y en particular la tragedia, nos procura una mediana entre la franca confesión y el conocimiento consciente, racional (es decir, defectuoso o, al menos, poco fiable).

La tragedia surte el efecto de las historias contadas alrededor de la fogata y, al igual que los chistes, nos libera de la reflexión racional. La escucha nos transporta a otro mundo. Las palabras «érase una vez», al igual que «van dos y le dice uno al otro», no sólo calman nuestras inquietudes —necesarias, cotidianas— relativas a la posición social, al bienestar y a nuestro concepto de nosotros mismos, sino que las soslayan automáticamente.

Al escuchar estos hechizos místicos nos relajamos, porque sabemos que la historia no tratará sobre nosotros. Si sospecháramos, en nuestro estado desprevenido, que en realidad estamos escuchando un cuento moral —es decir, un anuncio publicitario—, se rompería el hechizo y habríamos de hacer uso de nuestros medios de protección.

En esto somos como quien está escuchando en la radio a un locutor que habla de la humillación de algún personaje público, cuando, de pronto y sin previo aviso, se pasa a un anuncio sobre la protección de la imagen en internet, momento en que nos damos cuenta de que estamos oyendo publicidad.

Y creíamos que nos estaban contando un cuento para dormirnos.

La razón de ser de los cuentos al acostar a los niños es combatir su miedo a la oscuridad y su consciencia de su propia fragilidad. No se les dice que se enfrenten a ello y empleen la razón («los monstruos no existen»), sino que se les calma a través de un mecanismo que pasa por encima de su frágil consciencia y de su escasa capacidad para tranquilizarse a través de ella. Esa fragilidad es algo que tenemos en común con los niños.

No procede tratar de atajar los miedos de un niño diciéndole: «Así que, recuerda: nunca te conviertas en lobo». Hacerlo es cometer el mismo error que hacer obras de teatro «con mensaje». Con ellas se está malversando el momento teatral. Y también con los «coloquios con el público» de después, que convierten una noche en el teatro en una clase de lengua.

Cuando la libertad de expresión desaparece cual Jimmy Hoffa, se deja a los productores y a los espectadores abandonados con su miedo. No sólo se ha eliminado un mecanismo

atenuante, sino que se ha forzado esta forma de arte para ponerla al servicio del mecanismo represor.

El teatro lleva bastante tiempo de capa caída, y ahora, con su (posible) resurgimiento, se descubrirá que lo han convertido en una plaza para la entronización del pensamiento correcto. Es decir, la proclamación del reino de la Diosa de la Razón; es decir, de la oclocracia.

Hemos visto en Broadway cómo las formas habituales de comedia, drama y tragedia han sido suplantadas por los espectáculos históricos. Son homenajes a un logro humano, a la inteligencia, la gracia o la suerte; en definitiva, al poder humano sobre la naturaleza o las circunstancias. Su razón de ser es conmemorar a una persona (el nacimiento de Galileo), un lugar (la fundación de Des Moines) o una idea (Semana Nacional de la Agricultura, Concentración en Múnich).

Es una excusa perfectamente razonable para una representación, y cubre nuestra necesidad de unión. Pero es lo contrario del drama. En definitiva, es, para bien o para mal, «la obra del instituto». Asistimos para aplaudir la idea presentada en el título del espectáculo histórico. No experimentaremos —no podríamos— esas emociones ni, por tanto, la catarsis por la que ha existido siempre el teatro. De estos espectáculos no salimos purificados, calmados, sorprendidos, riendo, llorando, meditabundos o turbados. Y no saldremos habiendo apartado un momento a un lado la carga de nuestra consciencia.

Sabemos que si alguien se levanta renovado de sus oraciones es que ha obtenido una respuesta a sus plegarias. Nuestras plegarias han sido asimismo respondidas al salir del magnífico *ballet*, concierto o partido de fútbol, incluso: nos han quitado la carga un rato. En cambio, el espectáculo histórico no responde a nuestras plegarias, sino a las plegarias

de otros. Para bien o para mal, por cualquier razón —orgullo cívico, esperanzas de ganar algo, intentar conseguir adeptos —, han escenificado lo que es a fin de cuentas una manifestación.

Hace tiempo que el espectáculo histórico suplantó al teatro en Broadway, por las siguientes razones. El 75 por ciento del público de Broadway son turistas. Van allí, legítimamente, buscando una experiencia. Van a Broadway por el mismo motivo exacto por el que van a Disneylandia. Como en ese felicísimo lugar, no van a arriesgar un dinero ganado con el sudor de su frente en una actividad problemática (podría no gustarles la obra, ni que sea «un desafío para el espectador»; quizá sólo quieran descansar tras un día de compras). En cambio, nadie tiene por qué dudar de que las tazas locas del parque de atracciones cumplirán la función anunciada.

El público versado de Broadway, el de los tiempos de Odets, Miller, Williams, etcétera, lleva tiempo en la tumba, y sus nietos están tomando el sol a la bartola en Scottsdale.

Los neoyorquinos de clase media —y de la clase trabajadora— financiaron el crecimiento del teatro estadounidense. El turista no paga para eso, como tampoco pagaría para ir a un parque de atracciones con montañas rusas que inviten a la reflexión.

La mayoría de las obras no valen nada. La única manera de escribir una obra es escribir muchas obras. Uno aprende montándola en el garaje, delante de una fachada, en teatros pequeños fuera de Broadway, etcétera, probando y fracasando ante un público que ha pagado entrada. No hay otra forma de aprender a escribir una obra. Fuera de Broadway, ya no existen las obras alternativas a las alternativas a Broadway (*off-off* Broadway). Los teatros de la periferia llevan tiempo dedicándose a generar adeptos, a la «sensibiliza-

ción», a la «conciencia social» y a otras maneras de destruir la posibilidad de atraer a un público de verdad, apasionado.

Nadie le dice a su marido o a su mujer: «Mira en internet a ver si hay alguna obra que defienda la idea de que (COMPLÉTESE EL ESPACIO EN BLANCO) también son personas». O: «Vístete, porque, aunque querías quedarte en casa y tomarte una cerveza, es el tercer martes del mes, y tenemos que utilizar el abono para ver alguna obra».

(Por cierto, ¿qué mayor placer que admitir, sea cual sea el evento, que uno está en ese momento más a gusto en casa y mandar al cuerno las entradas, costasen lo que costasen?)

Finalmente, escribir una buena obra requiere talento. No es algo que abunde por ahí.

Creo que fue Milton Friedman el que dijo, sorprendentemente, que debe haber libre mercado para tentar a los capaces a revelar sus capacidades. Si no existe la posibilidad, en el teatro, de hacer otra cosa que no sea poner en escena clichés, el falto de talento tomará la iniciativa —y la está tomando—, pero el inspirado no tendrá estímulos para hacerlo. La recompensa del talento es la creación sin trabas.

El pintor o el compositor pueden trabajar en solitario. La creación del dramaturgo no está completa hasta que no se le suma un público. Está escribiendo para ellos. Para ellos, crear una experiencia transformadora (la risa, el asombro, un meditativo silencio o que se salten las lágrimas) es la emoción suprema.

El «juntaletras» no es consciente de la existencia del talento. Puede ir tan contento a llevar sus servicios a unos productores tan contentos de llevar a escena un espectáculo sin más valor real que esos lienzos monocromos tan preciados por los comisarios de los museos.

The New York Times, nuestro periódico de referencia, y los medios progresistas, junto con los colegios y las universidades, insisten en que no se debe decir o interpretar nada en el escenario que no exprese el «pensamiento correcto», es decir, el estatismo.

La sensibilización, la educación, la diversidad y demás son herramientas de adoctrinamiento. Como también lo son, por ejemplo, los campos de entrenamiento para marines y el bar mitzvá. Sin embargo, el arte es la unión entre la inspiración y el alma del observador. Insistir en que el arte sea adoctrinamiento es una obscenidad, que niega y condena la posibilidad de la conexión humana con verdades superiores a su comprensión, es decir, con lo divino.

18

Un mensaje de Schpershevski

Un judío ruso, Schpershevski, llega a la isla Ellis, en el puerto de Nueva York. Espera reunirse con su hermano, que ahora vive en Estados Unidos. Está informado de que su hermano se ha «americanizado» y que ahora se llama George Smithson.

No encuentra a su hermano, así que pide que lo avisen por megafonía. Llaman a George Smithson, pero no se presenta nadie. Schpershevski se da cuenta entonces de que está al lado de su hermano, que no responde a la llamada.

—Oye, están llamando a George Smithson. ¿Por qué no respondes? —pregunta Schpershevski.

—Bueno, es que me he cambiado el nombre. Ahora me llamo Austin Woodford —dice el hermano.

—¿Te has cambiado el nombre otra vez? ¿Por qué te has cambiado el nombre otra vez?

—Porque, cuando me llamaba Smithson, todos me preguntaban: «¿Y cuál era antes de que lo cambiaras?» —responde el hermano.

En 1933, Huey Long dijo que lo más fácil del mundo era crear una organización fascista; lo único que había que hacer era llamarla organización antifascista. La razón de ser de Planned Parenthood [‘Planificación Familiar’] es erradicar la familia con hijos, y la Inquisición sentenciaba a sus víctimas

a la tortura y la muerte a través de la fórmula de «relajación al brazo secular».

Julieta nos dice que un nombre no vale nada, pero se trataba de una falacia del alegato especial (y adolescente).

Sabemos que sí vale mucho. Véase *Nuestra ciudad*, de Thornton Wilder, la mejor obra de teatro estadounidense. Su corifeo, el jefe de escenario, está hablando sobre las tumbas de los unionistas, muertos en la guerra de Secesión, en un cementerio municipal de Nueva Inglaterra. «Lo único que sabían era el nombre: los Estados Unidos de América. Y fueron y murieron por ello.»

La justicia es la aplicación de unas normas de conducta previamente decididas y aceptadas y de las reglas para su análisis y litigio. Es tan imperfecta como cualquier otra institución. Sin embargo, el objetivo al que aspira es a dirimir las diferencias de forma desapasionada, considerada, sólida y moral.

La justicia social es la negación de ese ideal. Aquí, se insiste en que los «sentimientos» son superiores al proceso y al orden. Los iconoclastas afirman que la justicia es demasiado lenta, que es sesgada y que la persona, o cualquier grupo que pueda formar, tiene el derecho de expresar sus viejos e ignorados agravios como prefiera.

Es el argumento de un padre maltratador: «Sí, le pegué, pero tú también le habrías pegado si hubieses tenido que aguantar su comportamiento».

La justicia social significa *anarquía*. Pero, al igual que Planned Parenthood, tiene un nombre atractivo, y todos nos pirramos por un buen eslogan.

Pensemos en la ACLU [Unión Estadounidense por las Libertades Civiles, por sus siglas en inglés], la más absurda

panda de judíos desde Los Tres Chiflados. Defienden el derecho de los manifestantes a provocar disturbios; de los nazis estadounidenses a marchar por las comunidades de los supervivientes del Holocausto; de los trastornados mentales sin techo a congelarse en las calles de Nueva York, en vez de que se los lleven, contra su voluntad, a un centro de acogida.

Lo único más tonto que un judío son dos judíos.

Nos mantuvieron a raya durante dos milenios, porque no teníamos derechos inalienables. No nos preocupamos por el estado del mundo, porque nuestro mundo se limitaba a conseguir lo suficiente para comer, a proteger a nuestras mujeres de los cosacos y a nosotros mismos de los nazis y a discutir sobre la Torá.

Esto, unido a una arraigada y milenaria endogamia, creó una raza excepcional para plantear discusiones.

Liberados de nuestras cadenas gracias a la prosperidad estadounidense y la fundación del Estado judío, pasamos a ser miembros adjuntos —es decir, provisionales, en nuestra cabeza— de la población general.

Se nos educó para polemizar, pero, al ver que las carreras profesionales se abrían al talento, que probablemente nadie (en Estados Unidos) iba a matarnos, y al aprender en las universidades de élite donde nos admitían a regañadientes que Dios había muerto, o que era una ficción, y que la Torá era una fantasía..., en resumen, al asimilarnos, lo único que nos quedamos fueron los candelabros del *sabbat* y la necesidad biológica de debatir. A la menor oportunidad.

Pensemos en los borzois de purísima sangre, encerrados en un tríplex de Sutton Place toda su vida. Si se los dejara sueltos en la estepa, olfatearían el viento y trotarían detrás de un lobo.

Los judíos, como grupo, somos idiotas. Nos tragamos el marxismo, el análisis freudiano, la deconstrucción, EST,[1] la escuela de cinematografía. Nos tragamos a Franklin Roosevelt, que con sus medidas mandó de vuelta a miles de judíos a morir en las cámaras de gas. Y también a Jimmy Carter; no calificar su libro *Palestine: peace not apartheid* (2006) de antijudío es adoptar el antisemitismo más práctico: «No estoy en contra de los judíos, sólo contra el Estado de Israel».

Al igual que la comunidad negra, los judíos nos las hemos visto y deseado, cambiando constantemente, en busca de un título que, en nuestra cabeza, anunciara qué trato deseábamos recibir.

Desde nuestros comienzos en el Nuevo Mundo, donde llegamos como «judíos» (un epíteto), hemos ido a la búsqueda del eufemismo, tratando siempre de distanciarnos de los aún más desdichados desechos que llegarían después de nosotros y pondrían en peligro nuestros intentos de ser asimilados, prosperar, escapar de la agresión o pasar desapercibidos (o de todo a la vez).

Los judíos se quedaron asombrados tras hacer un análisis racional de la nueva oportunidad para los inmigrantes estadounidenses, y eso desencadenó unas energías dedicadas desde antiguo y en exclusiva al Talmud y las trifulcas familiares. En esto nos ayudaron dos mil años de esclavitud y sumisión. Porque, como el gorgojo del algodón, nos dimos cuenta de que podíamos prosperar en cualquier parte y de que lo único que nos intimidaba eran las buenas noticias.

Así, sin ningún estatus o ventaja seguros, siempre nos esforzamos por mejorar nuestra suerte mientras la cosa fuese bien. El repulsivo inmigrante, un harapiento buhonero, se convirtió, a medida que mejoró su suerte, en propietario de

una carretilla, en tendero y en el inventor de los grandes almacenes, de las compras por correo y de la moda lista para llevar. Y el «judío» se convirtió en el israelí, el hebreo, el caballero de origen judío, el miembro de la ciencia cristiana, primero, y de la Cultura Ética después, y, desde la Segunda Guerra Mundial, el progresista. Pero, si te quejas el tiempo suficiente de tu propia pasividad, al final llegará alguien que te tomará la palabra.

«Obligación de medios», en el contrato para hacer una película, significa: «Si te crees esto, te mereces todo lo que te pase». El siglo XX añadió una cláusula de obligación de medios a «judíos, trato moral de los». Todos vimos ejecutarse la cláusula en la Europa nazi. La cláusula se eliminó del contrato en 1948, con la creación del Estado judío. Aun así, los judíos estadounidenses, progresistas todos ellos, votaron por la oclocracia llamada «justicia social», y votaron a los candidatos que iban a suprimir la embajada estadounidense de la capital de Israel y después a financiar a Hamás mientras bombardeaba a nuestros parientes.

El rabino Adin Steinsaltz dijo que la raíz del antisemitismo estaba en la ira de los cristianos al darse cuenta de que los judíos no gobernaban el mundo.

Los judíos asimilados apostamos hace tiempo por la idea de que los progresistas debían gobernar el mundo. El progresismo que adoptamos era, en esencia, ateísmo con esperanzas de salvación. Pero ese progresismo se desarrolló y se puso a hacer la cucharita con la anarquía.

El desamparo de la comisaría de Minneapolis[2] marcó el comienzo de la fase de madurez de una insurrección. Cuando

los anarquistas consoliden su poder, se recordará como el Fuerte Sumter de la guerra de Secesión.

Los progresistas que los catapultaron al poder acabarán contra las cuerdas, tarde o temprano. En la historia no hay nada que indique lo contrario.

Hace tiempo que nuestras universidades dejaron de enseñar historia, pero los anarquistas la han leído con provecho. Estos semánticos, muy pragmáticos, saben que se puede influir en la conducta influyendo en la forma de hablar y, por tanto, de pensar. Pan comido.

De *Terrorismo y comunismo*, de Lev Trotski:

> A todos los que echaban de menos la bandera nacional se les obligaba a guardar silencio. Pero esto no pareció bastante. Como ocurre en todas las revoluciones, se obligó a los indiferentes a que manifestaran su adhesión a la nueva causa. Los que se negaban a ello eran abandonados al odio y la violencia del populacho.[3]

La izquierda insiste en los códigos de lenguaje, en el carácter mágico y tabú de ciertas palabras y en renombrar todas las cosas que nos han dado Dios (el sexo) y el hombre (el Gobierno), según una neolengua en constante evolución. Esto, como nos enseñó Orwell y podemos ver ahora, es la tarjeta de visita de la anarquía. Nos vamos turnando en la confusión, la exasperación, el espanto, la arrogancia o la tristeza, pero nadie es inmune.

Nuestras meditaciones esquizofrénicas son, en esencia, el diálogo entre los dos hermanos Schpershevski, y lo que está sobre la mesa: «¿Cómo era antes de que lo cambiaras?».

19

Chełm, o no se detiene a los malos

Todas las culturas tienen fábulas muy preciadas sobre los sabios (nosotros) frente a los necios (otros). Algunas establecen esa división entre diversos animales; véanse las fábulas de Esopo o los animales míticos de los indígenas americanos. (Nota: recomiendo *Cuentos indios*, de Jaime de Angulo. Los recopiló durante los años que pasó con los indios de la costa de California, a principios del siglo XX. Y véanse las bellas traducciones al inglés que hizo Howard Norman de los cuentos populares de los pueblos inuit y cree: *The Wishing bone cycle* y *The girl who dreamed only geese*; y también *The geography of memory*, de Eileen Delehanty Pearkes.)

Los libros infantiles y los cuentos de hadas atribuyen características humanas a los animales. Parte de la literatura y del acervo popular sitúa la excelencia y la deficiencia en nuestros congéneres humanos. Véase *The ways of white folks*, de Langston Hughes.

Buena parte del humor judío de mi juventud era un perplejo intento de comprender, no sin afecto, a los *goyim* (no judíos), o nuestra reacción ante ellos. Uno de mis favoritos va de dos judíos que planean matar a Hitler. Saben que éste dobla una esquina de Berlín todas las mañanas a las 9.30 h. Están allí a las 8.00. Esperan allí con sus bombas. Llegan las

9.00, las 9.30, las 9.45. A las 10.00, uno se gira hacia el otro y le dice: «Ay, Dios, espero que esté bien y no le haya pasado nada».

Mi abuela Clara nació en Hrubieszów, entonces parte de Rusia. Ahora, Hrubieszów está, por el momento, en Polonia, junto al río Bug, a 298 kilómetros al sureste de Varsovia. A 53 kilómetros al oeste se encuentra la ciudad de Chełm.

Me sorprendió enterarme de que Chełm era un lugar que existía en la realidad; porque, para mí, que crecí escuchando los cuentos populares judíos de mi abuela, era la patria putativa de los judíos más tontos del mundo.[1]

Un ejemplo para principiantes es el siguiente. Los mayores de Chełm decidieron hacerle una petición al sol: «¿Por qué brillas durante el día? ¿Por qué no brillas por la noche, que es cuando haces falta?».

En vísperas de 2020, los ataques frontales a la libertad de expresión —es decir, al intercambio de ideas entre seres humanos— purgaron el humor. Desapareció de las ondas, y después del trabajo, y luego del hogar, cualquier estereotipo sobre la raza, el sexo o el origen nacional (con la excepción de las condenas al Estado de Israel, a sus ciudadanos y a los conservadores). En su lugar, tenemos condenas anodinas de puntos de vista políticos.

En *Saturday Night Live* salió un cómico negro, Jay Pharoah, imitando mezquinamente al doctor Ben Carson. Los de mi generación conocen este tipo de números como «Rastus,[2] el negro estúpido». Su repulsivo intento de hacer humor no se diferencia en nada de los números vodevilescos de Stepin Fetchit y Willie Best. Se burló del doctor Carson, uno de los cirujanos más consumados de la historia, por su pausada for-

ma de hablar. El número no tenía ninguna gracia: era pésimo y vergonzoso. Pero llenó cinco minutos de un programa cómico cuya única ligazón con la comedia que le queda es condenar al Otro.

Los conservadores menean la cabeza, tristemente sorprendidos por la idiotez de los progresistas.

Pero no les deseamos la muerte, ni los deshonramos para mandarlos a la pobreza, o a la cárcel; simplemente nos parecen estúpidos. Sabemos que su pasividad ante la insurrección es culposa, pero nuestras fantasías de venganza no son torturarlos en el potro, sino decirles, cuando tengamos que sacar entre todos los escombros del marxismo, el racionamiento y los disturbios: «Has visto, ¿no?».

Los chistes de Chełm fueron mi primer contacto con el humor judío, basado en nuestro amor a la ambigüedad.

Un judío está sentado en un restaurante, mirando la carta. La camarera dice:

—¿No se decide usted?

—Sí, pero no sé si estoy de acuerdo conmigo —responde el judío.

Escribí un chiste para mi mejor amigo, Jonathan Katz, hace décadas; era un homenaje a la petición al sol de Chełm: un pueblo quiere reducir su gasto en policía, así que aprueban una ley que ilegaliza los delitos.

Y ahí lo tienes, mira a tu alrededor.

Los pardillos progres no sólo han envalentonado a la izquierda enfebrecida para que destruya la cultura —el objetivo declarado del marxismo—, sino que la han invitado a ello. Se ha ilegalizado la opinión política: ¿qué fue la farsa del complot ruso, sino el intento de condenar a un ciudadano por defender su postura política?

Tras haber abolido la religión, y por tanto el pecado, sólo faltaba un paso para abolir el delito. Esto ya lo previó Samuel Butler en *Erewhon* (1872). En su utopía, la enfermedad es delictiva, pero a los delincuentes se los trata como enfermos.

Ahora estamos vaciando las cárceles, abriendo las fronteras a los inmigrantes ilegales, incapacitando a lo que quede de la policía tras los recortes presupuestarios y tachando de los libros una ley tras otra.

Pero, si a los antaño considerados matones y vándalos ya no se les castiga por sus otrora delitos, ¿cómo se llamará a sus actos?

Se les llamará justicia social.

20

Algunas curiosidades lingüísticas

Hemos acabado aceptando la existencia del Departamento de Seguridad de la Patria,[1] pero es una afrenta si tienes una sensibilidad muy refinada. No son sus operaciones —las cuales agradezco mucho— lo que me molesta, sino el nombre. Porque hay un oxímoron entre la defensa patriótica de nuestro país que lleva a cabo el departamento y la nada americana grandilocuencia de su nombre oficial.

Antes de su creación en 2002 —a partir de una amalgama de veintidós agencias públicas—, nadie, ni por escrito, ni en la calle, ni en sus pensamientos más recónditos, se había referido jamás a nuestro radiante y grato país como «la patria».

Naturalmente, la palabra *patria* [*homeland*] hiede a la teutona *das Heimat*, de modo que nadie sensible a nuestra última guerra o que esté familiarizado con el inglés cotidiano de Estados Unidos la incorporaría burocratizada a nuestro lenguaje. El término es repulsivo, torpe y ofensivo. Con el uso ha ido chirriando menos, así que lo dejaremos pasar. No esconde ninguna finalidad perversa: es simple fatuidad.

Lo que pesa en el otro lado de la balanza es «políticamente incorrecto». La creación del Departamento de Seguridad de la Patria sólo comportaba un cambio de membrete en el pa-

pel de las cartas y del bordado en los parches, pero el daño que ha hecho la aceptación de su nombre oficial —producto del diseño burocrático— ha infectado inadvertidamente nuestro lenguaje y, por tanto, nuestro pensamiento. Si se pronuncia las suficientes veces una larga grandilocuencia, el cerebro deja de pensar en ella, lo que equivale a aceptarla como verdad, como ya observaran Joseph Goebbels y la CNN.

No es sólo que se afirme que existe un único modo correcto de acción y pensamiento políticos. Cualquiera con edad para votar sabe desde siempre que los ciudadanos del otro partido son unos necios corruptos; esto no es más que la piel del fruto venenoso. El término *políticamente correcto* es, en su destructivo corazón, una amenaza directa.

Políticamente correcto no es una condena del partido rival, sino una advertencia: adoptar —considerar, en realidad— un punto de vista contrario sería muy desaconsejable para la persona en cuestión.

Nótese que todo conservador que usa el preludio «esto quizá no sea políticamente correcto, pero...» no sólo está reconociendo las fuerzas del control del pensamiento, también las está apoyando. No les hace falta ningún reconocimiento y, nos enfrentemos a ellas o no, lo que no hay que hacer es reforzarlas más.

Napoleón dijo que, si quisiésemos saber cuáles son los miedos de nuestros enemigos, sólo tendríamos que observar con qué quieren aterrorizarnos. A los izquierdistas les aterra ser excluidos de la masa y comprobar las consecuencias de la exclusión por todas partes. El encarcelamiento, el oprobio, la quiebra económica de los adversarios conservadores y la severidad con que se los castiga no se ajustan al grado de su desviación —para la izquierda no hay grados—, sino a su per-

sistencia tras haber sido amenazados y advertidos respecto a cualquier desviación.[2]

Los estadounidenses despreciamos a los delatores. Varios de nuestros conciudadanos han sido sometidos de tanto en tanto a diversos grados de opresión. Citaré a los afroestadounidenses, los judíos, los gais, los asiáticos y los irlandeses, pero repararemos en que, por lo general, para sus opresores era muy fácil identificarlos; no hacía falta que ningún soplón les informase de que tal o cual era mujer, negro, judío, etcétera. Por tanto, no tenemos la costumbre de buscar nuestro acomodo a través de la delación, los chivatazos y los soplos, actos que nos repugnan y a los que ningún eufemismo puede ayudar.

Nancy Pelosi y compañía se inventaron una especie de «soplón imaginario»,[3] un chivato cuya palabra sin fundamento acabó con un presidente y enmendó el derecho al voto de la derecha estadounidense.

Que esta introducción, de tapadillo, de testigos anónimos y enmascarados es contraria a toda la cultura estadounidense lo confirma el espeso glaseado de la palabra. (Pensemos también en Ralph Northam, gobernador de Virginia, que en 2019 vino a defender en una entrevista el derecho de la madre a acabar con la vida del feto, no sólo en cualquier momento antes del nacimiento, sino también después, en algunos casos puntuales. A esto, que algunos denominan «aborto posnatal», se le llamaba antes «asesinato».)

El Comité de Actividades Antiestadounidenses es, naturalmente, el abuelo filosófico de la corrección política.[4] En este caso, unos valientes congresistas se presentaron en Holl-

ywood para erradicar la influencia comunista en la industria cinematográfica.

Como veterano miembro de esa camarilla, puedo atestiguar que nuestros intereses siempre se han ceñido al sexo, al alcohol, a las drogas, al estatus y a la envidia. ¿Puede que pase lo mismo con tus chanchullos?

En las décadas de 1930 y 1940, el comunismo de limusina sustituyó al *mahjong* como actividad que procurara un poco de solaz a una vida al cobijo de las palmeras. Los actores se pasan la vida, o bien trabajando, o bien con el miedo de no volver a trabajar nunca más. *Trabajar*, para una estrella de cine, significa pasarse catorce horas diarias en una caravana y que te avisen cada cuatro horas para rodar durante diez minutos parte de una escena.

Esto no se hace para humillar a los actores, ni en desdoro del esplendor que, muy de vez en cuando, vemos en las estrellas de verdad. Pero no sólo es que estén casi todo el tiempo esperando, aburridos: el resto lo pasan en una fantasía, cuando los llaman al plató.

Y por entregarse a ella se les recompensa.

Este grupo es el más indicado para convertirse a cualquier cosa (Joseph Goebbels dijo: dadme a un devoto comunista, y lo haré nazi en un mes).

Los curiosos, los crédulos, los aburridos y los sociables: todos tuvieron contacto con los grupos de debate y estudio —y la mayoría participaba en ellos—, de modo que se aliaron con los objetivos del Partido Comunista y los bolcheviques. Muchos estaban tan absorbidos por las fantasías de la prosperidad y la igualdad rusas como sus nietos lo están hoy, embaucados por la incesante propaganda *woke* de los medios estatales —muchas veces a través de la misma fuente, por ejem-

plo, *The New York Times*—, como los reportajes de Walter Duranty de su época en Rusia, entre 1921 y 1934; le enseñaron los pueblos Potemkin en medio de una hambruna que mató a ocho millones y escribió: «Los rusos pasan hambre, pero no mueren de inanición» (*The New York Times*, 31 de marzo de 1933). Por esto ganó el premio Pulitzer.

Algunos van y vienen, y puede que fuera Oscar Levant el que dijo: «¿Respira un hombre bastante desalmado que no fuese rojo en los años treinta?».[5] Simpatizar con el comunismo, para *mes semblables* de Hollywood, no era traición, sino el manto de superioridad con que se premian a sí mismos y que hoy vemos en la defensa de las ballenas, de los peces flecheros,[6] de los inmigrantes ilegales sintecho y otras criaturas, grandes y pequeñas, cuyo encanto es directamente proporcional a su lejanía.

Resumiendo: los seres humanos son unos idiotas delirantes, y en el mundo del espectáculo se nos paga para representar el delirio humano. Pensémoslo: se nos alaba por los personajes que interpretamos o creamos, pero sólo podemos desentrañar los motores de la conducta humana como los magos pueden serrar a una mujer por la mitad.

Y entonces Hollywood volvió de la guerra. Con la guerra fría estaba lo de la bomba, y el Congreso, esa casa de fieras, juzgó oportuno echarles un ojo a los comunistas que había en el Departamento de Estado,[7] tarea que encargó a una panda de actores y directores.

Ciudadanos, ideólogos, visionarios, incluso pardillos como tú y como yo que, amparados por la Primera Enmienda, habían ejercido su derecho a leer, o a decir esto o aquello, o a juntarse con otros para debatirlo, eran llevados ante una

panda de rufianes mitrados y se les daba a elegir: o se negaban a contribuir a la farsa —en cuyo caso entraban en la lista negra, y luego ya decidían ellos si se morían de hambre o se suicidaban— o cooperaban.

Cooperar significaba denunciar; porque, ¿qué mayor certeza podrían tener los tribunales y sus coperos de su propio poder que llevar al acusado a cometer una mala obra sin redención posible, como es traicionar a sus amigos, lo cual hicieron muchos? Hasta el día de hoy, y por siempre, en las biografías de los «testigos cooperativos» figura, además de su filmografía y sus premios, una nota de su perfidia.

Aquí no nos gustan los delatores.

Así que en Hollywood vemos, una vez más, nuestros polvos de aquellos lodos en el atril de Eric Garcetti, alcalde de Los Ángeles. El 31 de marzo de 2020 no sólo pidió a los angelinos que llevaran mascarilla y mantuvieran la distancia social, sino también que informaran de cualquier establecimiento que incumpliera las normas del confinamiento. Y, después, como todo el que se pasa de la raya, fue todavía más lejos: «Ya conocen ese viejo dicho sobre los soplones. Pues, bien, en este caso, los soplones se llevarán una recompensa».

Todos sabemos lo que se llevan los soplones —«se llevarán moratones», se decía en los antiguos guetos—, pero Garcetti dice: «Los soplones se llevarán una recompensa».

¿Quién se la dará?

El Gobierno. ¿Qué recompensas eran ésas y qué desgraciado transgrediría las antiquísimas barreras contra la delación, no por una apelación a la salud de la comunidad, sino con la esperanza de recibir una recompensa del Gobierno?

¿Algún conocido tuyo? ¿Seguiría siéndolo después de hacer algo así? Allen Ginsberg escribió: «América, aún no te he contado lo que le hiciste al tío Max una vez que se vino de Rusia» (en «América», de 1956).[8] Esto es lo que le hicieron: Eric Garcetti y el pródromo del surgimiento de la nomenklatura.

Sí, el lenguaje se inventó para enmascarar los sentimientos, pero el observador no sólo puede aprender de los intentos de ocultamiento, evidentes o sutiles, sino también de la alteración inconsciente y del neologismo.

Los políticos estuvieron mucho tiempo recordándonos que éramos los accionistas de la experiencia americana. Era una bobada fuera de lugar, parecida a recordarle a tu esposa que «es como de la familia». Pero, a pesar de la impertinencia política, tenía el mérito de ser verdad, al menos en la teoría. Cada ciudadano, a través de su voto, era «propietario» de una acción del país.

En la última década se ha sustituido *shareholder* [‘accionista’] por *stakeholder* [‘parte interesada’]. Les recordaré a mis lectores que el *stakeholder* es el que mira en los juegos con apuestas.

Los que compiten por el bote le confían la custodia de sus respectivas apuestas [*stakes*] para que, al acabar, se las entregue al ganador.

El *stakeholder* es el que, por definición, no puede ser parte interesada ni beneficiada por el resultado.

Creo que no es preciso decir más.

21

Los nazis se han llevado a tu madre

En los buenos viejos tiempos, en los años cincuenta, en el barrio South Shore de Chicago, jugábamos al fútbol en la calle. Vivíamos en un reducido enclave judío, entre el parque Jackson al norte, los irlandeses de la calle 71 al sur, los afroestadounidenses de Stony Island al oeste y el lago al este.

La parte del lago que lindaba por el este con nuestra casa la copaba el Club de Campo de South Shore. Se reservaban el derecho de admisión, lo que significaba que no aceptaban a los judíos. Pero nuestro pequeño barrio era judío. Todos los abuelos y muchos de sus hijos chapurreaban inglés con acento askenazí. Todos nuestros padres habían servido en la guerra, y en la playa veíamos que muchos tenían las cicatrices con forma de estrella que dejan las heridas de bala.

Ninguno de nuestros padres hablaba jamás de la guerra, pero en la mayoría de las casas había guardada en alguna parte una caja de zapatos llena de recuerdos: cuchillos de las Juventudes Hitlerianas, cintas de servicio, documentos de licencia militar, varias pistolas y chapas de identificación. Entre la información que figuraba en las chapas estaba la religión del soldado. En las chapas de nuestros padres y tíos se había inscrito la *H*, de hebreo. Para los soldados judíos que luchaban en Europa, rendirse a los nazis conllevaba morir en la cuneta o en los campos de exterminio.

Jugábamos al sóftbol en la calle. Se bateaba en un lugar muy angosto y, para que te esforzaras al máximo, los compañeros de equipo te decían: «Los nazis se han llevado a tu madre».

Esta mañana he tenido que hacer dos recados. Uno era llevar a arreglar un cinturón de mi mujer y el otro era comprar un libro.

En el confinamiento, y con los disturbios, he tenido más tiempo del habitual para leer. He descubierto un par de libros complementarios y que ahora comparto contigo.

Ninety times guilty [Noventa veces culpable], de 1939, y *Una casa no es un hogar*, de 1953. El primero es de Hickman Powell, periodista. Es la historia de la persecución y enjuiciamiento de Lucky Luciano gracias a Thomas Dewey. Luciano se hizo rico en las décadas de 1920 y 1930 estafando a las prostitutas y madamas de Manhattan. Dewey pudo echarle el guante acusándolo de conspiración, y fue a la cárcel.

Una de las madamas estafadas por Luciano era Polly Adler. *Una casa no es un hogar* es su autobiografía. Polly regentaba el burdel más famoso de Nueva York. Los dos libros son una delicia por separado, pero sobre todo si se leen a la vez.

Hickman Powell escribía de maravilla. Véase también *Last paradise* (1930), su libro sobre el año que pasó en Bali. Mi mujer señaló que Powell no sólo aludía, varias veces, a la belleza de las muchachas balinesas semidesnudas, sino que siempre añadía que ese atractivo desnudo le provocaba una extraña indiferencia sexual.

En cuanto al libro de Polly Adler. Es una historia desternillante. Y no podía ser de otro modo, ya que en realidad lo escribió una de las grandes. Se llamaba Virginia Faulkner, y nadie supo nada de ella durante mucho tiempo. Escribió tres novelas (*Friends and Romans*, *The barbarians* y *My hey-day*),

que te hacen reír a carcajada suelta. Por ejemplo, de *My heyday* (1940), «Mi aventura soviética»:

> Hice el viaje en un vagón de mercancías cerrado, encajonada entre un tractor y un movimiento juvenil, y, como es natural, nada más llegar fui en cuanto pude a un salón de belleza a adecentarme y a enterarme de lo que pudiera sobre cómo estaba la situación. Y quiero declarar públicamente que no importa lo que se oiga decir sobre Rusia: sus salones de belleza son muy económicos. Champú, moldeado, masaje, limpieza de cutis, manicura y aborto: todo por siete rublos y medio.
>
> La primera persona a la que intenté localizar fue a mi querido amigo el gran duque Slavko, antiguo jefe de la Policía imperial y autor de *¡Conque te vas a Siberia!*

Faulkner era más divertida que Dorothy Parker.

Además, durante el disgusto,[1] cogí de la estantería tres memorias de aristócratas rusos, escritas después de la revolución: *Half a life*, del conde Benckendorff; *Upheaval*, de Olga Woronoff, y *Once a Grand Duke*, de Alejandro Románov.

Alejandro era primo hermano de Nicolás II. Luchó con la Armada rusa en la guerra ruso-japonesa y fundó la fuerza aérea rusa. En Inglaterra, escribió en 1930 sobre cómo intentó conseguir que Nicolás mostrara ciertas agallas en la guerra y en la revolución. Escribe que la Primera Guerra Mundial se podría haber evitado si el zar y el káiser (primos hermanos) se hubiesen cruzado dos telegramas, y haber detenido la Revolución rusa con una compañía de húsares en las afueras de Moscú en 1917.

Si esto último le resulta familiar al lector, es lógico, porque lo hemos visto en Minneapolis.[2] Pero tal vez la mayor lección de la historia es que nunca aprendemos de la historia. Y que jamás se cometió ningún gran crimen que no fuera en nombre del progreso, o de sus compañeros de cuadra: la necesidad histórica y la rectificación de antiguos agravios.

Y agoté mi biblioteca. Así que fui a internet a buscar la excelente librería BookMonster que tenemos aquí. Sí, vi que estaba abierta, pero «sólo para recogidas». A ver, ¿para qué sirve eso? Las librerías están para echar un ojo a los libros

que tienen o, si se prefiere, facilitar «citas rápidas» con la literatura.

No, no, no. Si hubiese sabido qué quería leer, lo habría pedido por internet. Lo cual es la mayor ventaja —para mí, quizá la única— de internet.

Volví a intentarlo con la web de una gran tienda de «libros de aeropuerto» que hay en mi barrio. Está repleta de libros de denuncia contra Trump, pero —y debo añadir la más triste de las palabras: *todavía*— tienen el carrusel de clásicos de Penguin, y nunca se sabe (ahí encontré *Pasar*, de Nella Larsen, el año pasado).

Y, bien, para mi gozo, su página web informaba de que ya habían abierto. También declaraban su apoyo a la comunidad ante la pandemia; por supuesto, se referían a la centenaria plaga de racismo sistémico.

Bueno, no sé qué es el racismo sistémico, pero tampoco lo sabe nadie. Como ocurre con la justicia social, el adjetivo destruye cualquier significado comunicable. Ambos términos son condenas de la maldad humana y es fácil identificar a sus perpetradores: son los que piden una definición.

Se acabó ir a esa librería.

El segundo recado era ir al zapatero, que también está a la vuelta de la esquina de mi casa.

Aquí va un chiste: la semana pasada detuvieron a un ladrón de bancos en Chicago por no querer ponerse la mascarilla. Me subí la bandana al entrar en el taller del zapatero. Me entristeció tener que prestarme a la farsa, pero una vez oí un consejo que sigo de vez en cuando: «No vayas buscando problemas, hasta que los problemas vengan a buscarte».

Terminé mis recados con el zapatero, fui a mi despacho y cogí un libro sobre la aviación en Los Ángeles. Ahí fue donde

empezó la aviación, donde construyeron el *Espíritu de San Luis* —vale, fue un poco más abajo, siguiendo la costa—, donde Amelia aprendió a volar y donde despegó en 1924 el primer vuelo alrededor del mundo, el de los Douglas World Cruiser, que se construían aquí mismo, en Santa Mónica.

La compañía Douglas se trasladó después a Clover Field, hoy aeropuerto de Santa Mónica, donde construyó muchos de los aviones y se ocupó de buena parte del transporte para la Segunda Guerra Mundial. Y descubrí que los World Cruiser se construían en un hangar en el bulevar Wilshire, en la manzana donde hoy está el taller del zapatero.

Estados Unidos fue atacado en 1941 y derrotó al militarismo japonés y al fascismo europeo en tres años y medio partiendo de cero. En el siglo XX, o en la primera mitad, no fuimos a buscar problemas hasta que los problemas vinieron a buscarnos. Y entonces acabamos con ellos.

Cuando nos olvidamos de esa máxima, volvimos a casa contritos.

Y en esa encrucijada nos encontramos hoy. Porque ahora que la libertad de expresión es, cada vez más, un producto de estraperlo, los nazis se han llevado a nuestra madre.

Los problemas han venido a buscarnos.

De «Epitafios de la guerra», de Rudyard Kipling:

BOMBARDEADO EN LONDRES

Ansioso y atento, por mar y por tierra,
luché para escapar del servicio militar.
¡Estaba en el aire!

22

El lenguaje popular: una confesión

Los guionistas y dramaturgos de las décadas de 1920 y 1930 crecieron bajo la influencia de Gorki, Chéjov y las películas y novelas bolcheviques de los trabajadores. Crearon, a partir de esa influencia, una nueva forma, menos tendenciosa, más estadounidense y más emocionante: el «drama de bandas».

Aquí, el héroe no era «el típico obrero oprimido», sino un grupo de seres humanos unidos por la dedicación a su trabajo y sus dificultades con él.

Es muy buen ejemplo de lo que no deja de redescubrir el dramaturgo exasperado: «Si no puedo mantenerlos unidos el suficiente tiempo, tendrán que resolver otra cosa. ¿Qué tal una tormenta de nieve?».

El primer y mejor drama de bandas estadounidense es *Primera plana*, sobre la sección de noticias locales de un periódico. Véanse también *Men in white* y *Detective Story*,[1] de Sidney Kingsley; *Waiting for Lefty*, de Clifford Odets, sobre unos taxistas; y el auge de las películas de mafiosos: la primera y mejor escrita es de Ben Hecht (que nos dio *Primera plana* y *Scarface*).

Esto nos llevó a un mundo ficcional y hermético, y pudimos oír lo que se decía junto al dispensador de agua o la me-

sa de billar.

Mis primeras obras eran de este género: *Lakeboat*,[2] sobre la marina mercante; *American Buffalo*, una tragedia ambientada en una guarida de ladrones, y *Glengarry Glen Ross*, un drama sobre la vida entre estafadores inmobiliarios.

Primera plana y mis primeras obras destacaban por su impactante uso —para la época— del lenguaje coloquial, es decir, soez.

Primera plana hizo retumbar el teatro y reventó la taquilla en 1928 con «¡Ese hijo de puta me ha robado el reloj!», el mejor cierre de telón de todos los tiempos.

Mis primeras aventuras en el verso suelto de la calle fueron, al principio, condenadas por su lenguaje vulgar, y buena parte de la crítica insinuaba que podría hacerlo igual de bien cualquiera que se rebajara al uso de ese truco barato, y se preguntaba si yo no tenía vergüenza.

La novedad en el arte puede ser despachada sin riesgos por los críticos, y así ha sucedido la mayoría de las veces. El artista refinado puede traducir las objeciones de la crítica como «no lo entiendo» y atemperar su furia compadeciéndose de esa fatuidad que desecha todo lo que no apeste a intelectualoide.

La exuberancia puede asustar y, por tanto, enfadar a muchos que prefieren el enfado a la confusión, pero ahí está la afrenta fundamental: vulnerar las normas acabará conduciendo, al final, al caos. Como lo hará cualquier otra operación de la vida, según nos enseñó Newton. La pregunta es sólo cuál es la dirección y la longitud de ese camino.

Las obras maestras de Mark Rothko inspiraron a los comisarios de los museos, unos cuantos años después, a montar exposiciones de lienzos monocromos, y después de marcos

sin lienzo alguno. Las sentidas bobadas de Walt Whitman nos han legado la basura poética de hoy, que ni siquiera puede amparar su defensa en la sinceridad. El extravagante capricho de los dadaístas se convierte en el *Cristo del pis* y en los árboles de Christo en Central Park, envueltos en plástico de color azafrán. Isadora en camisón y las danzas serpentinas de Loie Fuller devienen en Marina Abramović sentada en una silla al otro lado de la «puerta viviente desnuda» en el Museo Metropolitano de Nueva York, mientras la gente hace cola para poder mirarla a los ojos diez segundos y llorar. (Esto, por cierto, es una encomiable forma de redescubrir el funcionamiento psicológico de Disneylandia. Allí, según mi reloj, te pasas 55 minutos en la fila para montar dos minutos en una atracción; o bien después la experiencia era «transformadora», como se anunciaba, o bien habías cambiado tú.)

La bella desnudez de Hedy Lamarr en *Éxtasis* (1933); de Jane Wyatt en *Horizontes perdidos* (1937); o de Maureen O'Sullivan como Jane, en *Tarzán de los monos* (1932), han derivado, claro está, en la pornografía dura que salpica la mayor parte de la televisión contemporánea. La ubicuidad, en las tablas y en la pantalla, de lo que antes se llamaba «lenguaje de la calle» se debe, hasta cierto punto, al éxito de mis primeras obras.

«Qué diablos, ¡hasta yo podría haberlo hecho!» es —cualquier artista lo sabe— tanto una exageración como un cumplido, y el artista de éxito sabe que, si sigue teniéndolo, esas mismas almas dispépticas que se burlaron al principio de sus obras lo maldecirán por no seguir haciendo lo mismo por lo que le dispensaron tan mal trato.

La mayoría de los escritores duran demasiado en la feria, y no estoy en condiciones de decir que yo sea una excepción. (Un entrevistador, hace unos veinte años, se tomó como una

ofensa mi productividad: «¿Por qué sigue escribiendo? ¿No tiene ya suficiente dinero?», dijo.)

Uno puede alcanzar la eternidad, por supuesto, aunque para eso tendría que vivir eternamente. Algunos pueden alargar su estancia en la vida pública si tienen la suerte suficiente (buena o mala), se quedan en el medio, mantienen su postura de siempre y no dejan que sus asuntos privados salgan a la luz (Harvey Weinstein, recordemos, tuvo su larga trayectoria y gozó del respeto de todos los que no lo conocieron).

Sin embargo, en las horas vacías de la noche, y en estos tiempos de reflexión, muchos pueden hacer inventario y llamarlo examen de conciencia o meditación, o repaso, y preguntarse: cómo he (hemos) llegado hasta aquí; por qué me castigaron/perdonaron, qué demonios está pasando y qué puede significar todo eso.

Mi familia se llevaba muy bien con Syd Simons, el artista del maquillaje que acicaló a Kennedy y Nixon en 1960 para el primer debate electoral televisado. Presumía de ser él quien consiguió que Kennedy saliera elegido.

No pretendo faltarle al respeto a la memoria de Sam Giancana o Jimmy Hoffa, pero quizá Simons tenía razón. En cualquier caso, es probable que contribuyera, como tú y como yo, a eso que para la religión es un misterio y para la izquierda «una serie de errores repugnantes»: la vida.

En *Anna Karénina*, Lev Tolstói escribe que el príncipe Vronski se sienta una vez al mes en su escritorio «a hacer la colada». Lo que me llevó a mí, al «hacer balance», a mi descubrimiento particular fue meditar sobre Bernie Sanders.

A ver: a todos nos la cuelan con una cara bonita. No se puede decir, ni con la mejor voluntad, que la suya lo sea. Ni que sea de carácter afable, o siquiera soportable; pero algunos, en esta gran tierra, interpretaron su arrugado chafarde-

rismo y su dedo acusador como la representación de una verdad más profunda y como imperativo moral, lo cual se puede reducir a «dejar de trabajar, gravar a los productivos hasta que ellos también dejen de trabajar y que el país se vaya al infierno».

El viraje de su partido me recordó una de mis citas favoritas de don Mark Twain. Lo habían invitado a un acto social para presentarle allí a algunas personas atípicas e interesantes, y él dijo que ya las conocía: las había conocido en el río. Y yo conocí a Bernie Sanders y a los de su calaña en Vermont en las décadas de 1960 y 1970.

Porque yo era uno de ellos; el mío era un grupo de expatriados y, por mutua cortesía, judíos intelectuales, refugiados sobre todo de Nueva York —yo de Chicago—, que fueron a parar al centro de Vermont a finales de la década de 1950 y principios de la siguiente y les pareció que allí se estaba bien.

¿Por qué fuimos allí? Era y es el lugar más bello de la tierra, está cerca de las ciudades (Cabot, donde yo vivía, está a 40 kilómetros de Montpelier, la capital del estado, y a 282 kilómetros de Boston) y la vida era barata.

Mi amigo Andy compró su finca de 40 hectáreas y su caserío de poste y dintel del año 1800 por 10.000 dólares en 1960; yo compré una superficie parecida por 50.000 dólares en 1978.

Los expatriados vivíamos en buena medida como lo hacía la «generación perdida» en el París de la década de 1920. En esencia, éramos remeseros. El dinero que tuviésemos lo ganamos —nosotros o nuestros antepasados— en economías más ricas y se le sacó mucho partido en las otrora casas de labranza del centro de Vermont.

Una gente muy astuta fundó una universidad *hippie*, el Goddard College, en Plainfield. Me titulé en la universidad

en 1969, y volví allí a impartir clases de interpretación entre 1971 y 1973.

Todos los que nos habíamos mudado al lugar de veraneo de nuestros padres y abuelos éramos artistas de alguna categoría o ramo. Howard Norman, Andy Potok y yo éramos escritores; Charlotte, la mujer de Andy, era una ceramista de fama mundial; Steve Bronstein era herrero; Gary Katz dirigía una guardería; Jules y Helen Rabin hacían el mejor pan del mundo, y Ben Koenig llevaba la librería de la zona. La mayor parte de nuestra vajilla, nuestros muebles y nuestras telas se habían fabricado allí, y las cosas que teníamos en casa las sacábamos de las subastas y los rastrillos que había en los meses más cálidos.

Nuestro grupo de expatriados se dedicaba a «pasar desapercibido», por así decirlo, en una comunidad donde nadie podía señalarnos como judíos extraviados. Los lugareños nos trataban —a nosotros y a nuestro aplomo, nuestra arrogancia y nuestras estupideces— con una cautela y una generosidad escocesas que yo creo que ninguno apreciábamos y que todos dábamos por sentadas.

La mayoría trabajábamos como autónomos en el Goddard College, nuestra vaca lechera. La universidad, que no daba clases, había confeccionado además una estafa llamada «período de prácticas», dos meses a mitad del año lectivo durante los cuales se cobraba a los estudiantes por «estar en otra parte»; y, para estirarlo más, el Programa de Titulación para Adultos, que vendía títulos de bachiller universitario en letras a la gente que había pagado la matrícula y el dinero de los sellos con los que enviaban por correo sus trabajos, consistentes en «llevar diarios».

También pagaban por su derecho, que ejercían, de ir al campus varias semanas al año, a «hacer de estudiantes» e in-

tercambiar consejos sobre cómo dar explicaciones a sus esposas, cuando regresaran al mundo, de sus enfermedades venéreas.

Todos tuvieron su época feliz. Los hombres (incluido yo) nos escondíamos de la guerra de Vietnam, y excusábamos (incluido yo) nuestra cobardía al mantenernos al margen o no ir a la cárcel tomando un par de veces el autobús a Washington para estar allí de pie, en grupo.

Vi las primeras floraciones del Black Power allí, en 1971, cuando una afroestadounidense, al recibir su título, se adueñó de las ceremonias de graduación para soltarnos un infinito sermón sobre nuestra aborrecible genética; y la primera vez que vislumbré el feminismo —rampante aquel mismo año— fue cuando el tipo que interpretaba el papel protagonista en mi producción de *Anna Christie* lo dejó, la tarde del estreno, porque su novia le había explicado que la obra explotaba a las mujeres.

Pero todo este jolgorio tenía un trasfondo más siniestro.

Plainfield (Vermont), localidad de la universidad, está a 105 kilómetros al sur de la frontera canadiense. En la década de 1960, la universidad era un núcleo de resistencia y escaqueo del reclutamiento para la guerra y un nexo de la contracultura. Vi a Stokely Carmichael dar conferencias allí, y a Anaïs Nin (de verdad), y a una persona reclutando a gente para la Weather Underground.

Yo no lo sabía, pero dos de mis amigos eran miembros de la organización y participaron en los atentados con bomba de la calle 11 de Nueva York en 1970, y vivieron durante treinta años en la clandestinidad; la universidad y la comunidad de Plainfield eran el Walmart del trapicheo de drogas en el noreste de la década de 1960.

A los estudiantes no sólo nos dio por las actividades de la revolución, que exigían más ejercicio físico, sino también por el gamelán (una orquesta balinesa que, como los excelentes vinos de mesa baratos que bebíamos en Francia, «no resiste la exportación»); había un gran interés por el estudio de la pantomima (hacer como que coges una flor), y también por trabajar en la Clock House, la guardería de la universidad para los hijos de los profesores, donde a los estudiantes-maestros se nos exigía memorizar la frase «aprender haciendo» a base de repetirla.

Los créditos académicos no sólo te los daban por la «experiencia de la vida» —es decir, por dinero—, sino también por auténticos delitos. Un compañero de clase prendió fuego a la garita de vigilancia de la universidad; escribió una tesis explicando que era una expresión de cómo interpretaba él a Heidegger, y obtuvo el título.

Y celebrábamos «encuentros de grupo», fines de semana enteros de charlas, de no dormir nada y beber mucho, tomar drogas, hacernos confesiones mutuas y llorar. Era, en resumen, esa parada de monstruos que hoy se puede ver en algunas áreas de nuestras grandes ciudades y en todas las del norte de California.

Paul Krassner fue editor de *The Realist*, la revistilla de la contracultura; vino a hablar en 1969. Quizá se recuerde que en 1963 sacó con la revista un adhesivo desplegable para el coche que decía: «*Fuck Communism!*[3] Más ejemplares disponibles en la organización de las Madres de la Revolución de Estados Unidos». Aquí no sólo podemos ver una versión temprana de la audaz iconoclasia de los apasionados soliloquios de Bob de Niro, sino también de los escarceos de Nancy Pelosi con la papiroflexia. A mi parte del programa se le

llamó libertad de expresión: «Hoy estamos abocados a una gran guerra civil que pone a prueba el que esta nación, o cualquier otra así concebida y así dedicada, pueda resistir mucho tiempo».[4]

Tolstói, al final, renunció a sus obras, a su salud y a todos los preceptos salvo el de un cristianismo irreductible, prepaulino. Corrió descalzo sobre la nieve y hubo que llevárselo a rastras a casa, arroparlo y darle *whisky* caliente. Yo ahora estoy en una tumbona de playa, con un *negroni*, y mis recuerdos me llevan asimismo a preguntarme: «¿Qué es lo que he hecho?».

Ya he cumplido mis setenta años, y quizá pronto me libere en ese organismo más general: «Ser tú mismo en un universo que conspira constantemente para convertirte en otra cosa es el mayor de los logros» (Emerson). Y reparemos en su derivación: «El silencio me dice en secreto todo, todo» (Ragni y Rado, *Hair*, 1967).

Uno debe responder a ambas observaciones: «¿Qué…?»; y lo más veraz que se puede decir ante eso es: «¿Quién conoce la época en la que vive?».

23

Penas y sabiduría

Donde abunda sabiduría abundan penas,
quien acumula ciencia acumula dolor.

Eclesiastés 1,18

Tenía razón Marx, al parecer, en que el capitalismo deriva inevitablemente en el comunismo; pero ahí acababa su sabiduría, como para él tiene que ser, ya que postulaba el comunismo como el fin de la historia.

Sin embargo, la historia ha continuado a pesar de su dictamen, y dondequiera que se instaurara el comunismo derivó en el salvajismo, en una interacción social humana que imitaba a la física, donde todo el gasto de energía (vida, calor y movimiento) condujo a la entropía.

Es atractivo considerar esta entropía final como «la mente de Dios». No sé de qué otro modo se podría imaginarla; pero esto es al mismo tiempo una tautología, porque «la mente de lo divino» es sólo una versión religiosa de «lo incognoscible». ¿Es esto escatología? ¿Cómo iba a entretenerse un viejo, si no? Al senescente le consuela pensar que vendrá algo después de él. Y algo vendrá después de mí, pero no «para mí», como nos enseñó Ira Gershwin.

¿Es más triste pensar que la civilización y sus obras no continuarán que pensar que naturalmente lo harán, pero yo no? Desde luego, pero pienso en mis antepasados, masacrados en Europa unos años antes de nacer yo. Algunos fueron

a la muerte coreando salmos; otros, chillando de terror; y la mayoría estaban demasiado desmoralizados como para considerar llevarse a uno de los asesinos con ellos.

La América izquierdista está siguiendo a Rusia, China, Corea del Norte, Venezuela y Cuba hacia la esclavitud. Que por el momento nos falte un dictador nos obliga a reformular la pregunta de Tolstói. Él se preguntaba por qué cinco millones de franceses marcharon hacia su muerte en Rusia. Se asombraba de que un solo hombre pudiera ejercer el poder suficiente para ello. Llegó a la conclusión de que no podía hacerlo un solo hombre, lo que le llevaba a preguntarse: «¿Qué es el poder, entonces?». Y responde que no lo sabemos.

¿Forma parte del plan de Dios que la humanidad tenga que volver —de forma individual o colectiva— al salvajismo? Esto nos lleva al punto de vista zoroastrista del universo: o bien ésa es la voluntad de Dios, o hay dos dioses, uno del mal y otro del bien. El judaísmo rechaza esa idea, al igual que el cristianismo, pero ¿cómo explica el mal? Aplicado al ámbito personal, se puede explicar por su ignorancia de las leyes divinas, pero ¿cómo se explica aplicado a las masas? Porque la caída en el salvajismo estatista, aunque se autodefina como una idolatría sagrada (adoración a la raza, a la preferencia sexual, a la discapacidad), trasciende la idolatría, ya que trasciende la voluntad de la persona. Que se lo llame idolatría —que lo es— sólo despeja la pregunta; sabemos que la idolatría es mala, pero, de nuevo, ¿qué es el mal?

La aterrorizada población de Occidente se tapa la boca para coartar las palabras, se evitan unos a otros y mandan callar al señalado por no ser parte del rebaño. Burócratas a los que nadie ha votado dictan órdenes que estrangulan la economía; los vándalos prometen disturbios si se llega a oír una voz disidente; y un electorado supuestamente sensato obede-

ce. Entienden su complicidad como una responsabilidad social, pero se trata de miedo. Pero ¿miedo a qué? A la autonomía.

Una vez iba en avión, sobrevolando a baja altitud la costa de Malibú. Había una manada de delfines deambulando por ahí. Oyeron el avión y empezaron a dispersarse. Los delfines, que guardaban la misma distancia unos de otros, formaron un círculo perfecto con su danza acuática.

Debo decir que Dios creó al delfín con la capacidad de actuar así, con inteligencia colectiva. Dios nos ha hecho a nosotros de forma parecida. Pero, como el delfín es incapaz de la maldad, debo preguntarme si nosotros, como especie, somos capaces de la bondad.

La Declaración de Independencia guarda con la Constitución la misma relación que la Torá con el Talmud. La Constitución es el desarrollo de las leyes y procedimientos para poner en práctica la finalidad y la voluntad expresadas en la Declaración.

La Declaración, por abundar en la idea, guarda una relación directa con la Torá. No sólo es un testimonio de la voluntad de Dios de que los seres humanos sean libres: es una interpretación contemporánea de la historia de las diez plagas.

Se nos dice que Dios castigó a los egipcios para impelerlos a dejar libres a los esclavos judíos.

Sin embargo, también se puede interpretar —contraviniendo el texto bíblico, aunque con un concepto dramático o analítico de su significado que creo permisible— que fue un castigo infligido a los esclavos. O sea: «¿Os vais ya de una vez? ¿Os queréis ir ya?».

La gravedad de las plagas fue a más hasta la última, la muerte de los primogénitos, que se acompañó de la orden de Dios a los judíos de que embadurnaran de sangre las jambas de sus casas, es decir, de que se anunciaran a sí mismos ante los egipcios como la causa inmediata de la matanza.

Los firmantes y redactores de la Constitución leían el Antiguo Testamento con la misma regularidad con la que nuestros contemporáneos ven las noticias; las plagas se resumen en la lista de agravios de la Declaración.

Del rey Jorge:

> Ha negado su consentimiento a las leyes más sanas y necesarias para el bien público.
>
> Ha prohibido a sus gobernadores aprobar leyes de una importancia inmediata y apremiante, a menos que su validez se suspendiera hasta obtener su visto bueno; y, cuando eran así suspendidas, no se ha ocupado en absoluto de considerarlas.
>
> Ha rechazado aprobar otras leyes para el establecimiento de grandes distritos de población, a menos que dicha población renunciara al derecho de representación en el Parlamento.

Podemos pararnos aquí y reflexionar sobre cómo la izquierda ha utilizado el confinamiento por la COVID-19 —una medida legítima aunque equivocada ante un virus— como cierre político.

La gente lo bastante mayor para haberse curtido un poco y, tal vez, haberse acercado lo más humanamente posible a la sabiduría —la tristeza— vio cómo, de cara a las elecciones de 2020, se exhibían en el mercado las dos serpientes de la insurrección, y que al pueblo se le invitaba a elegir: si ganaban los demócratas, se abriría la economía, se levantarían las restricciones y se sacarían de la manga una vacuna u otra hoja de parra para explicar que el confinamiento triunfó gracias al nombramiento del nuevo rey; si ganaba Trump, todos sabían que se reanudarían los disturbios y los saqueos, y que la delincuencia y las revueltas a las que llaman «protestas» volverían a usurpar sus años de mandato.

Ésa fue la disyuntiva que los medios y sus patronos del Partido Demócrata presentaron al país: la paz en la esclavi-

tud o la certeza de una rebelión armada.

De los «agravios»:

> Ha erigido una multitud de nuevas delegaciones y nos ha enviado un enjambre de nuevos funcionarios para acosar a nuestro pueblo y consumir su sustento [...].
>
> Se ha asociado con terceros para someternos a una jurisdicción ajena a nuestras constituciones y no reconocida por nuestras leyes, dando su consentimiento a sus actos de supuesta legislación.

Los agravios continúan: se lo acusa de «arrebatarnos nuestros fueros, abolir nuestras leyes más valiosas, alterar fundamentalmente las formas de nuestros gobiernos» y estimular «la insurrección interna entre nosotros».

Y ahí podemos leerlo todo.

No hay ningún «hombre nuevo» ni «mujer nueva», ni nuevas formas de pecado o de colaboración con fines pecaminosos. Se pueden encontrar todos enunciados en la Biblia, y cualquier estudiante interesado puede desentrañar fácilmente cuáles son sus sobrenombres en la actualidad.

El confinamiento fue la manipulación de una respuesta a un fenómeno natural por parte de quienes están en el poder. En esto se parece a la insistencia de la izquierda en el calentamiento global: el miedo da poder a los Gobiernos que, como siempre, son las herramientas de los plutócratas. ¿Por qué los plutócratas, los milmillonarios y quienes controlan nuestras comunicaciones querrían el cierre de la economía?

Para poder recomprarla de forma barata.

A los magnates ladrones del siglo XIX les adjudicaban apodos como el Rey del Acero (Carnegie), del Petróleo (Rockefeller), de los Ferrocarriles (Drew, Fisk, Harriman), etcétera. Eran, sobre todo e invariablemente, manipuladores del mercado. Acumularon la mayor riqueza que haya visto el mundo a través del agiotaje, la destrucción de la pequeña industria y sus compras a precio de saldo. Después fusionaron los moli-

nos, las refinerías, las carreteras y los oleoductos recomprados, y emitieron acciones, la mayoría de ellas «diluidas».

Después manipulaban el precio de dichas acciones de escaso valor: emitían dividendos (derivados de la venta de acciones) para impulsar el precio al alza (un esquema Ponzi), habiendo comprado previamente futuros; luego, llevaban a la ruina las propiedades que controlaban, tras haber vendido en corto. Recomiendo *Robber barons* [Barones ladrones], escrito por Matthew Josephson en 1934, como guía práctica para entender las mismas rapiñas de hoy.

¿Por qué los oligarcas de Silicon Valley, las personas más ricas que hayan pisado la tierra, querrían más poder? ¿Por qué lo querrías tú? ¿Por qué yo? ¿Acaso tener dinero lo exime a uno de la vanidad humana, de la codicia, de la arrogancia, del orgullo?

La trayectoria de los magnates ladrones, entonces y ahora, es la de Nabucodonosor, que siguió acaparando riqueza hasta que enloqueció y empezó a comer hierba.

Ayer se daba la noticia de que un científico de cohetes y experto en satélites israelí había revelado que los dirigentes internacionales saben desde hace tiempo que hay seres extraterrestres entre nosotros.

Mi respuesta, y quizá seguramente la tuya, es: «¿Y qué?».

¿Acaso los seres extraterrestres van a ser más sabios? ¿Cómo diseminarían su saber, si no por las vías ya dedicadas a la propagación del miedo y la ignorancia?

¿Podrían tener una sociedad superior a la nuestra? Y eso ¿cómo lo decidiríamos?

Sin embargo, tal vez sean lo bastante sabios, fuertes o expertos para evitarnos la necesidad de decidir, ya que colegi-

rían, dada su sabiduría, que sólo estarían exponiendo a unos seres inferiores —nosotros— a una mayor responsabilidad.

24

Viajar en el tiempo

Mi hija Clara, de cuatro años, dijo una vez: «Cuando vuelva a ser pequeña…». Del mismo modo, yo, su padre, me repito periódicamente la advertencia de que, si aparezco en 1929, deberé vender en corto antes de octubre, y el consejo, más apremiante, de que en el *Titanic* haya botes salvavidas en el lado de estribor.

Hablando de esto: Walter Lord (1917-2002) fue un estudioso del *Titanic* y un excelente escritor. Véase su libro *La última noche del Titanic* y la soberbia película del mismo título basada en él. En una entrevista le preguntaron a Lord en qué parte del mar le gustaría estar si pudiese viajar en el tiempo a aquella noche. Respondió de inmediato: «En el *Californian*».

Se trataba del buque carguero que se encontraba, puesto a la capa, a unas diez millas de distancia. El *Titanic* disparó bengalas y lo llamó constantemente por radio, pero el *Californian* no respondió.

Si yo pudiera viajar en el tiempo, iría a 1927, al estreno de *Show boat*. Se cuenta que el público estaba tan impactado al acabar la función que se quedó inmóvil unos minutos antes de romper a aplaudir. El genio Jerome Kern, judío estadounidense, tomó «The song of the Volga boatmen» y la convirtió

en «Ol' man river». Podemos ver el número final de ese espectáculo en la película *Hasta que las nubes pasen* (1946). La película es una buena pastelada en tecnicolor de la MGM, con la hoja de parra de una historia. Pero los números musicales son magníficos y el final es impresionante. Se recrea la misma puesta en escena, con muchos de los artistas que actuaron en *Show boat*.[1]

Nunca he tenido fantasías de «ir a arreglar cosas», porque crecí en el Chicago del alcalde Daley y podría traducirlo correctamente: «Págame o haré que sea peor». Y ¿qué hay más dañino que un Gobierno reformista?

Existe una abundante literatura sobre los viajes en el tiempo. En *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, un hombre de la época eduardiana viaja al futuro y se encuentra una humanidad poblada por los dulces y holgazanes elois (progresistas) y los malvados trabajadores infrahumanos, los morlocks (conservadores).

En ella, Wells refunde la imagen que se hacía Swift de Gulliver entre los houyhnhnms, caballos sintientes, incapaces de la falsedad, la codicia, la lujuria y todo lo que llevan aparejado. Tienen como esclavos a los yahoos, unas criaturas malvadas, apestosas y depravadas (seres humanos).

Edward Bellamy tenía una visión parecida de la perfección en su *Mirando atrás* (1888). Su héroe, Julian West, se queda dormido y despierta 113 años después en un mundo perfecto, donde no se conocen la enfermedad, la delincuencia y la propiedad privada. Todo se comparte por igual entre todos y reina la paz.

El libro dio lugar a varios clubes «Mirando atrás» e influyó en la creación de varios proyectos de reforma social y en

la promulgación —no reconocida— del pensamiento marxista (gracias, Wikipedia).

Bellamy, como Lincoln Steffens al escribir sobre el gran terror de Stalin, «había visto el futuro, y funciona». Pero, como todos los progres, no estuvo ahí para recoger el cheque.

En *El vagabundo de las estrellas* (1915), el héroe de Jack London es el reo Darrell Standing. Tras ser torturado en la cárcel de San Quintín, aprende a abandonar el cuerpo, preso en una camisa de fuerza, y a viajar en el tiempo. No influye en los acontecimientos, sólo los experimenta; por ejemplo, muere en la masacre de Mountain Meadows de 1857. Vemos el mismo recurso literario en *When the poor boys dance* (1995), la magnífica novela bélica de G. F. Borden.

En ella, un joven recluta de la Marina es abandonado por error en una misión de entrenamiento en el desierto de Mojave. Al buscar una forma de salir de allí, se ve transportado a las grandes batallas de la Armada del pasado. En cada una se comporta con heroísmo, y en cada una muere en acto de servicio.

Tenemos el enfoque cómico en *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, de Twain, y en los numerosos libros de ciencia ficción y fantasía donde el héroe parte al pasado para impedir algún mal.

¿Qué judío de mi quinta no ha fantaseado con matar a Hitler?

El poder de cambiar el rumbo de los acontecimientos se les concede a unos pocos, tenidos por héroes (Lincoln, Churchill y Martin Luther King) o por monstruos (Stalin, Mao y Pol Pot); pero ¿qué hay de una posible tercera categoría, de seres sobrenaturales omnipotentes y omnibenévolos?

Por mi ligazón con el presente, no podría disfrutar de la sorpresa de descubrir *Show boat*, pero el ocio obligatorio de esta temporada me ha permitido leer mucho y con gran avidez, y descubrí a William Godwin.

Fue un novelista de principios del siglo XIX, marido de Mary Wollstonecraft (*Vindicación de los derechos de la mujer*, 1792) y padre de Mary Shelley. Muchos han señalado que, para su *Frankenstein* (1818), Mary se inspiró en *St. Leon* (1799), de su padre.

En él, el conde Reginald de St. Leon se da un garbeo por varias guerras del siglo XVI, en busca del honor y la fama. Consigue ambas cosas y vuelve desde las guerras españolas a casa investido de un gran prestigio. Se casa con la bella Marguerite, a la que enseñó a dibujar nada menos que Leonardo da Vinci.

Todo va sobre ruedas hasta que se gasta su riqueza y la de ella en el juego. Se recluyen, casi pobres, en una cabaña en Suiza, y St. Leon aprende a valorar la belleza de la serenidad y la sencillez.

Un malvado vecino lo despoja de su casa y su tierra, humildes pero suficientes. Solicita una ayuda pública y lo deportan de Suiza por su impertinencia (en cuanto extranjero).

Las cosas se acaban arreglando, y Reginald y el rebaño vuelven a la sencillez del lago Constanza y la vida en la granja. Pero entonces llega un misterioso desconocido, harapiento y moribundo. Éste le confiesa que la Inquisición le está pisando los talones, y Reginald lo esconde. A cambio, el desconocido le revela a St. Leon su secreto: que puede transformar los metales comunes en oro y vivir para siempre.

Le confía a St. Leon la piedra filosofal y el elixir de la vida. Y es ahí cuando las cosas se ponen feas de verdad. St. Leon recupera la fortuna de su familia, pero los malvados vecinos quieren saber cómo lo ha hecho. Su hijo le pide explicaciones, pero St. Leon, que ha jurado guardar el secreto, no puede dárselas. Su hijo le dice que el honor le exige abandonar a su padre —que obviamente está encubriendo un delito, si no un pecado— ha infligido al nombre de la familia.

Sin nada ya que perder, Reginald viaja por toda Europa. Su propósito de hacer buenas obras —evita una hambruna en Hungría— despierta recelos y odios entre los nobles y el terror de las turbas, que con razón sospechan que es un brujo. Su esposa muere, sus hijas se casan, él es encarcelado y después huye por toda Europa, perseguido por todos y por su tío Max.

Se trata, claro está, de la historia de Midas y de los famosos ganadores de la lotería (quizá existan de verdad) que eran pobres y de pronto se convierten en ricos. *St. Leon* es un libro apasionante, y es también, si se quiere, un recorrido por la política de la Europa del siglo XVI, el remate de lo que podemos ver hoy en cualquier simplificación de «nuestra situación actual», como han hecho nuestros apenados hermanos desde el principio de los tiempos: «Supongo que es lo que me toca vivir».

Porque ¿quién es lo bastante sabio para comprender, y más aún cambiar, los tiempos en los que vive?

Pero también, ¿qué hay del deseo de viajar en el tiempo para conocer a los grandes? Tal vez queramos que los políticos besen a nuestros bebés, pero nadie que haya almorzado con ellos ha querido repetir la experiencia.

A quienes les gusta conocer a sus escritores admirados les convendría recordar el consejo de Hemingway: «*Madame*, siempre es un error conocer a un escritor». Así es, con cualquier cosa de valor que podamos afirmar haber escrito, y esperar que un escritor sea «interesante» es como pedirle a Gutenberg que «diga algo con tipos móviles».

No, el deseo de viajar en el tiempo es una seductora fantasía, pero la mayoría de las fantasías acaban mal. Me remitiré a la caja de Pandora y a los Catorce Puntos de Woodrow Wilson. Pensemos también en el deseo, aparentemente inocuo, de ser «una mosca en la pared». Quizá queramos serlo, por ejemplo, durante una conversación entre Roosevelt y Churchill. Pero, de concedérsenos tal deseo, podríamos acabar descubriendo con horror que se nos olvidó añadir que, una vez acabada la conversación, debíamos dejar de ser moscas en la pared.

25

Moby Dick

Una ballena blanca, acosada por lo que considera una persecución inmerecida, busca paz y tiempo para reflexionar en otro lugar del océano, para luego encontrarse allí con nuevas y exigentes dificultades y, como acabará comprendiendo, con nuevas encarnaciones de aquellos de los que huía.

De *The coverage*

El mago Joseph Dunninger (1892-1975) fue coetáneo y amigo de Houdini. Dunninger empezó con muchos de los mismos gags, pero se especializó enseguida en el mentalismo. Fue uno de los primeros que apareció en la radio y, más tarde, en la televisión.

Era tan famoso que se utilizaba su nombre como recurso cómico.

En muchas películas antiguas se decían chistes del tipo:

—¿Dónde he puesto mis llaves?

—¿Acaso soy Dunninger?

La mayoría de los mentalistas que lo precedieron hacían sus números con otra persona, utilizando un «código». Esta otra persona, normalmente una mujer, se acercaba al público, cogía algún objeto que le diesen y le preguntaba, por ejemplo:

—¿Qué tengo en la mano?

—Un mantón —respondía el mentalista desde el escenario; en este caso, «mano» le daba la pista de «mantón». O:

—¿Y qué es esto que tengo ahora?

—Un reloj —respondía él a la pista de «ahora».

Esto es un ejemplo simplificado de un código muy básico. Los grandes artistas solían ser marido y mujer, que habían perfeccionado y practicado su código a lo largo de muchos años. Dunninger trabajaba solo. Muchos de sus números no se han podido imitar nunca.

Cuando le preguntaron cómo obraba sus milagros, respondió: «Es sólo sentido común. Y práctica. Yo no hago nada que no pueda hacer un niño de doce años con treinta años de práctica».

Sus números, como los de cualquier mago, estaban inspirados en los de sus predecesores y, en muchos casos, eran variaciones a partir de ellos. La ilusión de simplicidad es el gran logro del artista. Además, Dunninger ofrecía una recompensa de 10.000 dólares a quien fuera capaz de demostrar que trabajaba con un cómplice. Esto, para cualquier mago, o para sus admiradores —yo mismo—, se traduce como: «Se salió con la suya». Y bravo por él.

Pero ¿y esa idea de que cualquiera podría conseguir los mismos efectos con «un poco de práctica»?

Sí y no. Dunninger tenía esa inspiración o predisposición sin la cual no podría existir el arte. Una parte esencial de este don es que es una añadidura a la práctica.

Para el verdadero artista, la práctica puede ser un placer o una esclavitud, pero es obligatoria, y es esa obligatoriedad lo que distingue al artista del aficionado, del jornalero o del gacetillero. A los no inclinados a la práctica les convendría admitirlo y dedicarse a los negocios inmobiliarios, a juntar letras por encargo o a dar clases.

El artista practica para poder saber.

Eso sí, la búsqueda del conocimiento, nos informa la Biblia, siempre conduce a la angustia: cuanto más sabes, más consciente eres, no sólo de tu maldad, sino de algo más perturbador: de tus deficiencias; y, al mismo tiempo, la búsqueda nos revela la permanente fugacidad de lo buscado.

Dicho en cristiano: tienes que estarte quieto.

Eso, para el artista, significa perseguir la ballena.

Hemingway dijo que escribir es fácil: lo único que tienes que hacer es sentarte a la máquina de escribir y sangrar.

Los marxistas dirían que pensar no es trabajar, pero dudo que Marx, siendo escritor, hubiese dicho eso.

Es un curro jodidísimo, del que no puedes olvidarte al salir de la oficina.

Los escritores fracasados son como el conductor que se cruza el país entero. Se ha pasado equis días en la carretera desde Nueva Jersey. Llega a Oakland y sale a disfrutar de su triunfo, pero éste no está en Oakland. Así que vuelve al vehículo de su triunfante búsqueda. Vuelve a sentarse en el coche.

26

Vivo de verdad

En 1962, Carolyn Leigh y Cy Coleman escribieron esta letra:

Perdóneme, señorita,
pero nunca había hecho esto
con una chica viva de verdad.
[…]
Preferiría admirar sin más
el dulce movimiento y la excitación
de una chica viva de verdad.

La canción siempre me desconcertó, porque sólo podía interpretarla como el testimonio de un necrófilo en proceso de rehabilitación.

Descubrí otro ejemplo de tranquila aceptación de lo macabro en «With a song in my heart», de Rodgers y Hart, en cuyo interludio nos encontramos: «Cuando la música crece, toco tu mano. Eso significa que estás cerca». Salvo que le hayan amputado la mano, ¿dónde iba a estar, si no? ¿Es la serenata de un asesino con un hacha o «sólo una de esas cosas» (Cole Porter)?

Todos los ejemplos anteriores son de musicales de Broadway, esa emulsión estadounidense de ópera folclórica y sensiblería, ¡pero bien que se llenaban los teatros!

Hoy estamos abocados a una gran guerra civil que pone a prueba el que esta nación, o cualquier otra así concebida y así dedicada, pueda resistir mucho tiempo (Abraham Lincoln).

Sin embargo, no nos damos encuentro en un campo de batalla de esa guerra. El campo de batalla por la cultura es, por supuesto, Nueva York y sus dominios. Las obras de teatro se pueden retransmitir por internet a la población, pero eso dista mucho de la experiencia real, tanto como el sexo telefónico del contacto físico íntimo.[1]

Allí existió, en Manhattan, hasta enero de 2020, un teatro nacional en vivo.

Ninguna obra podía viajar a la periferia hasta haber sido representada en Broadway y haber obtenido la aprobación de *The New York Times* (antiguamente, un periódico). Allí íbamos toda la gente del mundo del espectáculo, como iban igualmente todos los que fueran en busca de «entretenimiento» —que es como se vende la sensiblería— y de la aventura de apostar su dinero y su tiempo contra la posibilidad de encontrar verdadero talento, perspicacia o humor; es decir, arte.

No sólo he trabajado en el escenario con los grandes de mi tiempo, sino que he tenido la fortuna de haber visto a los de generaciones anteriores. Destacaré a Alec Guinness, Peter O'Toole, Ingrid Bergman, Henry Fonda, José Ferrer, Richard Burton, Ethel Waters, James Earl Jones, John Gielgud y Wendy Hiller.

Recuerdo a Peter O'Toole en *Hombre y superhombre*. Salía y, durante los primeros treinta segundos, me parecía una especie de rareza, y luego entraba en trance, porque esa rareza existía de verdad; se llamaba y se llama talento. Flota sobre

las candilejas y crea una inmediata y dichosa comunión entre el artista y su público.

Edith Evans interpretó el papel de Irina Arkádina en *La gaviota* en el West End en 1936. Su hijo, Konstantín Gavrílovich, representa su obra de aficionado ante ella, que es actriz. Termina, y Chéjov indica: *PAUSA*.

La señorita Evans hizo una pausa de cuatro minutos, nada menos, antes de volver a hablar, mientras el público permanecía inmóvil, esperando a ver su reacción. Eso no se puede hacer en una película (aunque los franceses, al parecer, no quieren dejar de intentarlo).

El intercambio teatral es mágico. El público reacciona como un solo ser. Ante la presencia del talento artístico, el público reacciona a la intención de los artistas; ante su ausencia, al deseo de irse a casa.

La labor del dramaturgo no tiene nada que ver con la del novelista o el ensayista. Para mantener la atención de los espectadores, debe inculcarles el deseo de saber qué pasa luego (véase Edith Evans), y hacerlo sin que sean conscientes de sus pasos. En esto es como el mago, cuya herramienta más útil, la distracción, sólo puede funcionar si el público cree que es dueño de su propia atención. La mente se resiste cuando le dicen: «Mira ahí», pero se la puede manipular si conocemos sus mecanismos. Siempre se volverá hacia lo más interesante, impactante o prohibido.

Si, por ejemplo, un perro utilizado en un número anterior se queda paseando por el lado izquierdo del escenario, cuando supuestamente no debería, y un tramoyista saca la mano y lo engancha, el mago, al otro lado del escenario, ha tenido el tiempo suficiente para hacer desaparecer cualquier cosa sin que se note.

En *El verano peligroso*, Hemingway nos cuenta que sus amigos matadores se refieren al proceso del toreo como «preparar al toro». Es decir, la razón de ser de cada movimiento es cansar, debilitar, enfadar y confundir al toro para que alcance el estado y la posición para ser despachado.

Para los dramaturgos es igual. La razón de ser de cada frase, planteamiento, acto y escena es ir llevando poco a poco a los espectadores a preguntarse cómo podrá resolver el héroe su dilema y dejarles, al final, una sola posibilidad inevitable. Una conclusión inevitable —a la que creerán haber llegado ellos mismos con su propio intelecto— que se descubrirá que es incorrecta en el desenlace.

La conclusión correcta, en una obra de teatro perfecta, debe ser clara y aceptable no sólo para el héroe, sino también —y sólo con esa finalidad— para sus espectadores. El público deberá después, al repasar todas las pistas, llegar a la conclusión de que tuvo ante sí la respuesta correcta todo el tiempo, y que, por tanto, se ha jugado limpio. Es decir, el dramaturgo no puede introducir pruebas que no se conocieran antes («Porque, verás, soy la madre que perdiste hace tiempo», etcétera).

El cine es manipulable. Todas las películas, de ficción o documentales, son constructos de su director y su montador. Ésa es la naturaleza del cine: la trama se transmite, y, por tanto, se genera y mantiene el interés del público en ella, a través de la sucesión de las imágenes.

El cine no «captura la acción performativa» ni puede captarla: es en sí mismo la acción performativa, la del talento y la intención de sus artífices. La grandeza del intercambio teatral es que no se puede capturar. Tienes que experimentarlo esa noche irrepetible, entre el público. Tienes que estar ahí.

Cuando estuviste «ahí», en una obra de arte, has visto algo de verdad.

Quizá volvamos a tener esa oportunidad.

27

Juegos para un día de lluvia en tiempos de confinamiento: Navidad de 2020

Se decía que los hermanos Wright, más que los maestros del vuelo, eran los maestros del prevuelo.

Es decir: eran infinitamente meticulosos, y ajustaban y probaban las piezas de su aparato hasta el máximo medible entonces.

Lo que le preocupa al dramaturgo no es mantenerse con vida, sino ganársela. Al igual que el aviador, cuando monta una obra nueva se está jugando todos sus cuartos con ella.

Puede haber tardado días o años en escribir la obra, pero, una vez puesta en escena, con su nombre al pie, vivirá o morirá en función de su recepción inicial.

El dramaturgo sabio, pues, probará antes la eficacia de cada pieza hasta los límites de su capacidad.

El autor somete las frases, las escenas y los actos a una primera prueba diagnóstica. Es decir: se pone en el lugar del público y desde ahí calibra sus reacciones.

Después debe probar su pieza con un público de verdad, en teatros de fuera de la ciudad, conferencias y ensayos generales.

El dramaturgo racional no echará a rodar su pieza al mundo antes de haberla ajustado hasta los límites de su capaci-

dad.

El análisis que hace el autor de su obra es una diagnosis: ahora debe aplicar unas competencias especializadas para determinar qué problemas tiene.

El médico interno residente se tira una hora con el historial de un paciente; al doctor experto le bastan cinco minutos.

Asimismo, al dramaturgo, educado en la escuela de la vergüenza y del fracaso, sólo le interesa aquel análisis que le permita evitar ambas cosas.

No le preocupan los síntomas con los que se entretiene el lego: el personaje, la ambientación, el «trasfondo», el tono y demás le importan tan poco como a un doctor las superfluidades. Como el doctor, el dramaturgo debe aprender a no hacer caso a las florituras de los ignorantes y a ignorar las instigaciones de las partes ignorantes y débiles de su personaje; por ejemplo: «Por un poquito no pasa nada».

Porque, naturalmente, es ese «poquito» de superfluidad lo que mata la pieza: al público, hasta que ésta aparece, se le estaba haciendo presenciar un acto de magia. El mago puede pararse a explicar dónde aprendió el truco, pero su público ya no será el mismo después.

El trabajo del dramaturgo al analizar una obra, propia o ajena, se diferencia de la disección de un sueño que hace un psicoanalista en que este último análisis se realiza —al margen de su utilidad— para ayudar al paciente; el del dramaturgo, para ayudar al sueño.[1]

El sueño del dramaturgo, su creación, debe afrontar una vida independiente de su creador. Es decir, debe empezar a afirmarse a sí mismo de formas imprevistas por el autor. Sólo si acepta estas desviaciones durante el proceso creativo pue-

de determinar la presencia de elementos atípicos que, por sí mismos, revelarán el carácter imprevisto y esencial de su composición.

He aquí un ejemplo. Hay dos películas británicas de la época de la guerra que analizan el trauma de la ruptura matrimonial. Una es *Separación peligrosa* (1945), protagonizada por Robert Donat y Deborah Kerr, que interpretan a una pareja infelizmente casada antes de la guerra. Ella es una hipocondríaca congestionada; él, un empleado de banco prematuramente envejecido y sin sentido del humor. Estalla la guerra, y él se enrola en la Armada Real; ella, en el Servicio Naval Real de Mujeres.

Él se crece en la guerra y se convierte en un cabo curtido en la batalla; ella, en comandante condecorada de un barco. Después de la guerra vuelven juntos, cada uno decidido a romper con el triste y anodino matrimonio de antes de la guerra. Y entonces vuelven a estar juntos, como seres humanos renacidos.

La otra es *Los años perdidos* (1946), escrita por Daphne du Maurier. Aquí, la pareja son Valerie Hobson y Michael Redgrave. Él se va a la guerra y ella se queda en casa con los spaniels. A él lo declaran muerto; ella llora y quiere morirse. Al final, vuelve a la vida cuando una vieja amiga le sugiere que se postule para el escaño de su marido en la Cámara de los Comunes. Lo hace y gana.

Adquiere poder en la Cámara como defensora de los derechos de las mujeres y los trabajadores. Es admirada, respetada y apreciada.

El mejor amigo de su marido, tras haber esperado un tiempo prudencial, le pide matrimonio y ella acepta. En vísperas de su boda, regresa el marido de ella. Le cuenta que ha pasado cinco años en un campo de prisioneros de guerra.

Todos —mi mujer, yo y nuestros dos caniches— nos preguntamos cómo podría acabar la cosa. No éramos capaces, a pesar de nuestras competencias diagnósticas, de adivinar el final de la autora. Hobson decide confesarle la verdad —al fin y al cabo, ella no tiene la culpa— y casarse con el nuevo. Quienes tratan de consolarla la vuelven loca con sus consejos a favor y en contra. Entonces le pregunta a su marido por qué no le escribió en sus cinco años de cautiverio. Él le explica que, en realidad, no había estado en un campo de prisioneros. La Oficina de Guerra lo había mandado en una misión secreta al territorio de los malos. Él sabía, cuando se marchó, que a ella le comunicarían su muerte, pero sus comandantes decidieron que no se le podía confiar la información verdadera.

Esto es una trampa de la autora.

Está introduciendo una premisa sobrevenida y flagrantemente falsa para darle un pequeño «giro» a la historia. Du Maurier juzgó —conscientemente o no— que, para desbaratar los pronósticos del público, hacía falta un nuevo elemento. Hobson está muy consternada por la hipocresía de Redgrave (porque todo fue por el rey y por el país); él le ha hecho pasar un infierno y después había vuelto, en vísperas de su boda, para anunciarle que «todo era broma».

La intención era que el público utilizara esta información inesperada para ponerse en contra de Redgrave y suscribir la opinión de que Hobson debía romper con él.

Es un truco barato y decepcionante. Ella no sólo no decide romper con él, sino que encima le devuelve el escaño en la Cámara de los Comunes.

Una vez tomada la decisión, el coro la vuelve a marear: lo hace Nanny, interpretada a la perfección por la gran Flora Robson.

Robson pronuncia un parlamento que sirve para «explicarnos las cosas». Cuenta que ella también perdió a un hombre, en el Somme, en la Primera Guerra Mundial; que muchas mujeres de las dos últimas generaciones han perdido a sus hombres, y que Hobson y Redgrave deberían agradecerle a Dios que se tengan el uno al otro, perdonarse, olvidarlo todo y pasar página en los nuevos tiempos del mundo de posguerra.

Hobson ve entonces la luz. Ella y Redgrave vuelven, muy enamorados, y en el último plano aparecen cada uno a un lado del pasillo: ambos son diputados, pero de partidos distintos.

Se ha dicho que tener problemas con el alcohol es como saber un poco de latín: antes o después acabará saliendo en tu libro. También Du Maurier se delata a sí misma, y también delata que sabe que su pieza es falsa. En los últimos planos de un romance, vemos a la pareja finalmente unida o reunida. Aquí los planos los muestran como felices adversarios políticos.

Cabría preguntar por qué son adversarios o, si somos «mecanicistas», cómo se las ingenió Redgrave para obtener otro escaño en su circunscripción electoral. Sí, es una convención, pero ¿por qué hace falta convención alguna?

La otra pista se evidencia en el discurso de Flora Robson, cuando apela a la conciencia de la protagonista. Habla de todas las mujeres que mandaron a sus maridos a la guerra a sabiendas de que muchos no volverían, aunque algunas deseaban que no lo hicieran.

Es una frase de guion impactante, y la clave de la confesión para nuestro análisis. Porque, dado que el final de la película es falso, debemos suponer que se está exponiendo incorrectamente la esencia de una lucha personal. (El final es

la culminación de esa lucha. Si la gracia de la película está en que separados son más felices, debemos replantearnos el drama como la lucha personal para aceptar esa conclusión.)

Tras recibir el telegrama de la Oficina de Guerra con la noticia de la muerte, Hobson se desmorona. Llora y se pasa las noches hablándole a su marido muerto, al que se imagina como un fantasma, aún en su sillón.

Después hay que excusar su regreso y su obstinado egoísmo por «lo que sufrió» en el campo de prisioneros.

Hay que aceptar la mentira estratégica del campo de prisioneros que ahora se nos revela, porque ayudó al esfuerzo bélico. Sin embargo, eso no hace feliz a Hobson; sólo la hace obediente.

Pero si reordenamos los elementos y retiramos sus débiles puntales, nos encontramos esto: Hobson, como las mujeres de las que habla Robson, descubre que se alegra de que hayan mandado a su hombre a la guerra.[2]

Cuando él regresa, ella se entera de que no estaba muerto ni apresado, sino que se lo estaba pasando en grande haciendo de la Pimpinela Escarlata.

El verdadero final de la historia —es decir, la que va, sin desviarse, desde el suceso desencadenante (su marcha) hasta el final— tiene que ser por fuerza que la mujer, ahora rica, rompa con él y siga con la vida que se ha hecho ella misma durante su ausencia y a causa de ésta.

¿Es un final feliz? Es el final verdadero.

La película podría acabar con que Hobson se vuelve loca por haber tomado una terrible decisión y se suicida, o mata al marido, cuya doble vida le ha hecho a ella enloquecer.

Y podrían volver a estar juntos pero infelices —por ejemplo, con una escena a modo de epílogo donde ella se da a la

bebida y al adulterio—, pero no pueden volver a estar felizmente juntos, y la escritora lo sabe.

Eso que se podría presentar como la historia de una independencia, o de una tragedia en tiempos de guerra, se envuelve cariñosamente en una comedia romántica sin valor.

El desafortunado aluvión de películas navideñas ofrece poco entretenimiento sin trampas, pero sí abundante material para ejercitar mi pasión: la impresionante eficacia del mecanismo represivo.

Las películas navideñas se dividen entre las religiosas/históricas (el playero Jeffrey Hunter en el papel del rabino esenio Cristo) y la Vulgata: las que van de Santa Claus.

Aquí, la celebración pagana del solsticio y la adoración cristiana al salvador se sustituyen por fantasías de deseos cumplidos: los que tengan una «fe» lo bastante fuerte verán concedidos sus —siempre mundanos— deseos. En efecto, cada uno conseguirá su trineo, o sus lazos de color escarlata, que les habrán concedido los ángeles, los fantasmas, los elfos, Santa Claus, el reno mágico, etcétera. Es un ensalzamiento de la plegaria propiciatoria, una práctica que cualquiera que la haya probado encuentra muy instructiva.

Pero hay casos de plegarias tácitas atendidas.

Destaco la de *Cuento de Navidad*, el mejor ejemplo de la estrategia más débil del dramaturgo: «Y entonces todos se despertaron».

Albert Hackett y Frances Goodrich lo reescribieron como *Qué bello es vivir*, la película de Frank Capra de 1946. En ella, la historia no se cuenta desde el punto de vista de Scrooge (Lionel Barrymore), sino de su esclavizado empleado, Bob Cratchit (Jimmy Stewart).

En la historia de Cristo, Él nace, sufre y muere, pero andémonos con cuidado, porque Él volverá. Lo cual es la gracia de ese cuento en concreto.

Los Hackett también tomaron el diario de una adolescente y lo violaron para convertirlo en *El diario de Ana Frank*, una comedia.

Como presunta concesión a los judíos, y a la angustia de los judíos, no tiene ningún valor, sin más. No obstante, quizá se pueda llegar a entender algo más profundo sobre su falta de valor y su simplicidad remitiéndonos a la última frase del libreto.

La familia Frank, recordarás, se estaba escondiendo de los nazis, y ellos discutían por ver «a quién le toca dar de comer al gato». Al final, se presentan los nazis para llevárselos a todos a su muerte (fuera del escenario).

La obra de los Hackett acaba con Ana diciendo: «Creo que la gente sigue siendo buena en el fondo».

Esto siempre me ha parecido una simple y repugnante babosería, pero si hay algo de verdad en estas meditaciones sobre la Navidad, he de tomarlo como eslogan probatorio.

Porque, escribiese o no Ana Frank esa frase, los Hackett la adoptaron como remate para su obra, es decir, por lo que quieren que se recuerde su perspectiva.

Pero la frase me recuerda a la de Joseph Goebbels. Dijo, dirigiéndose a la Gestapo: «La historia señalará que hicimos estas cosas sin perder nuestra humanidad esencial».

La frase de los Hackett, asimismo, se puede interpretar como: «Estos monstruos son básicamente buenos en el fondo, a pesar de lo que les han hecho a los judíos».

El director o actor ignorante pregunta, en el ensayo: «Con estas líneas de diálogo, ¿qué puedo imaginar o inventarme

sobre la infancia del personaje?». Su compañero, más versado, no hace esa pregunta, porque el personaje son sólo marcas negras en una página blanca. No hay ninguna infancia que investigar.

El análisis de los sueños puede ser, o bien una suerte de nigromancia, o bien un juego de salón.

El análisis y la construcción dramáticas son una sola cosa. Para servir de algo, deben tener más que ver con las actividades de un día de lluvia (jugar al Scrabble) que con el diván del analista.

Para obtener una respuesta útil, hay que hacer una pregunta útil. Esa pregunta, para el dramaturgo, es ésta: dados los hechos que se me presentan (los elementos de su composición), con independencia de que provengan de mi subconsciente, ¿cómo puedo ahora ignorar sus asociaciones (¿en qué me hacen pensar?) y ensamblarlos en un orden lógico (¿qué palabra puedo formar a partir de estas letras?)?

Uno no puede, como es natural, dejar de percibir las asociaciones y las emociones que éstas producen (*satori*), pero puede intentarlo.

La historia de Cristo se reinventa como el mito de Santa Claus y, como eso no basta para purgar de la historia todo rastro de sobrecogimiento, y de responsabilidad concomitante de actuar, se desnaturaliza de nuevo como feliz ensalzamiento de los renos mágicos y los muñecos de nieve, y «Felices Fiestas» sustituye a «Feliz Navidad» en el vocabulario occidental.

He aquí la pista (delatora): ¿por qué debería ser ésta la única temporada que necesita felicitaciones? El dramaturgo, al hacer la pregunta, descubre que hay algo escondido (reprimido). Entonces puede, con una buena base, proceder a seguir indagando con provecho.

28

Mis condolencias a Broadway

Durante cincuenta años, me he pagado el alquiler a base de llevar a la gente al teatro. Hay varias estrategias para hacerlo, pero desde el principio recurrí a la más eficaz que conozco: ser bueno.

Si la obra es provocadora, interesante, divertida, triste o entretenida, es posible que la gente vaya a verla. Ayuda tener un elenco notable, y también contar, si no con el apoyo de una prensa favorable, al menos con la indiferencia de la prensa hostil.

Pero, al final, mi parte consistía en «ser bueno». No era una técnica infalible. Y el público y yo a veces discrepábamos respecto a la definición de *bueno*. No obstante, sí sé una manera segura de ahuyentar a los espectadores: diles que la obra es buena para ellos. Pocos, por muy gais que sean, irán a ver una obra lamentable sólo porque trata sobre ser gay.[1] Los gais no necesitan que nadie les explique qué es ser gay, y los negros, en cuanto humanos, probablemente no irán a ver una obra mala sólo porque trata sobre ser negro, o porque la haya escrito un afroestadounidense. ¿Quién iría a ver esas increpaciones que llaman dramas?

Algunos, naturalmente, van al teatro como antes la gente que quería ilustrarse se avenía a que la aburrieran con diapo-

sitivas de la Tierra Santa. Y seguramente en las grandes ciudades y en la antaño capital del mundo haya quienes van, y arrastran a otros, a una charla pediátrica sobre la diversidad; pero no será muy a menudo, y serán sólo los que hayan superado el límite de edad permitido para emocionarse.

Los jóvenes y las personas productivas —las que tienen vitalidad, en resumen— quizá sigan viviendo en el SoHo o Echo Park, pero no van al teatro. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Para pasar «una tarde juguetona y amorosa de humor inclusivo»?

Si bien la manera más infalible de espantar a un potencial público es invitarlo a tomarse su medicina, la más eficaz para que pierdan el culo por una butaca es que sepan que «es imposible conseguir entradas».

El 75 por ciento del público del Broadway de la «prehisteria» eran turistas. La gente viajaba a la ciudad para ver *Hamilton* porque «era imposible conseguir entradas», pero, *Hamilton* aparte, me pregunto quién se gastaría ¿10.000 dólares..., 20.000? en un viaje para ir al teatro a Nueva York, donde lo único que hay en cartel son espaldarazos al pensamiento correcto. Tal vez los turistas vengan a Nueva York a ver musicales y a disfrutar de los espectáculos históricos. Pero ¿quién dedicaría sus vacaciones a asistir a sermones, es decir, al actual aluvión de dramas pseudorreligiosos? El más antiguo adagio teatral es: «No vendas cáncer».

Las obras «de tesis» —¿y qué tema social es más interesante que la diversidad?— sólo pueden atraer a los peregrinos.

Los caucásicos idiotas quizá vayan a ver esas obras como los católicos viajaban antes a Sainte-Anne-de-Beaupré (Quebec) a subir de rodillas un montón de peldaños a modo de penitencia y propiciación. Aquellos que salían renovados de

sus rezos habían obtenido una respuesta a sus plegarias. Pero ¿qué rezan los que se torturan con la fatuidad de las obras de tesis? Quizá hayan disfrutado de una tarde de arrogancia ratificada, pero no se levantaron de la butaca con más conocimientos o agradecidos por dos horas de alivio de su desdichado ensimismamiento (que es la verdadera finalidad del teatro). Salen del teatro agotados y, como no pueden decirlo, se dan a una insulsa e hipócrita autocomplacencia.

Los pedantes teatrales que hoy se postran a la diversidad dedicaban antes sus vidas a las exégesis absurdas. Por ejemplo, de Hamlet: «Ojalá que esta carne tan firme, tan sólida, se fundiera».

Un pasatiempo para cuatrocientos años de investigación académica: ¿quiso decir *solid* (sólida) o *sullied* (mancillada)? Pregunta: ¿qué diferencia hay? Ninguna, para el público —ni siquiera para su oído—, pero con esas inquietudes se ganaban el pan los pedantes mediocres y sin oído, lo cual les permitía —al menos eso pensaban— presidir la mesa donde se sentaba Shakespeare.

Hoy se están tirando a la basura, uno por uno, los amados clásicos del pensamiento occidental debido a la raza, el sexo o la supuesta preferencia sexual de sus creadores.

Esto me recuerda las leyes británicas contra la homosexualidad. No se derogaron hasta 1967 y se las aludía en conjunto como «el fuero del chantajista». Hoy, la policía de la diversidad la componen asimismo bandoleros autorizados que cobran impuestos a una población distinta, la que va al teatro. A quien lo dude le sugiero hacer una prueba. Que le diga a alguien que acabe de salir de una celebración de la diversidad y la esté elogiando: «Cítame una frase del libreto».

La cultura estadounidense está ahora dominada por mojigatos envenenados.

Los medios de comunicación de masas venden suscripciones, es decir, «contenido», es decir, «salchichas». El suscriptor, tras haber comprado un paquete, se queda sin más opciones.

Pero no es así como los seres humanos elegimos —cuando se nos dan opciones— nuestras formas de entretenimiento.

Porque, aunque es indiscutible que el brócoli frío es mejor para uno que la *mousse* de chocolate caliente, ¿qué hostelero está lo bastante loco como para publicitar lo primero con la esperanza de atraer clientes?

El teatro de autor de Broadway resurgirá con obras de moralidad, sin que, en la práctica, el público pueda elegir, porque se habrán purgado los clásicos, y al final la oferta consistirá sólo en «contenido», igual que la televisión.

Los contenidos de las series de televisión son en esencia indistinguibles. Las series sobre policías no son sólo intercambiables entre sí, sino también con las de médicos: si sustituimos los tiroteos y las escenas en la sala de urgencias (las secuencias de acción), no son más que malas narraciones sobre personajes fuera de plano.

A medida que se proscriben la invención y el conocimiento, sólo se aceptarán solicitudes de empleo de personas que (a) figuren en la lista aprobada o (b) se avengan a escribir propaganda.

Eso sí, con la muerte del teatro de autor, y con los turistas pasando de los sermones, los productores verán que sólo los musicales y los espectáculos históricos conseguirán atraer al vulgo.

Broadway se convertirá entonces en un parque de atracciones, donde el drama y la comedia habrán sido sustituidos por el contenido, que luego habrá dado lugar a la basura, y

los turistas quizá vengan a que les metan el entretenimiento por la boca, como viajamos al Monte Rushmore, un lugar antaño sagrado, profanado por la malevolencia política.

29

Broadway

Frank Case escribió *Tales of a wayward inn* (1938). Empieza así: «Un ayudante de camarero se las arregló para comprar el hotel Algonquín de Nueva York. Así es como lo hizo».

El Algonquín era la sede oficial de la Mesa Redonda, los genios cómicos del Nueva York de las décadas de 1920 y 1930. Destacaré a Dorothy Parker y Robert Benchley, que eran muy buenos amigos y gran dúo cómico.

Un recién llegado a Broadway los vio en una fiesta y dijo de Dorothy: «Ésa debe de ser la señora Benchley»; a lo que Alexander Woollcott respondió: «Así es, excepto para la señora Benchley». Podemos ver los magníficos gags de Robert Benchley trastabillándose en varias películas (*The treasurer's report*, *The sex life of the polyp*, etcétera).

Idolatro a Benchley porque nunca deja escapar una gracia. La Mesa Redonda jugaba aquel año al «guiño asesino». En este juego, como sabemos, se elige a suertes a una persona del grupo para que haga de asesino. La persona elegida le guiña el ojo a la víctima que prefiera, que entonces «muere», y el grupo tiene que deducir quién es el asesino.

El caso es que el juego siguió, y de tanto en tanto iba cayendo alguno. Una vez el grupo se fue de fin de semana a

East Hampton, y Benchley lamentó tener un terrible resfriado que lo obligaba a quedarse en casa.

Le pidió a un amigo que, al llegar a la isla, lo telefoneara a su apartamento de Manhattan y lo informara de cualquier novedad sobre el juego. Benchley cogió el teléfono tosiendo y estornudando, y el amigo le dijo que no había «muerto» nadie todavía. Benchley le dijo que iba a echarse una siesta y le pidió que volviera a llamar al cabo de tres horas.

Colgó, bajó corriendo las escaleras y tomó un taxi al East River, donde lo esperaba un hidroavión para llevarlo a East Hampton. Vadeó la orilla y se acercó sigilosamente a la casa donde se celebraba la fiesta. Esperó junto a la ventana de uno de los dormitorios y, cuando entró uno de sus amigos, dio unos golpecitos en la ventana. El amigo miró, Benchley le guiñó el ojo y el amigo «murió».

Benchley desanduvo sus pasos y estaba entrando en su apartamento cuando sonó el teléfono. Contestó con voz adormilada y le informaron de que el asesino había vuelto a atacar.

Conocí el Algonquín treinta años después. La Mesa Redonda había desaparecido mucho antes, pero, en la década de 1970, el hotel conservaba cierto prestigio entre los dramaturgos. Audrey Wood, la agente de Tennessee Williams, vivía en la acera de enfrente, en el Royalton. Yo me había tomado un té con ella allí, lo cual me relaciona en cierto modo con él. ¿No dramatizamos (deformamos) todos nuestro pedigrí? Por supuesto que sí. Una generación para negar y la siguiente para afirmar que hubo un ladrón de caballos en el pasado familiar.

Total, que ahí estaba, en el salón del Algonquín, en los años setenta. Había un hombre muy apuesto, de cuarenta y pico años, sentado con dos bellas jóvenes. Encendió unas ve-

las de Shabat y recitó unas oraciones hebreas. El camarero me dijo que era Leonard Cohen, y pensé: «Nos lo está poniendo difícil a los demás»; es decir: «¿Es que tiene que hacerlo en público?».

Por aquel entonces, afortunadamente, me sentía en cierto modo inclinado a analizar la vileza de mi pensamiento —su cobardía y su desprecio por sí mismo—, lo que me llevó a volver a analizar el judaísmo. (Leonard me dijo, décadas después, que aquellas bellas jóvenes eran sus hijas.)

Broadway fue, durante décadas, el centro de esa importante proporción de la cultura estadounidense que era judía, al igual que el Stroll (la calle State del Chicago de los años veinte, entre las calles 26 y 39) fue el Broadway de la América negra.

La primera vez que vi Broadway al norte de la calle 72 fue en la década de 1960, y me impresionó, porque, aunque había visto enclaves judíos, nunca me había imaginado una ciudad judía.

Pero volvamos al Distrito de los Teatros.

Recuerdo el ambiente inenarrablemente sórdido de Broadway y Times Square en los años setenta. Parece ocurrir que, cuando los reformistas llegan al poder, la ciudad muere. Ellos no son la causa, sino algo inevitablemente intrínseco de una iniciativa que ha perdido su vitalidad.

Times Square, Broadway y la Séptima Avenida eran entonces el dominio de los estafadores: en las salas de billares se vendía todo lo que uno pudiera desear, o más bien eran promesas incumplidas. En la Octava Avenida, el Rialto de los bailes eróticos y los salones de masajes, solía encontrarme al típico timador que se hace pasar por chulo. La treta, ya antigua, consiste en que el timador se acerca a su presa y le promete llevarlo ante una prostituta a cambio de una tarifa. La

víctima lo sigue hasta la puerta de algún apartamento, y le dice: «Dame el dinero y entra ahí». El dinero cambia de manos y el estafador desaparece.

Y a menudo veía los juegos de trile en la calle. A veces las bandas de trileros eran de diez o más personas. El que llevaba la voz cantante, invariablemente negro, tiraba los naipes sobre una caja de cartón. «Tres reinas: una roja, dos negras. Roja, gana usted; negra, vuelva otra vez; con 20 se lleva 40, con 40 se lleva 80, con 80 se lleva una damisela.»

Como dijo mi amigo Ricky Jay: «El trile no es un juego de azar, el trile no es un juego de habilidad, el trile no es un juego».

A la presa se le da la posibilidad de doblar su apuesta eligiendo la carta correcta. La banda tenía vigilantes, señuelos, miembros que «ganaban» al juego y otros «secundarios» que se hacían pasar por turistas y decían del trilero: «Llevo diez minutos mirándolo y todavía no ha ganado».

Los señuelos siempre eran blancos (para atraer a las víctimas, que siempre eran blancas); después lo perfeccionaron astutamente, y muchas veces fingían ser turistas escandinavos. Me llevé un buen chasco en un juego de trile cuando yo, «muy en la onda», elegí la carta evidentemente correcta (para mí), una advertencia para demostrarme que era, a mi elegida manera, otro primo más.

Hacía tiempo que Sardi's había reemplazado al Algonquín como el restaurante de la gente del teatro. En la década de 1970 lo llevaba Vincent Sardi, hijo de los propietarios originales, que lo fundaron como bar clandestino. El señor Sardi me llamaba siempre «señor Mamet» —yo era veinteañero— y cuidaba de que, en cuanto dramaturgo, se me tratara como personaje público.

En 1977 celebramos allí el estreno de mi obra *American Buffalo*. La protagonizaban Bob Duvall, Kenny McMillan y John Savage, y era estupenda.

Tuvimos muy buen estreno. El reparto fue a Sardi's a celebrar la tradicional fiesta y a leer las críticas. Nos iba llegando una tras otra donde la ponían por las nubes. Sin embargo, había un cierto ambiente de contención, y mi padre preguntó por qué.

—Bueno, la única que cuenta es la del *New York Times* — explicaron los productores.

—Un momento, ¿sólo esa crítica podría acabar con la obra? —dijo mi padre; y los productores asintieron con tristeza—. ¿Cuánto costó montar la obra? —preguntó.

—700.000 dólares.

—¿Cuánto gana el crítico del *New York Times* en un año? —quiso saber.

—Quizá 30.000 dólares. —le dijeron.

—¿Estáis locos? —dijo mi padre.

El imprimátur de Broadway lo otorgaba el Sardi's cuando colgaba en la pared de su comedor una caricatura del recién ascendido a la nobleza. Me hicieron una a mí.

En ese edificio también estaban las oficinas del Gremio de Dramaturgos.

La junta directiva del gremio se reunía allí una vez al mes o así para hablar de asuntos importantes y menores. Me eligieron para la junta en 1980. Otros miembros eran Stephen Sondheim, Arthur Laurents, Lillian Hellman, Edward Albee y Marc Connelly, que entonces tenía noventa años. Los veía a todos allí, salvo a la señorita Hellman. No recuerdo gran cosa de lo que hablábamos.

Con esta excepción.

Gerry Schoenfeld (1924-2008) era entonces, con Bernie Jacobs, el presidente de la Organización Shubert. En 1982, los Shubert querían que el gremio diera su consentimiento a sus planes de demoler un par de teatros históricos de Broadway, el Helen Hayes y el Morosco.

Gerry se presentó con varias ilustraciones fotorrealistas y la palabra mágica que autoriza todas las cosas: «progreso». Hizo su presentación. Y yo dije:

—Señor Schoenfeld, ¿son esos teatros propiedad de la Organización Shubert?

—No, no lo son. —respondió él.

—Bueno, entonces, usted quiere que apoyemos su plan de destruir los teatros de la competencia —dije yo.

Pausa. Pausa. Pausa.

—¿Quién es usted? —preguntó—. Usted ni siquiera puede escribir una obra.

—Yo seré capaz o no de escribir una obra, pero cuando piense que podrá ganar un solo dólar conmigo, me besará el culo en el escaparate de Macy's[1] —contesté yo.

Después hubo muchos resoplidos.

Gerry y yo nos hicimos más tarde amigos y nos picábamos mutuamente. Le echo de menos. Dudo que mi culo pudiera estar hoy en el escaparate de Macy's. Quizá después de los siguientes disturbios.

Tenía amigos en las taquillas de Broadway, muchos de los cuales se hicieron muy ricos gracias a los «ICE» [gastos indirectos de promoción, por sus siglas en inglés].

En aquel entonces, la ley impedía a Broadway inflar los precios de las entradas de los espectáculos más populares.

Los teatros no podían hacerlo, pero sí otras agencias de venta de entradas (revendedores legales).

Podía ocurrir incluso que alguien le pagara algo a alguien que a su vez le dio algo a uno que votaba en la asamblea legislativa. No estoy diciendo que fuese así, pero sería la única excepción en la historia del estado de Nueva York.

En cualquier caso, los responsables de las taquillas vendían paquetes de entradas a las agencias.

La entrada se vendía, pongamos, a 20 dólares, pero los revendedores le pagaban al de la taquilla un extra de 10 dólares, y después esa entrada que habían comprado por 30 dólares se la vendían al turista por el precio que fuese.

Entonces, el responsable de la taquilla se embolsaba 10 dólares multiplicados por veinte entradas por función, lo que da 200 dólares que, multiplicados por ocho funciones a la semana, da unos 80.000 dólares libres de impuestos al año. No está nada mal.

Pero ¿qué hay honrado en esta vida?

Podríamos decir que el amor de un perro —ya hemos visto las pegatinas de los coches que dicen: «Ojalá fuese la persona que mi perro piensa que soy»—, pero, después de toda una vida en Broadway, he llegado a la conclusión de que la razón de ser de todos los eslóganes es aprovecharse de los pardillos, y de que a menudo el pardillo al que van dirigidos es uno mismo. Un concepto más avanzado del eslogan podría ser: «Ojalá fuese la persona que pienso que mi perro piensa que soy». Ese añadido le reconocería al animal no sólo compasión, sino una hipocresía indicativa de inteligencia.

Lo que era honrado, en Broadway, era el restaurante Delsomma, en la calle 47, al este de la Octava.

Allí, el propietario, John Cardinale, me recibía muy bien, como cliente habitual. En 1988 hice la comedia sobre la mafia *Las cosas cambian*, con Joe Mantegna y Don Ameche. Le pregunté a John si querría venir al lago Tahoe e interpretar a un jefe de la mafia, porque para mí lo parecía.

Vino, y lo puedes ver en la película. Y después me enteré de que John había sido un protegido de Albert Anastasia. Durante la guerra, había sido *seabee* de la Armada. Me contó cuál era su lema: «Los marines hacen algunos aterrizajes y el Ejército de Tierra otros, pero los *seabees* los hacen todos». Me encantaba el tipo.

Siempre lo invitaba a ver mis obras, y él siempre me respondía que «quizá lo hiciera». Le decía que me avisara si necesitaba una entrada, y él negaba con la cabeza, respondiendo con cortesía a la ingenuidad de uno, que ignoraba que él era la eminencia gris de los tramoyistas y demás bandas secretas aliadas. Cómo lamenté la defunción del restaurante. Descanse en paz.

Al oeste de la Novena Avenida teníamos el Actors Studio, y también la copistería Studio, llamada así en su homenaje.

Esta última imprimía todos los guiones de Nueva York. Lo hacían mediante ciclostiles (busca lo que son) y los encuadernaban con gruesas cubiertas de tela donde inscribían el título de la obra y el nombre del autor en letras doradas.

El Actors Studio de Strasberg estaba en la misma manzana. Nunca llegué a entrar, aunque tenía conocidos o amigos entre otras celebridades de aquella época de la actuación como expresión del freudismo: Uta Hagen, Herbert Berghof, Stella Adler, Sanford Meisner (mi profesor), etcétera.

Siempre admiré a Lee Strasberg como rey de los charlatanes: se ganó una posición como el dalái lama de todos los gurús, y era el actor con más talento de los que aspiraban a

ser admitidos. Cuando se hicieron famosos, el mérito se lo adjudicó él. Como si el organizador de un concurso de belleza se atribuyera el mérito de criar a las chiquillas.

Estaba la copistería Studio, y el olor de la tinta durante las largas tardes de corrección de mis obras; la calle 47, el Joe Allen's, con sus hamburguesas al alcance de los obreros, y el olor a cerveza barata desde las tabernas a la vuelta de la esquina. El humo de cigarrillo flotaba sobre todas las cosas, al igual que la contaminación. Parecía peligroso porque era peligroso. Y ser joven era una gloria.

Todos vivíamos en quintos sin ascensor —alguno debía de vivir más arriba del quinto, pero nunca me lo crucé—, con la cama abatible desplegada, y la bañera estaba de hecho en la cocina, cubierta con una tabla para hacer las veces de mesa.

Los estudiantes (yo fui uno de ellos entre 1967 y 1968) podían actuar de secundarios en cualquier espectáculo de Broadway. Me acuerdo de Sandy Dennis y William Daniels en *Daphne in Cottage D*. No recuerdo nada más, pero sí que, unos años después, mi agente, Howard Rosenstone, y yo fuimos a un ensayo general de *Trampa mortal*, de Ira Levin. La obra se dio un planchazo más plano que la novia de Popeye. Intentamos relativizárselo a su consternado autor con el imperecedero «ya escribirás otra». Como así fue, aunque *Trampa mortal* estuvo en cartel dos años enteros.

Recuerdo a Bob Duvall haciendo de Teach en mi *American Buffalo* en el Ethel Barrymore, estrenada treinta años después en el mismo escenario que *Un tranvía llamado deseo*.

Buena parte del público de *Buffalo* la abucheó —no es que en la obra se dijeran muchos tacos; es que se decían todo el tiempo— y, tras caer el telón, Bob Duvall les hizo una peineta y les tiró con el pie los restos del último acto.

Recuerdo el verano de 1967, cuando muchos dormíamos en los cines porno, que abrían toda la noche y tenían aire acondicionado, en lo que hoy es la disneyificada calle 42.

Era un circo y, como cualquier circo, se termina en cuanto pasa a ser legal. Y ahora le ha llegado el turno a lo demás, al parecer.

La época dorada de Broadway, un teatro orgánico que sostenía una fiel clase media, se puso de moda en los últimos treinta años, mientras el precio de las producciones subía, el de las entradas se mantenía y la publicidad se volvió prohibitivamente cara. Al mismo tiempo, la subida de los precios expulsó de la ciudad a la clase media, el público cuyas costumbres fueron la base vital de Broadway.

Broadway se convirtió en el lugar de los musicales y los espectáculos históricos, adaptados al sector turístico.

Ahora, los disturbios han expulsado de Manhattan a la clase media que quedaba, y nadie sabe cuándo volverán los turistas, si lo harán o por qué.

La era de la navegación en vela convivió, durante un tiempo, con el auge del vapor; después, sólo pervivió en el recuerdo de los que habían estado allí.

El último de los vaqueros que acarreaba ganado murió en la década de 1950. Broadway murió la primavera pasada.

Podría, como Lázaro, levantarse de entre los muertos por un milagro, pero —de nuevo como en su caso— no sabemos, porque la Biblia no lo dice, cómo podría afectar la resurrección a sus actividades o su estado de ánimo.

30

Gags

El género cinematográfico de la comedia de enredo (*screwball*), en realidad, no existe. Hubo un centenar de intentos de exprimir las obras de Lubitsch y Preston Sturges, pero la mayoría se ceñían a la forma, robaban las tramas, señalaban dónde debían estar los gags y hacían que los actores se cayeran o se derramaran sopa unos sobre otros.

Las pocas grandes comedias de la década de 1930 tenían una trama sencilla que seguía el consejo de Sunzi: haz que tus planes sean sencillos, para que tu adversario pueda seguirlos sin perderse. Las grandes comedias hacían transcurrir la trama a lo largo de buenos gags.

¿Qué es un gag? Es un chiste que requiere, como todos los chistes, un inicio, un desarrollo y un remate sorprendente. Debe revelarse a lo largo del tiempo, es decir, llamando la atención del público sobre algunos detalles que ya había advertido antes, pero que no le parecieron importantes.

En *Con faldas y a lo loco*, la ingeniosa comedia de Billy Wilder, los dos músicos son testigos de la masacre del Día de San Valentín. El contrabajo de Jack Lemmon acaba perforado por fuego de metralleta. Él y Tony Curtis huyen a Florida. La mafia se va de vacaciones a Florida. Lemmon y Curtis se hacen pasar por mujeres músicos; pero entonces el jefe de la

mafia se fija en que el contrabajo está perforado, y se descubre todo.

En *Infielmente tuyo*, de Preston Sturges, Rex Harrison interpreta al director de la orquesta más famosa del mundo. Él dice que dirige una «banda». No es un chiste, pero es bastante astuto. Yo también, haciendo un ejercicio semiexcusable —y facticio— de autodegradación, siempre me he definido como escritor de gags. El nombre oficial de mi trabajo es, desde hace un milenio, «dramaturgo», pero la palabra me da mareos.

El abogado sincero (*pausa*) puede referirse a su profesión, con un afectuoso desprecio, como «vocero», y tiene gracia, porque encierra mucha verdad. El verdadero escritor de gags es el que sabe estructurar los pedacitos en una trama que mantenga la atención del público. Los que no saben hacerlo se podrán llamar dramaturgos, pero yo no iré a ver su obra. Aristóteles llamaba «incidentes» a estos componentes de la trama, pero son sólo gags.

Ahora bien, la esencia del gag es que, *ex post facto*, se vuelve evidente por sí mismo. Pregunta: ¿cómo se le llama a un negro que pilota un avión? Repuesta: piloto.

El escritor se encuentra los gags, o se tropieza con ellos: no pueden sorprender al público a menos que sorprendan a su creador. A menudo, parecen tan inevitables que se pregunta si acaso no es algo sabido por todos y él ha sido el último en enterarse. Todos los comediantes conocen el fenómeno: damos con un gag tan bueno que nos impresiona a nosotros mismos y tenemos que llamar a nuestros amigos para preguntarles: «¿Me lo he inventado yo?».

Pongo dos ejemplos de mis obras: referirme al proceso político como «la cola que menea al perro» y una frase del guion de mi película *State and Main*: Alec Baldwin, borracho,

se estrella con el coche cuando iba besuqueándose con una menor de edad, Julia Stiles. Sale arrastrándose del coche, echa un vistazo a su alrededor y dice: «¡Mira lo que ha pasado!».

A menudo siento desconcierto al escribir teatro. Pero si el dramaturgo no está, en algunos momentos, perdido o confundido, no está haciendo su trabajo, porque el viaje del escritor y el de su héroe es el mismo para ambos. Los dos están obligados a tomar decisiones difíciles. ¿Basándose en qué?

Cuando se pierde, el dramaturgo puede retroceder, volver a los elementos básicos y preguntarse: «¿Cuál es la forma?».

La comedia de bandas, el humor físico, la farsa y las comedias de costumbres existen como formas porque se corresponden con los diversos modos de comprensión humana.[1] Podríamos referirnos a ejemplos de la forma para determinar nuestras necesidades como escritores: los romances acaban en matrimonio; las comedias, en la vuelta de los héroes a una situación anterior, más tristes, pero más sabios.

Si la pieza es una farsa, debemos buscar los personajes arquetípicos; su presencia define la forma: el padre severo, el viejo sátiro, el profesor parlanchín, el amante bobalicón, el malvado avaro, etcétera. La comedia de costumbres debe contar con un mayordomo o una doncella que haga las veces de coro; el melodrama debe tener un vil villano.

Las civilizaciones y las sociedades de votantes progresan mediante unas formas reconocibles. En las turbulencias de los últimos años se puede identificar un incipiente movimiento totalitario por la acumulación de ritos y observancias religiosos, milagros y mártires.

Las nuevas leyes sobre alimentos son tan estrictas como el *halal* y el *kashrut*, y considerablemente más complejas; véan-

se «de proximidad», «sin gluten», «bienestar animal garantizado», «criado en libertad», «orgánico», «comercio justo» o «sostenible». (En mi bote de mantequilla de cacahuete se advierte que fue procesada en unas instalaciones donde quizá se hayan procesado también cacahuetes.)

La insistencia en la pansexualidad ha sustituido a los anteriores mandamientos de castidad con la misma vehemencia; la vagancia se redefine como una especie de martirio; los disturbios se ensalzan con el orgullo antes reservado a los ejemplos de moderación; y «la paz [de Dios], que supera toda inteligencia», ha dado paso a la insistencia en el constante ejercicio de la rabia.

Vengo preguntándome estos últimos años cómo pudo la izquierda prosperar tanto como instancia político-religiosa sin un nombre y sin un líder.

Del mismo modo que uno no debe preocuparse en un avión mientras no lo hagan los auxiliares de vuelo, me consolé pensando que las cosas no devendrían una auténtica insurrección mientras la izquierda no confeccione las antedichas necesidades.

Ahora, la izquierda tiene, por el momento, los nombres «Antifa» y «Black Lives Matter». Y, tras haber adoptado la forma, le resultará fácil cambiar el contenido, y surgirá el nuevo nombre que se necesite, como «comunista» sustituyó a «bolchevique». Pero ¿qué hay del líder, de esa persona a la que puedan atribuir poderes sobrehumanos, cuyos actos y palabras fortalezcan su cohesión?

La forma —insurrección— necesitaba un líder; el hecho de que no lo hubiera me hizo adoptar la consabida pose del escritor, la de sacudir la cabeza ante un problema que se debe, pero no se quiere resolver. Y después lo vi más claro. Porque, en los últimos seis años, la izquierda sí ha tenido un líder, cu-

ya supuesta omnipotencia se iguala a la de Hitler, Mao, Castro y Stalin, y ante el cual todos deben prestar atención. Con su nombre siempre en la boca.

Durante los últimos seis años, Donald Trump ha sido el líder de la izquierda. No encontraron a nadie al que enviar desde su banquillo, así que eligieron al jugador más poderoso del equipo rival y les ordenaron a sus propios fieles hacer lo contrario de lo que dijera.

Los seres humanos somos animales gregarios y, sabiéndonos débiles, tememos el aislamiento. Cada cual es consciente de la insuficiencia de su razón, su fuerza y su valentía. El niño pequeño se inventa un amigo imaginario, y el psicótico oye voces.

Los humanos primitivos se asombraban ante el poder del clima y del sol. Sus observaciones condujeron a la agricultura, la navegación y las primeras ciencias. Sin embargo, la ciencia dejó algo sin resolver: qué son el azar y la aleatoriedad. ¿Cómo podría el ser humano resistir las implacables fuerzas del agua y del viento, del fuego y de la peste, y menos aún influir en ellas? Todas las sociedades desarrollaron un sistema que, fuese benigno u opresor, sustituyó la angustia concreta de cada grupo por el terror general.

Los seres humanos adoraban y ofrendaban sacrificios a los ídolos para conseguir buenas cosechas, longevidad, librarse de ser conquistados…; en resumen: para mitigar el terror de los impotentes. El servicio a estos ídolos, en cualquier lugar, se recompensaba de forma intermitente con seguridad, salud y abundancia. En su defecto, los fracasos se atribuían a una sinceridad insuficiente, al pecado o a la perfidia de los no creyentes (espíritus malvados, brujas, los de razas o ideologías políticas depravadas).

El judaísmo y después su religión hija reemplazaron la adoración a los ídolos por el monoteísmo; es decir, por la devoción a una deidad incognoscible. Sus actos y sus ideas no se podían entender. No podía ser propiciada mediante el sacrificio, pero el servicio a sus leyes, aunque no recompensaran las oraciones propiciatorias, traía la paz, se nos enseñó.

Y dio origen a la civilización occidental.

Al parecer, fue inevitable que el «libre pensamiento» condujese al ateísmo, pero ¿quién habría imaginado que esa ilustración devendría salvajismo? Cualquiera que haya estudiado la Biblia.

A los israelitas les consternaba verse libres de la esclavitud, así que crearon y adoraron un becerro de oro fundido. La historia nos dice que estos apóstatas habían visto a Dios dividir el mar Rojo y destruir a sus amos esclavistas. Y después les aterró su propia libertad y negaron que Él existiera. Los cinco libros de Moisés son la tragedia de los judíos, para los cuales la seguridad de la esclavitud era preferible a la autonomía bajo la voluntad de Dios.

La Torá enseña, una y otra vez, las calamidades que les ocurrirán a los judíos que le den la espalda a Dios. Adán y Eva fueron expulsados del paraíso; Dios inunda el perverso mundo; Él destruye Sodoma y Gomorra, Babel y, de vez en cuando, a los rebeldes que podrían llevar al pueblo de vuelta a la idolatría, y convierte así un temor general en superioridad moral y rabia hacia los díscolos; una rabia vitoreada, como siempre, por los curas.

Los curas de nuestra nueva idolatría son los políticos y sus afines fuera del Gobierno que han descubierto el antiguo secreto del poder que se obtiene a través del miedo de las masas.

Una población aterrorizada ante la prosperidad teme el castigo de aquellas fuerzas ante las cuales se sabe impotente: el sol y el mar. Sin embargo, temiendo odiar las fuerzas de la naturaleza, las adora.

Los nuevos animistas crean nuevos santos, niñas escandinavas benditas y mártires sociales. La población asustada empieza a celebrar marchas y a corear lemas, y prepara el terreno para la quema de brujas: lo hace por medio del sacrificio de los infantes, que se llama aborto posnatal.

Se podrían considerar estas diversas convulsiones por separado, pero en conjunto identifican la forma del drama como una epopeya bíblica.

31

Humildad

Algunos sostienen que la Biblia es la palabra textual de Dios; otros, que no, que la escribió otro con ese nombre.

No puedo creerme que quien la haya leído pueda dudar de que, en sus aspectos más alejados de la metafísica, es fruto de la inspiración divina. La diferencia entre la primera proposición y la segunda me parece irrelevante.

La Biblia nos une con lo divino, ya que su lectura profunda nos enseña a ser humildes y, por tanto, revela al lector serio su distancia con lo divino; lo cual quiere decir que quizá no demuestre, pero desde luego sí sugiere, la existencia de un poder superior a la humanidad.

La negación de esta distancia es el ateísmo, cuya vehemente afirmación no deja de suscribir la existencia de Dios, por supuesto: Dios no puede existir, porque existe el mal. ¿Cómo puedo identificarlo como el mal? Gracias a mi conocimiento —que me ha dado Dios— de lo que es el bien.

Leemos en la Torá acerca de nuestra perversidad; en los Evangelios, sobre la posibilidad de la perfección. Cada interpretación es una lección de humildad para el lector receptivo, que la entiende como una lección sobre sí mismo, y así es, por supuesto. La Biblia es esa herramienta capaz de engendrar humildad y, por tanto, del corregimiento.

Durante la peste descubrí otra más. Decidí trasladar mi estudio.

Llevaba quince años escribiendo en una pequeña casa rural, rodeado de mis preciados tótems: aviones, camiones y motos de juguete, etcétera; varias fotografías y carteles; una colección de chapas en un gran tablero de corcho (insignias de empleados de estudios cinematográficos que llevan cien años muertos, de fábricas de aviones, de la Exposición Universal de Chicago de 1933).

Tenía varias habitaciones llenas de *tchotchkes* (bibelots, en yidis), pero me di cuenta de que, en realidad, sólo usaba el escritorio, mi máquina de escribir y un hervidor de agua para hacer té.

«Bueno, es hora de acortar velas», pensé. Y eso hice, y emprendí la tercera y feliz fase del coleccionista: tras la búsqueda y la posesión, la del desprendimiento. Ésta es la forma mundana de las herencias imaginadas. He fantaseado diciéndome, y seguramente tú también: «Esto se lo dejaré en herencia a X; esto otro se lo dejaré a Y. Seguro que agradecen que los haya tenido en cuenta», y bobadas parecidas. No puedo abandonar la costumbre de toda una vida de enviar libros a la gente, aunque sí me di cuenta, hace algún tiempo, de que nadie los lee. ¿Por qué lo sé? Porque yo no leo ninguno de los libros que me envían a mí. Tengo mis gustos y mi lista de lecturas, como todos; y ahí estaba yo, metiendo en cajas y desechando toda clase de literatura, decidiendo casi siempre: «Esto va fuera».

Porque ¿cuántos de esos libros que he disfrutado, que incluso les he tenido cariño, iba a volver a abrir alguna vez? Entonces, ¿por qué quedármelos? Así que iban fuera.

Y después llegué a los libros que había escrito yo y descubrí el segundo motor beneficioso de la humillación.

Me encanta leer. Creo que mi gusto literario es perfecto, porque me satisface.

No puedo con las novelas marinas de Conrad.

A Dickens lo comparo con que te guste Red Skelton: yo no le pillo la gracia (con la excepción, por supuesto, de *Historia de dos ciudades*).

Aprecio en especial a los escritores de género del siglo XX. Me han brindado mucha felicidad durante décadas.

Destaco a Frederick Forsyth, Patrick O'Brian, George V. Higgins y John le Carré. He leído todos sus libros muchas veces, porque son infinitamente relegibles. Es, claro está, una cuestión de gustos; es decir, que quienes no estén de acuerdo conmigo son idiotas.

Puedo releer mis queridas 47 novelas de Trollope una y otra vez, pero no puedo obligarme a ponerme otra vez con George Eliot; asimismo, preferiré Tolstói a Dostoievski, y dejaré que te apuntes tú el tanto.

Pero sí puedo releer muchas veces, y lo he hecho, a los escritores de género ya citados.

Desconozco cuál es el estatus de Tom Clancy en las críticas literarias contemporáneas, cuyo estudio y producción me parece tan depravado como lo sería una asignatura que enseñara a maltratar a los niños.

Pero cómo escribía, el hijo de puta.

Se dedicaba a la venta de seguros, se forjó como escritor en su tiempo libre y creó un género. Como lo hizo también Frederick Forsyth, que era periodista y espía.

De *La caza del Octubre Rojo* y *Chacal* debo decir que es difícil envidiar su éxito, porque es imposible escribir así de bien. Sus fantasías son el equivalente moderno de las de los Dumas, *père et fils*.

Y ¿qué se puede comparar con Patrick O'Brian, que es mejor que los cuentos de hadas? ¿Son sus novelas marinas el equivalente moderno de las de Gulliver y Robinson Crusoe?

Asimismo, la producción de John le Carré sobre la guerra fría empieza con uno de sus primeros libros, *El espía que surgió del frío*, una obra maestra que como mínimo iguala *El agente secreto* de Conrad.

Que Dios os bendiga, vivos y muertos, por las maravillosas excursiones.

Pero pasa esto: el talento puede y debe crecer; sin embargo, a la exuberancia, una vez agotada, ya no se le vuelve a ver el pelo. El éxito, como el fracaso, conduce al fracaso, y la indagación sobre las nieves de antaño sólo puede ser retórica.

Para mí, que también soy escritor, es obvio que Patrick O'Brian no escribió las dos últimas novelas que se le atribuyen. Como ocurre con *Tito Andrónico*, el estilo no es de la misma persona. Las meto en la categoría de la escalera de Bruno Hauptmann: el desvencijado trasto que supuestamente utilizó para raptar al bebé de Charles Lindbergh de su dormitorio. Cuando le preguntaron si la había fabricado él, respondió: «Soy carpintero».

No es imposible ni inexcusable que O'Brian dictara, bosquejara o encargara a un ayudante parte de lo más aburrido del proceso creativo. No es un pecado mortal (¿quién se cree que JFK escribió *Profiles in courage*?), y bravo por él, por este genio, octogenario por entonces.

Al gran Le Carré se le agotó la guerra fría, y en sus libros siguientes empezó a dar vueltas sobre lo mismo, como las últimas obras de Clancy: presenta a una segunda generación de sus héroes, descendientes de los primeros. Pero ¿dónde se

ha visto que la segunda generación, real o inventada, iguale a la primera?

Y la tercera, como sabemos, va en mangas de camisa o ha caído en la ignominia, como ocurre en nuestro caso, el de los escritores. No, nosotros envejecemos y tenemos la libertad de llevar remangados los pantalones, y nadie se dará cuenta porque a nadie le importa. ¿Qué hay más absurdo que el viejo disoluto cuya riqueza ha propiciado la momentánea compañía de la belleza?

El problema con la prolijidad es que se convierte en costumbre. La escritura, que ha servido para llenar la despensa y para postergar la corrosiva servidumbre del pensamiento, se ha vuelto una adicción con el paso de los años. Puede seguir llenando la despensa, y ayuda a pasar el rato. Pero, habiendo escrito durante décadas, si uno parara ahora, ¿qué haría?

El segundo motor de la humildad es el escrutinio de tus obras tempranas.

Al hacer limpieza en mi estudio, metí mis propios libros en cajas, y después cogí uno de los primeros que escribí y empecé a leer. Escribía mucho mejor entonces.

32

Max, el hámster

Si se me permite, y sin más indiscreciones: mi mujer me pidió que le rascara la espalda. Le costaba guiarme hacia el punto afectado y le sugerí que nos valiésemos de la geografía de Estados Unidos como referencia.

Sabemos por S. I. Hayakawa (*El lenguaje en el pensamiento y en la acción*, 1949) que el mapa no se corresponde con el territorio, pero la configuración de los 48 estados contiguos sí coincide bastante bien con la espalda humana. El estado de Washington cae en el hombro izquierdo; Maine, en el derecho, la columna vertebral hace de Misisipi, etcétera.

El plan falló en su ejecución por la completa ignorancia de mi esposa sobre la geografía estadounidense. Ella creció en Edimburgo.

Su perplejidad ante nuestro trazado es tan encantadora como todo lo demás en ella.

Mi mujer estaba cantando en un bolo, un 4 de julio de hace algunos años, e incluyó «Roll on, Columbia, roll on», de Woody Guthrie, que acababa de aprenderse. La letra decía, como la cantaba ella: «La revelación de Tom Jefferson no le daba respiro. / Veía un imperio en el noreste del Pacífico». El declarante no tiene nada más que añadir.

Volviendo al problema de los picores: fuimos a la pizarra que tenemos delante del frigorífico y dibujé un mapa de Es-

tados Unidos, mientras ella me observaba, encandilada. Se deleitó con mi artesanía y con mi habilidad instructiva. Este placer me tentó, como les ha ocurrido siempre a los profesores, a desarrollar la lección más allá de cualquier utilidad inmediata.

Del mapa se desprendía con claridad, dije, que el país había crecido y prosperado en torno a las redes de transporte y los núcleos de comercio. Los barcos traían y llevaban mercancías desde la Costa Este, la costa del Golfo y San Francisco, y las ciudades prosperaron como almacenes de productos con origen y destino en el interior.

Las canoas, después los botes y luego los barcos prestaban servicio a los Grandes Lagos, Rochester, Cleveland, Búfalo y Chicago, al canal de Erie y a Sault Ste. Marie, y, en 1959, la vía marítima del San Lorenzo abrió los Grandes Lagos al comercio mundial.

El canal unió Chicago con el Misisipi y, de este modo, con Nueva Orleans y, después, con América del Sur y el Caribe, en 1848. Gracias al Misisipi, al Misuri y a los ríos orientales crecieron la prosperidad del país y su riqueza, y también el poder de los puertos marítimos.

Los ferrocarriles sustituyeron al tráfico marítimo en el siglo XIX, lo que dio lugar a las megalópolis del este y al nudo ferroviario de Chicago, su gran riqueza. Las grandes ciudades atraían el talento, fuese por su cultura (sustentada por la filantropía) o por su cantera deportiva y su bohemia (sustentadas por los jóvenes y la liquidez de las familias), y se desarrollaba a través del influjo artístico antes circunscrito a cada región. Pongo como ejemplo concreto la música afroestadounidense, que remontó el Misisipi hasta Chicago, que evolucionó desde las salomas y los trenos hacia el *blues*, el *jazz* y

el *rock and roll*, y que hoy es la música del mundo. Véase también cómo varios charlatanes judíos e inmigrantes crearon la industria cinematográfica de Nueva York y después la de Hollywood.

Las ciudades fueron, a lo largo del siglo XX, los centros del comercio mundial y, por tanto, de la moda y de las artes, gracias a la liquidez de las familias y su búsqueda de novedad y estatus y, lo que es igual de importante, a la polinización cruzada de grupos antes divididos por la geografía y las costumbres: los blancos separados de los negros; los gais, de los heterosexuales; los judíos, de los no judíos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el transporte aéreo consolidó la posición de las ciudades como artífices y árbitros de la vida cultural, al igual que la televisión; porque lo que se consideraba noticia —es decir, relevante; es decir, capaz de conseguir anunciantes— lo decidían en Nueva York los cosmopolitas, como también qué libros y publicaciones merecían imprimirse y la nueva longitud mínima de las faldas.

Con el desarrollo del avión de pasajeros (el Boeing 707, que entró en servicio en 1958) y el transporte aéreo asequible, las ciudades pasaron a ser el destino frecuente de las gentes comunes que querían ver los espectáculos y tomarse un par de copas.

Al ferrocarril, como transporte de pasajeros, lo mataron las aerolíneas. Nueva York, uno de los grandes puertos marítimos del mundo desde el siglo XVII neerlandés, cesó sus actividades en el siglo XX porque resultó que los terrenos frente al río tenían más valor si se destinaban a construir viviendas que a los almacenes; los vuelos transoceánicos sustituyeron a

los barcos transatlánticos, y los muelles se convirtieron en parques de atracciones.

Hice una pausa en mi clase —como recordarás, le estaba explicando todo esto a mi esposa— y me senté en la encimera de la cocina, con la tiza aún en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó mi mujer.

Y le conté la historia de Max, el hámster.

Fue mi mascota durante unos meses en la década de 1950.

Me tocaba a mí cambiarle el agua y echarle comida todos los días. Y así lo hacía. Pero me di cuenta de que no estaba comiendo.

Seguí echándole más comida, como se me había mandado hacer, hasta que un día vi que estaba muerto.

Una persona que tenía hijos me regañó por no haber dicho nada, si no de la inactividad del animal, sí al menos de que cada vez había más comida en la jaula. Yo bromeé diciendo que sí, que me había equivocado, pero que después de sacar al hámster tendríamos más espacio en la jaula para la nueva comida diaria.

Esto me llevó a exponer mis observaciones sobre los programas de radio.

Me encanta la radio en AM. Después de toda una vida oyendo esas voces de la FM vendiendo una consternación triste y enrabietada y una indignación nostálgica, estoy encantado de oír hablar un auténtico inglés americano y anuncios de ungüentos mágicos.

Uno de mis locutores favoritos de la AM, ya fallecido, tuvo un inmenso y merecido éxito. Por tanto, la publicidad en su programa se pagaba más cara. Pero, en eso, él era como un taxista un día de lluvia. Si llueve, todo el mundo quiere un taxi; pero el taxista sólo puede hacer una carrera a la vez, por

lo que es razonable entender que a él le moleste ese desperdicio.

Como ocurría también, al parecer, con los productores de su programa.

Porque, al igual que en otros programas menos productivos, cada hora se dedicaba un tiempo determinado a la publicidad.

No sé cuál podría ser el límite de tiempo permitido, según los estatutos de la Comisión Federal de Comunicaciones, pero supongo que, sea cual sea, se estará amañando, porque sería un desperdicio no hacerlo. Y nada americano. Bien, entonces, en algún momento, tras equis minutos de panaceas, de cómo cancelar un contrato de multipropiedad y de golosinas para perros, volvemos al programa en sí.

Después, el presentador planteaba un tema parecido al que se estaba tratando antes de la pausa publicitaria.

Podía decir, por ejemplo, que vivíamos en un mundo cada vez más inseguro y que la Reserva Federal dice esto o aquello. Después puede que notáramos que aquello no era información ni opinión, sino la introducción a un anuncio de venta de plata u oro, o de servicios de gestión del patrimonio.

En algún momento volvemos a tener la posibilidad de escuchar algo de cierta enjundia, pero el presentador, de nuevo, se sirve del tema tratado como trampolín para promocionar sus últimos libros, sus giras de conferencias, etcétera. Como el taxista, su tiempo se ha vuelto demasiado valioso como para malgastarlo en su ya desfasada finalidad.

Lo mismo ha ocurrido con la superficie de las grandes ciudades.

Los alquileres en la avenida Madison, nuestra *rue* de Rivoli, se han encarecido demasiado incluso para el negocio del tu-

rismo de lujo. Los apartamentos del East Side, que se vendían por 4.000 dólares en 1950 y por 250.000 en 1970, están ahora a 20 millones de dólares. Sin embargo, los zapatos podían subir de los 200 dólares a los 2.000, pero no a los 20.000, y las tiendas independientes no podían pagar el alquiler, cediendo la calle a los locales vacíos intercalados con *flagship stores* ['tiendas insignia'] cuya razón de ser es exclusivamente publicitaria.[1]

Las ciudades intentaron controlar este alejamiento del comercio popular —algo inevitable, nos parezca bien o mal— a base de pueblos Potemkin con alquileres regulados, lo cual sólo significaba que aquéllos lo bastante suertudos como para encontrar un lugar cómodo —o lo bastante astutos para conseguirlo con sobornos— se gastaban ahí el dinero que ahorraban en otra parte. El control de los alquileres, como observó Milton Friedman hace tiempo, sólo conduce a la escasez de vivienda. La isla de Manhattan es el ejemplo por excelencia de ciudad cuyo éxito condujo al destierro de su clase media y a su inevitable futuro como parque de atracciones y/o pocilga.

No hay forma de revertir la tendencia del comercio, es decir, del interés propio. Todos debemos actuar en pos de nuestra prosperidad, y probablemente los miembros más comprometidos y socialdemócratas del sindicato de profesores de California se llevarán sus pensiones, el día de su jubilación, a un estado bastión de los republicanos con baja fiscalidad.

El comercio y la riqueza de las grandes ciudades creció cuando éstas se destacaron como centros de transporte; pero el transporte pasó a ser aéreo, y unos aviones más grandes y un mayor tráfico aéreo conllevaban aeropuertos más grandes

y más alejados de los centros urbanos, así como traslados diarios más largos y engorrosos.

El coche permitió el traslado a la periferia, lo que conllevó más vehículos en la carretera y más horas improductivas de desplazamiento diario.

Los Ángeles tiene la mayor concentración de talento teatral del mundo, pero nuestros teatros son mausoleos, ¿por qué? Tras pasarse el día en medio del tráfico, nadie quiere meterse otras dos horas de coche. *Finita la commedia.*

Todos los organismos evolucionan, prosperan y mueren. Las grandes ciudades, inveterados bastiones del Partido Demócrata, han atajado los problemas espantando a la gente productiva con impuestos y pagando a la gente para que se quede allí —a través de las prestaciones sociales—, o para que vengan a las «ciudades abiertas» o campamentos para los sintecho.

Sin embargo, esto tiene la misma utilidad que dar de comer a una mascota muerta.

El hámster, aquí, es el comercio. En las ciudades, la pandemia, el confinamiento y los disturbios revelan lo verdadero que es ese antiguo adagio burocrático: nunca te tomes vacaciones. Podrían darse cuenta de que no te necesitan.

33

Disons le mot

Mi querido Clover Park ha vuelto a la vida. Con sus siete hectáreas de paseos, campos de juego y zonas de pícnic. Justo al norte del aeropuerto de Santa Mónica.

Uno puede pasear, hacer ejercicio, sentarse en un banco y mirar los aviones que despegan y aterrizan, ver a los niños jugar y a las familias de pícnic. Aquí, siempre es por la tarde, y la temperatura, de 22 grados.

Y hasta 2013, uno podía citarse con un entrenador en el parque. Veíamos entrenamientos personales de boxeo, de *jiu-jitsu* y en circuito, y clases de *chi kung*, taichí y yoga.

Entonces llegó el Ayuntamiento e insistió en que todos los entrenadores personales se registraran y pagaran a la ciudad unas tarifas de muchos dólares anuales, lo cual no puedo calificar de «protección» sólo porque me lo prohíbe mi innata delicadeza. Así que desaparecieron los entrenadores y sus clientes.

A los alumnos de los colegios privados los llevaban al parque para que hicieran ejercicio y jugaran, y puede que los colegios «subiesen a ver al capitán» (en chicaguense: pagaron al tipo correcto). O quizá no.

En cualquier caso, los entrenadores personales se fueron del parque. Téngase en cuenta que esto es en Santa Mónica,

donde empezó el fenómeno global del culturismo, en Muscle Beach, la «playa de los Musculitos».

Y hoy podemos maravillarnos ante la prosperidad que generó. ¿Quién habría pensado que se podían ganar esas inmensas fortunas con la calistenia, o siquiera algún dinero con la gente a la que le gusta correr, antes considerado un ejercicio para el que sólo hacían falta los pies y la tierra?

Pero el Ayuntamiento, esos Robin Hoods urbanos, ahuyentó a los entrenadores y, con ellos, no sólo el dinero que ganaban y gastaban aquí, sino a los ciudadanos que pagan con sus impuestos el uso del parque. Pero resulta que hace poco volvieron los entrenadores y sus clientes.

No sé si es que el Ayuntamiento ha mostrado, o bien compasión, o bien sentido común, lo cual sería impropio de él. Cosas más raras han pasado, pero no por estos lares. En cualquier caso, las señales disuasorias para los entrenadores han desaparecido: ha vuelto la gente de la gimnasia. Y el parque está vivo con los chavales. Me pone muy contento, no sólo porque estén fuera, al aire libre, sino también porque no están en la escuela.

California tiene los impuestos más altos del país, y nuestros colegios se clasifican en el puesto 37.º, supongo que por caridad. Pensemos en esta aparente contradicción como una solución (no creo que tenga sentido considerarla otra cosa): la cleptocracia de partido único de California no podría existir sin el apoyo de un electorado ignorante.

«Educado por los progresistas» es el equivalente moderno de las «descalzas y embarazadas».[1] Lo dice uno que ha visto pasar a cuatro hijos por las escuelas privadas y públicas del

Westside de Los Ángeles y que ha sido profesor la mayor parte de su vida.

Yo me eduqué en el horror de los colegios públicos de Chicago. Muchos de mis profesores habían nacido en el siglo XIX; los pupitres de madera estaban fijados al suelo con bases de hierro y había tinteros de cristal. Acababa de implantarse el uso de los primeros bolígrafos, aunque la lata de tinta con que nos rellenaban los tinteros aún seguía al lado de la mesa del maestro.

No aprendí ni una maldita cosa. Podría haber ayudado a mis calificaciones, si no a mi educación, haber abierto alguna vez un libro de texto, pero me producía un aburrimiento catatónico y me avergonzaba no ser capaz de adoptar la, para mí, imposible alternativa del esfuerzo absurdo.

Sin embargo, fuera de las horas lectivas leía vorazmente y, sin duda, mejor que los maestros. ¿Cómo lo sé? Porque nadie con curiosidad o amor por el aprendizaje o por el lenguaje podía subsistir durante décadas pontificando sobre la misma basura anodina. Ni tampoco puede hoy.

Thomas Sowell señala que, de llevar las mismas competencias y niveles de educación al mercado libre, la mayoría de los profesores ganarían el 55 por ciento de su actual salario. Y, de un tiempo a esta parte, los Gobiernos caritativos, en reconocimiento de… (complétese el espacio en blanco), siguieron pagándoles mientras privaban a los contribuyentes de los servicios por los que habían pagado.

Por supuesto, la izquierda se opone a los colegios concertados. Se oponen a la educación. Los profesores son, para la izquierda, una clase protegida, lo que es mero sentido común: son una máquina de dinero, que paga favores al partido, y proveedora del servicio básico del adoctrinamiento. En

mi juventud, a esto se le llamaba «socialización». Creo que esto significaba aprender a sentarse, callarse y prestar atención. A mí me costaba mucho, como a ti, prestar atención a algo que ni me interesaba ni permitía albergar la esperanza de algún beneficio posterior.

Pero los colegios de hoy son muchísimo más peligrosos que los de antaño, porque ofrecen ambas cosas.

Los esperpentos de la «educación sexual» y la emoción de las protestas son irresistibles para la mente joven. ¿A qué dedican su tiempo libre, sino a fantasías de sexo y poder? Y presentarles la doctrina significa, para ellos, la certeza de este futuro beneficio: y ese beneficio —adquirido a través de la pasividad— es la inclusión; es decir, estar exento de la marginación, las listas negras y otros anatemas relacionados.[2] *Disons le mot*.[3] Es hora de dejar de dedicar a los profesores, por sistema, elogios como «esforzados trabajadores», «entregados» y «mal pagados».

Lleva muy poco tiempo el vanagloriado «plan de estudios», ese pesado trabajo que se supone que les consume las tardes, las noches y los fines de semana. Y no lleva nada de tiempo sacar de su carpeta el plan de estudios del año anterior.

Lleva poco tiempo corregir exámenes y no es una tarea pesada. La solución matemática es correcta o no lo es, a simple vista, y los trabajos son cortos y, ahí, sólo hace falta echar un vistazo.

Algunos profesores son buenos. Algunos, de hecho, son una inestimable bendición para el estudiante. He conocido a unos pocos así, y probablemente tú también. La mayoría de ellos no estaban vinculados a ninguna escuela, pero eran sa-

bios y entusiastas a la hora de transmitir sus conocimientos (fuesen mecánicos o filosóficos) a aquellos ansiosos por aprender. Nos acordamos toda la vida del querido profesor de taller o entrenador. ¿Quién se acuerda de un profesor de lengua?

¿Estoy defendiendo, pues, la abolición de los colegios?

Sí. ¿De qué sirven?

Los niños están aprendiendo más en el parque que en el colegio. ¿Qué están aprendiendo? Algo, al menos. ¿Cómo no iban a hacerlo? Son motores móviles de curiosidad.

Pueden aprender a leer con la ayuda de sus padres o hermanos mayores. Habiendo aprendido a leer, pueden aprender todo lo demás que necesiten.

Cabría preguntar: ¿cómo conseguirán trabajo?; pero: ¿cómo conseguirán trabajo vendiendo diversidad, o justicia social, o publicitando un título de la escuela de cinematografía?[4]

Todo esto tendrá que existir con algún tipo de prestación social. No es de extrañar que la izquierda quiera que la universidad sea gratis; ellos reciben a cambio un votante ignorante y dócil.

Se decía que la educación en las artes liberales permitía al niño seguir sus instintos, al estar en contacto con diversos temas y modos de pensamiento.

En aquellos tiempos olvidados, todos sabíamos que era mentira, pero todos seguíamos la broma.

Sin embargo, ni siquiera eso —una hoja de parra para la pereza intelectual de los padres y el complacido asentimiento de los aspirantes a universitarios— sigue existiendo. Nadie sabe ahora por qué se manda a los niños al colegio. Y, en la resaca de la peste, podríamos preguntar por qué se los manda al parvulario. Sirve como guardería, por supuesto, y esto

no supone una ventaja desdeñable para los padres que trabajan. Pero, si quieren que sus hijos lleguen a ser autónomos en algún momento, los padres podrían replantearse esos doce años de desperdicio de curiosidad intelectual, receptividad y maleabilidad.

Ese período irremplazable no volverá, pero la costumbre de memorizar la doctrina permanecerá indeleble.

34

El arte, el tiempo y la locura del viejo

Lo que motiva al escritor, como a la ostra, es la afrenta. Las humillaciones, o tal vez los maltratos, que se saborean en la infancia son el calambrazo que hace funcionar la creatividad de quienes poseen ese potencial. La creatividad también puede nacer como reacción a las afrentas impersonales: a la confusión, por ejemplo, o al asombro.

No me refiero al asombro ante la belleza del mundo, sino ante su absurdidad, su crueldad o su injusticia. Esto es muy distinto de la compasión, que significa solidarizarse con el sufrimiento.

El arte no tiene nada que ver con la compasión. Se acerca mucho más a la crueldad, pues no tiene conciencia. El impulso artístico se estimula con lo que está mal, como la ostra se estimula al ser molestada.

Los faltos de talento parecen sentir «una sensación de asombro ante la belleza del mundo». Eso puede darnos, en el mejor de los casos, la anodina poesía de Robert Frost, pero no la de Yeats.

Los faltos de talento, conmovidos por la naturaleza, fotografían las puestas de sol, intentando apostrofar la obra de un creador anterior. En cambio, el «asombro» del verdadero artista es un intento, consciente o inconsciente, de metabolizar algún malestar o desorden. El resultado, el arte, es un

reordenamiento de la experiencia y la percepción en un nuevo fenómeno. Su fin no es «expresar» nada.

Porque si la condición y la intención del artista fuesen reducibles a un significado terminante —lo hiciese él o su público—, el producto podría ser propaganda, o entretenimiento, pero no puede ser arte. ¿Intentaba Chagall recordarnos que las cabras vuelan?

La búsqueda de significado en el arte se parece al afán por «cerrar una etapa» en las relaciones humanas, o al análisis en la terapia: todo se basa en una conclusión predeterminada y en iniciar un supuesto proceso de investigación que conduzca a los participantes a ella.

Eso sí, los faltos de talento, sin ser conscientes de su carencia, siempre han tratado de apropiarse de él o de justificarse. A los críticos de arte, a los comisarios y demás, se les abre la posibilidad de una carrera profesional, si la aceptan, basada en la desacreditación. No se trata de que los locos hayan tomado el manicomio, sino de un cambio en el organigrama.

Los artistas son unos bichos raros. Esto no significa en modo alguno que seamos inferiores, sino que somos anomalías, mutaciones aleatorias desechadas por el mismo acervo génico que produce la esquizofrenia y la coordinación oculomotora perfecta.

Un millón de chimpancés con un millón de máquinas de escribir no podrían crear las obras de Shakespeare, ya que, probabilidades aparte, ¿por qué querrían hacerlo?

Sin embargo, el artista no tiene más remedio.

Samuel Beckett fue el mayor dramaturgo desde Shakespeare. Por ejemplo: «Tienes que seguir. No puedo seguir. Seguiré» (de *El innombrable*).

Ninguna de las recompensas del arte supera la paz de ese breve lapso entre la culminación de un trabajo y la llegada del siguiente encargo. Todos preguntamos, o queremos preguntar: «¿Qué se siente?». Pero las entrevistas y las biografías tienen que ser ficciones; porque, de nuevo, como el psicoanálisis, parten de una premisa tácita (el arte se puede explicar mediante referencias a experiencias ya conocidas: «Escribí la *Obertura 1812* porque oí un cañón») y rellenan los espacios en blanco para satisfacer el ego o apaciguar, confundir o impresionar a quien hace las preguntas.

Como tú, recibo cartas, mensajes de texto, etcétera, que me resultaría engorroso responder. También me mandan libros y obras para que dé mi opinión. Lo segundo es una imposición, pero cuando era joven también yo se lo imponía a los ya consagrados, así que me siento obligado a responder. Siento esa obligación, pero la rehúyo cada vez más.

Eso sí, todos conocemos la inspirada táctica escapista de cambiar de pila las peticiones ofensivas. Al cabo de un tiempo, van perdiendo fuerza con el trasiego. Sin embargo, el remitente puede, y suele, preguntar si hemos recibido el mensaje. ¿Qué se puede hacer entonces? Se puede mentir y decir: «No lo recibí»; en cuyo caso volverá a mandarlo y empezará de nuevo el trauma.

Se puede responder a la petición y tratar de sobrellevarlo, maldiciendo al remitente y el hecho mismo de que tú hayas nacido. O se puede no responder, directamente.

Esto último tiene la ventaja de brindarte un momento de desquite, pero también el defecto de infligir incomodidad, dolor o humillación al remitente.

Ninguna de las alternativas es buena y hay que elegir entre ellas.

Aunque últimamente el tiempo acude en mi rescate.

A medida que envejecemos, nos volvemos más circunspectos en nuestro interés por la situación de los demás. Antes, al preguntarle a alguien de cuarenta y pico años por su esposa, lo probable era que te dijera que se había divorciado. Preguntarle a alguien de sesenta y pico años «¿cómo estás?» puede provocar un aluvión de desafortunada información médica.

Pero —y aquí viene lo bueno— al de ochenta y pico años que le pregunten por su esposa puede responder que está muerta. Así, década a década, aprendemos a no hacer la elocuente pregunta. Es una observación común que no sirve de mucho, salvo para mí. Porque me di cuenta de que no tenía que responder a ningún intento de comunicación, ya que el remitente quizá podía pensar que me había muerto. Eso sí que es aprovechar bien el concepto del tiempo.

Hasta ahí lo que respecta al tiempo. ¿Qué utilidad tiene el arte? Ninguna; no más que una puesta de sol. Pero hoy he pasado con el coche por delante de un famoso museo y vi un cartel que anunciaba: «Arte para un mundo más justo». El arte no tiene mayor posibilidad de hacer el mundo «más justo» que los políticos de hacerlo más bello. ¿Quién puede decir qué es justo? Los tribunales, según la ley. ¿Son injustos? Por supuesto. Como todas las empresas humanas.

Lo que quieren decir los inspirados comisarios es que están exponiendo obras que transmiten la idea de que tal o cual gente sufre y que hay esta o aquella solución evidente, que se adoptaría si no fuera por la crueldad de un grupo u otro. Pero, aunque esto permita a los comisarios pagarse el alquiler y quizá evita a los presuntos artistas buscarse un trabajo, ¿qué espectador se beneficia? Repuesta: todos, porque acuden como acto de rectitud moral.

El arte en sí mismo no tiene finalidad, pero sí tiene su utilidad. La ostra no puede usar la perla, y quienes la contemplan pueden admirar su belleza, pero eso no les permite entender la perla, la belleza o la ostra.

El cartel del museo me irritó; o, mejor dicho, atizó mi ya constante estado de irritación. Un proverbio yidis dice que tener una mujer mayor en casa es una bendición, pero un hombre mayor es una maldición.

Como ya dijo Yeats:

Los viejos observadores bien lo saben;
y cuando saben lo que cuentan los viejos libros,
y que no hay nada más que rascar,
saben por qué un viejo debería enloquecer.[1]

35

Ardid de paz

Los educadores, tan subempleados, han dicho hace poco que las competiciones deportivas escolares engendran el impulso hacia el conflicto. Sin embargo, cualquiera que se haya molestado en observarlas habrá visto que dichas competiciones —que, por supuesto, son conflictos— sirven de válvula de escape para el exceso de energía y que, además, no es destructiva, sino creativa: la salud física, el espíritu de equipo, la valoración de la excelencia, etcétera. Estas lecciones escolares perduran más en el recuerdo que todas las clases de historia europea, literatura y otras mezclas de hechos y opiniones. Con la actual moda de «replantearse» los deportes escolares no se pretende remediar un problema, sino remediar una solución. Del análisis de este desnortado jolgorio se pueden extraer algunas ideas útiles.

Ciertos funcionarios del sistema educativo, tras señalar que la guerra es mala, han dictaminado que el juego de la guerra de la cuerda, o del tira y afloja, pase a llamarse «cuerda de la paz».

Pensemos en dos equipos contrarios que tiran de una soga, un juego al que llamaremos «cuerda de la paz». Al final de la competición, ¿qué habrá demostrado el equipo más fuerte? Que su concepto de paz —pues así se llama el juego—

ha prevalecido irrefutablemente sobre el de sus contrincantes. Ésta es, claro está, la definición de *guerra*.

Siempre se puede hallar la «paz» por medio de la sumisión —llamada «derrota» en el ámbito deportivo y «rendición» en el bélico—, que el pacifista experimenta antes del combate como razón, y después como esclavitud.

Dichas circunstancias son sólo temporales, pues la única paz completa es la de la tumba. El vencedor y el vencido, el pacifista y el guerrero, la guerra de la cuerda y la cuerda de la paz: todo es progreso sisífico. Salvo la muerte, ninguna culminación humana es definitiva. Encontraremos a quienes ofrecen eso mismo en el continuo de idiotas, ideólogos y proveedores de ungüentos mágicos, y en el de los rufianes y dictadores que inevitablemente los suplantan.

El agresor sugiere el diálogo como estratagema sin costos. Quien tome en consideración esa táctica de bandera falsa ya habrá sido derrotado.

Un evento deportivo no es sólo una competición de fuerza y voluntad: disfrutado a través de otros, es un ensalzamiento de la esencia de la vida humana, que es el juego de antagonismos.

Que en la actualidad se denigren los deportes de contacto por promover la violencia es un síntoma tardío de una cultura narcotizada por la prosperidad. Lo vemos en el ámbito de la política exterior, en la noble proclama de que nos iría mejor si simplemente nos «llevásemos bien»; es decir, si la cultura, que en ese momento se siente estupenda, les contara a sus agresores que «todos queremos las mismas cosas» y los invitara a llamar a esas cosas «identidad».

Uno de los ejemplos más deleznables de intromisión en el deporte es cómo la izquierda ha destruido los derechos de las

mujeres que tanto costó conseguir amparándose en el Título IX.[1] La destrucción del atletismo femenino en aras de la equidad es, como las ignorantes acusaciones que se vierten en Occidente contra el Estado de Israel, una negación del esfuerzo y del logro legítimos; es sostener, a todos los efectos, que jugar limpio es hacer trampas.

La desacreditación de Israel es antisemitismo, y la destrucción de los deportes femeninos es misoginia. Y la «cuerda de la paz» no es, en definitiva, el intento de prohibir la guerra, sino de degradar las luchas cuyos resultados son incontrovertibles. Me abstendré de aludir a las últimas elecciones.

Orwell situó en 1984 la consumación de una distopía. Aquí, la paz es la guerra, y la libertad es esclavitud. Dados los dos mil años de cultura judeocristiana, sólo erró el 1,25 por ciento en su predicción.

Además de en el colegio, podemos llamar «ardid de paz» a nuestras estratagemas en Oriente Próximo, donde a las sempiternas condenas al Estado judío se las llama «proceso de paz», al igual que en nuestras ciudades la izquierda insiste en lo fácil que sería «integrar» el vandalismo violento y los robos si empezásemos a llamarlo «protesta».

Pero en el cómputo también hay que incluir la hipocresía —el resto por resolver—, como en cualquier operación matemática. Las víctimas de la neolengua, sean los comerciantes arruinados por los disturbios o la diáspora judía obligada a hacer frente al antisemitismo, o bien tienen que someterse (es decir, reprimir su conmoción e indignación), o bien reconsiderar su postura.

En el primer caso, esas percepciones reprimidas aflorarán por fuerza como odio hacia los que no se han sometido, cuya integridad constituye una afrenta, por supuesto. Es una op-

ción cómoda y lógica. Sin embargo, el segundo caso sentencia a la persona a un cierto grado de esfuerzo y dolor. Se llama libertad.

El Antiguo Testamento también se conoce como los cinco libros de Moisés. La suya es una historia de represión, porque a todo en su vida se le ha cambiado el nombre. Es un niño judío cuyo destino es ser asesinado. Lo salvan y lo educan como príncipe egipcio, pero, al ser testigo de la persecución del esclavo judío, defiende a los judíos, y el faraón toma nota de su decisión.

Durante toda su vida, los egipcios han intentado asesinarlo cada vez que lo han identificado como judío. Él, consciente de esto, lo deja todo y huye al desierto. Ya no puede pasar por egipcio y, como no sabe nada de los judíos, no se plantea vivir con ellos (véanse los izquierdistas judíos de hoy). Así que se convierte en un ermitaño. Entonces, un día, ve una zarza que arde, pero no se consume por las llamas. Dios le habla desde la zarza y le dice que vuelva a Egipto a liberar a los judíos.

¿Qué es esa zarza en llamas que no dejará de arder? Es su mente. Vivía una mentira en la comodidad del palacio, y ahora está viviendo una mentira en la ilusión del «desentendimiento». El arbusto no dejará de arder hasta que confronte la verdad.

La verdad de una lucha existencial no puede «hallarse en algún punto intermedio». Entre la guerra y la paz tiene que haber uno u otro resultado. Como debe haberlo entre la libertad y la esclavitud.

36

La lezna que atraviesa la oreja

La principal finalidad de los autos de fe de la Inquisición no era castigar la herejía, sino disuadir de ella. Hemos visto lo mismo ahora con el acoso al presidente Trump: «Si podemos hacerle esto a la persona más poderosa del mundo, ¿qué crees que te podemos hacer a ti?».

La estrategia es la ya señalada por Musashi (1584-1645), el mayor maestro de la espada de Japón, en su clásico de las artes marciales *El libro de los cinco anillos*. La estrategia se llama «sujetar la almohada», que significa infligirle una derrota tan concienzuda a tu rival que no se atreverá a pensar en vengarse, ni siquiera a fantasear con ello.

Ésta es la finalidad del terror: no sólo quebrar la voluntad del que es tu rival en ese momento, sino también de los que puedan serlo en el futuro, de modo que, si quieren conservar algo de autoestima, habrán de aceptar e incluso aplaudir las restricciones; lo que es, a todos los efectos, inducir al esclavo a amar sus cadenas.

En Génesis 15, al siervo se le ofrece su libertad, pero éste protesta porque, como ama a su esposa y a sus hijos, prefiere quedarse y servir a su señor. Su señor agarra entonces al siervo, le horada la oreja con una lezna y lo deja clavado a la puerta, convertido en esclavo a perpetuidad.

El siervo explica su osadía como amor por su familia; no decide sacrificar su posición actual (la esclavitud) por las incertidumbres de la libertad. La horadación de la oreja con la lezna se interpreta, entre otras cosas, como la perforación del tímpano que abrirá el paso a la oferta de libertad del amo.

Ahora estamos inmersos en una gran guerra civil. Es la oferta de libertad (la democracia constitucional estadounidense) lo que está en liza, y la tiranía de la izquierda le enseña la zanahoria y el palo a una población legítimamente preocupada.

El palo es la inclusión en listas negras, el acoso y las acciones legales que, si nos descuidamos, ya no serán meras acusaciones culturales, sino demandas penales seguidas del encarcelamiento y, después, del asesinato autorizado. La zanahoria es una explicación aceptable para el sometimiento: no es cobardía ni pasividad, nos dicen, sino una legítima preocupación por los valores humanos.

Estos valores no son los de la religión ni los de la Constitución; carecen de cualquier prueba textual y, por tanto, se pueden invocar *ad libitum*. Además, cada persona, recompensada por su observancia, cuenta con el honor añadido de poder contribuir con sus inventos. Si es encomiable tratar a las mujeres y a los hombres como iguales, cuánto más lo será tratar a las mujeres como seres superiores; y, dada la insaciable necesidad humana de novedad, proclamar luego que no hay mujeres ni hombres, y luego, como se pudo oír en sede parlamentaria, que es censurable hablar de «padres» y «madres», etcétera.

Este devenir de los acontecimientos es el palo y la zanahoria de la tiranía: se ofrece la seguridad por medio de la aceptación de la herejía y un ascenso por desarrollarla.

El camino hacia la esclavitud puede acabar, o bien con la derrota del terror, o bien con su completo dominio del organismo atacado.

La resistencia de la derecha ha estado coartada por su adhesión a la ley; porque, para un conservador, ¿qué mayor delito puede haber que adoptar el terror (el rechazo de la ley) para preservar la ley? (compárese esto con la guerra de Vietnam: «Destruimos la aldea con el fin de salvarla»).

La epidemia de la COVID-19 y los disturbios fueron el hada mala junto a la cuna de un renacimiento constitucional conservador; es decir, de un Gobierno del..., por... y para...

La peroración de Lincoln siempre se ha pronunciado mal. La oímos y la repetimos poniendo el énfasis en las preposiciones, porque nos gusta su ritmo. Pero su intención era rendir homenaje al sustantivo, y así debemos entenderla; es decir, «del *pueblo*, por el *pueblo*, para el *pueblo*». A los tertulianos políticos les encanta decir que su candidato es capaz —y el candidato contrario, incapaz— de «unir» al país.

Si entendemos que eso significa la completa unanimidad, ésta sólo se puede encontrar en un Estado esclavo. Si lo que significa es un acuerdo universal, no podríamos conseguir la «unidad» ni siquiera en nuestras familias. La familia, el lugar de trabajo, la comunidad y el país se componen de personas muy diversas y de su aglutinamiento en facciones. Esa disparidad de opinión, en la política, no sólo es inevitable: aceptarla es un síntoma de buena salud.

Cuando todos los políticos coinciden en algo es que se ha comprado a alguien, porque ¿cómo pueden ser idénticos los intereses de sus distintas circunscripciones electorales? En lo único que pueden ser idénticos es en el amor por el dinero y el poder.

La razón de ser de la Constitución no es proporcionar «unidad», sino afirmar y exigir el sometimiento de los intereses desaforados a unas leyes previamente acordadas (y, por tanto, seamos conscientes o no, a las costumbres subyacentes a dichas leyes).

Los funcionarios electos juran defender la Constitución. Cuando no cumplen estrictamente ese juramento, tenemos la anarquía que está metastatizando a nuestro alrededor.

El juramento constitucional debe tener prioridad sobre la política de partido. ¿Es eso posible? No. De ahí que tengamos elecciones: para echar a la panda de zánganos de turno y probar otra vez.

«Boss» Tweed dirigía el Tammany Hall de la ciudad de Nueva York y la política del estado a finales del siglo XIX. Fue condenado por robar entre 200 y 400 millones de dólares de varias arcas públicas. Antes de su condena, su indiscutido poder era tal, que pocos fantaseaban siquiera con enfrentarse a él. Su lema, adoptado por la actual izquierda del Congreso, era: «¿Y cómo piensas impedírmelo?».

La respuesta, en el Chicago de Daley, en el Nueva York de Tweed o en el Washington de Pelosi, era y es: «No, yo no, jefe, pero si puedo serle útil en algo, ¡aquí me tiene!».

Si la delación no acaba protegiendo al cobardica, le puede servir por el momento para distraer a los jacobinos. Y qué maravilla si además lleva aparejado el mérito de la superioridad moral.

Comprendo que un sindicato de auxiliares de vuelo apruebe la decisión de no llevar a bordo a ningún «insurrecto».[1] Pero ¿quiénes son, o eran, los insurrectos? ¿Y qué se consideraba «insurrección»? Hubo vandalismo en los pasillos del

Congreso, mataron a un policía del Capitolio y algunas pobres mujeres murieron. Pero si éste fuese el trágico fin de una manifestación pacífica amparada por la ley, ¿cómo podrían los auxiliares de vuelo afirmar su superioridad moral? ¿Y a qué auxiliares de vuelo les correspondería determinar quién es un insurrecto? ¿Según qué definición, tras acceder a qué información y con qué esperanza de apelar a ella?

Así que vemos a las víctimas de la disonancia cognitiva, a quienes la conmoción las lleva a identificarse, en su cabeza, con el nuevo faraón. Los sindicatos de profesores, asimismo, están presionando para que se apruebe una ley en California que ilegalice las escuelas privadas. Y en internet vemos un anuncio en el que aparece una profesora con mascarilla y una camiseta que reza: «No puedo enseñar nada si estoy muerta».

Bueno, nadie puede hacer nada si está muerto, pero, sobre todo, los profesores no podían enseñar nada cuando estaban vivos, y durante la pandemia no quisieron hacerlo, a pesar de que seguían cobrando dinero de los contribuyentes.

Una revista del sector aeronáutico publicó un artículo de una alta ejecutiva negra sobre «cómo tratar con los hombres blancos». ¿Qué hace esta respetada revista técnica publicando una lección sobre política identitaria?

He aquí una explicación de los espectáculos *Ziegfeld Follies*.

Bert Williams fue la mayor estrella de Broadway. Se incorporó a los *Ziegfeld Follies* en 1910 y, entre sus varios triunfos, sacó esta joya:

Los dados de marfil con puntos de ébano
a menudo te llevan al cementerio.

Anoche una partida provocó una pelea,
que acabó con un tiroteo.
Yo era el más alejado de la puerta,
los demás salieron antes por ella.
Un cuerpo yacía muerto en el suelo,
y alguien dijo a través del hueco:
«Alguien tiene que quedar atrás,
alguien tiene que esperar;
para que al llegar la policía pueda explicar
cómo es que acaba de palmar.
Al hombre que se quede y acabe la faena,
la fama le espera».
¡Qué maravillosa oportunidad para alguien!
Para alguien, ¡no para mí![2]

37

Buenas noches, Irene

Así que los hombres comían, y bebían, y reían, aguardando la llegada del caos, tranquilizados por la creencia de que la atomización de su mundo volvería a recomponerlos con otra forma, sin causarles mayor molestia.

ANTHONY TROLLOPE,
North America (1861)

Tal vez ridiculicemos, despreciemos o compadezcamos a las sectas convencidas de que se acerca el fin del mundo.

Es desconcertante que haya personas que vendan o abandonen todas sus pertenencias y se congreguen en la cima de una montaña a esperar el Arrebatamiento, pero su locura no dista demasiado de nuestra devoción cotidiana por las salvaciones recién descubiertas: las estrategias de gestión del patrimonio que son como la piedra filosofal y cremas inertes como el elixir de la vida.

Sin embargo, tenemos un sistema de memoria a prueba de fallos para cuando nos hemos comportado como locos. Los habitantes de Salem, después de dieciocho meses de histeria,[1] simplemente se olvidaron, colectivamente, de lo inexplicable. Los alemanes, un pueblo pragmático, se reinventaron a sí mismos: del salvajismo nacional pasaron al victimismo, y los años de la guerra se describen ahora como una ocupación nazi.

Desde las victorias de Napoleón, parece que el lema nacional de Francia haya sido: *«Nous sommes trahis»*;[2] los ciudadanos de la Estados Confederados de América y sus descendientes durante más de un siglo consolidaron su comunidad identificándose con la Causa Perdida, al igual que los escoceses jacobitas.

No sólo se olvidó a Harvey Weinstein, al que una reverenciada actriz llamó «Dios»; también se olvidó el atroz comentario de la actriz.

Freud dijo que la única manera de olvidar es recordar, pero sus discípulos Alan Bergman, Marilyn Bergman y Marvin Hamlisch escribieron en el tema «The way we were» [Tal como éramos] (1973): «Lo que es demasiado doloroso recordar / preferimos olvidarlo sin más».

Podemos imaginar cómo los creyentes escatológicos llegaron a reunirse en lo alto de esa colina donde pensaban que ascenderían al paraíso por arte de magia.

Pero ¿cómo bajaron?

¿Cómo conciliaban la desafortunada realidad de seguir vivos con su valiente y supuesta devoción terminal?

¿No debieron sus líderes —que fueron lo bastante astutos y persuasivos para hacerles subir la colina— haber improvisado una explicación aceptable, aunque por fuerza enrevesada, de por qué seguían vivos? Por ejemplo: «El mundo que conocíamos ha muerto; si exploráis vuestro corazón, descubriréis que ha cambiado, y que probablemente vuestra mente estará igual de asombrada porque quizá os parece que seguís viviendo. El cataclismo predicho ha tenido lugar, pero somos los únicos de la humanidad a los que se les ha permitido entenderlo».

¿Por qué un grupo encantado de aceptar la primera premisa iba ahora a resistirse a la segunda? ¿No bajarían de la colina a ser recibidos por sus vecinos, sin sentir vergüenza, sino lástima por ellos —esos pobres tontos que no se enteraron de que el mundo se había acabado—, contentos de que al final sólo fuese una cuestión de definiciones?

Los grupos religiosos y pseudorreligiosos se han congregado a lo largo de la historia en tal o cual terreno para disfrutar de la comunión de los últimos momentos.

El impulso de unirse y marchar por ahí sigue con nosotros con las marchas contra el racismo sistémico, el cáncer/la opresión o el presidente Trump.

La fecha de cada apocalipsis anunciado va pasando; y los congregados, como los que esperan en la colina, tienen que olvidarse de sus pronósticos errados y pasar página.

Hoy, la gente con estudios niega con la cabeza cuando oye hablar de los temores medievales a las colas de cometas, pero también cree que el mundo se va acabar a causa del calentamiento global.[3]

Como sus pronósticos caducan, la nueva amenaza sustituye a la antigua, y lo antiguo cae en el olvido cual Harvey Weinstein. (¿Quién se acuerda del terror por la gripe porcina, el sida entre los heterosexuales o el efecto 2000? Y, con el tiempo, se añadirá la pandemia de la COVID-19 a la lista.)

¿Somos los occidentales de hoy más ingenuos que nuestros antepasados? Nos cubrimos el rostro con jirones de algodón, esperando ganar en astucia al virus, al igual que los antiguos se colgaban ristras de ajos alrededor del cuello para protegerse de los hombres lobo y llevaban pañuelos con olor a clavo para repeler la peste bubónica.

No, no somos menos ignorantes que nuestros predecesores, pero, a diferencia de ellos, hemos tenido una excusa para nuestra idiotez de rebaño: la bomba atómica.

La mía fue la primera generación de la historia en crecer bajo la posibilidad real de la aniquilación mundial instantánea. Nosotros, que de niños nos escondíamos bajo la mesa para protegernos de la incineración, hemos vivido con miedo —a veces activo, otras latente por un tiempo— toda la vida. Desde la bomba, los medios de comunicación de masas y los políticos han comercializado el pánico para vender mercaderías o adquirir poder.

He aquí dos visiones catastrofistas de los albores de la era atómica. La novela *La hora final*,[4] escrita por Nevil Shute en 1957, está ambientada en Australia. Un holocausto nuclear ha acabado con toda la vida en el hemisferio norte. Los vientos preponderantes están empujando la fatal lluvia radioactiva en dirección sur. Los australianos se disponen a proseguir dignamente con su vida. A las familias se les suministran píldoras letales y jeringuillas para que se las inyecten a sus hijos pequeños. Un submarino estadounidense destacado en Australia parte al norte en una misión de exploración y descubre que ha desaparecido toda la vida humana. Regresan y los reciben con la resignada tristeza de los últimos seres humanos de la tierra, y con las palabras: «No tardará mucho».

Y ésta es la que me aterrorizó: el episodio de *La dimensión desconocida*[5] titulado «El sol de medianoche», emitido el 17 de noviembre de 1961. La Tierra se sale de su órbita a causa de una explosión nuclear y está ardiendo. De los habitantes de Nueva York quedan una joven y su casera: el resto ha huido al norte, ha muerto en los incendios o se ha suicidado.

Las dos mujeres ven cómo empieza a burbujear la pintura de la pared y recitan sus despedidas. La más joven entra en coma. Despierta y descubre que sólo había sido un sueño. Su momento de alivio, y el nuestro, termina cuando ella recuerda y nosotros descubrimos que, en realidad, la tierra se está congelando, y que morirá pronto a causa del frío. He aquí la alocución final (escrita y pronunciada por el creador de la serie, Rod Serling): «Los polos del miedo, los dos extremos de la condena a la que podría verse abocada la Tierra. Un pequeño ejercicio para cuidar y alimentar una pesadilla, respetuosamente enviada por todos los observadores climatológicos de la dimensión desconocida». (Gracias a Wikipedia.)

A lo largo del último año me he preguntado a menudo, y quizá tú también, si en realidad estamos viviendo un sueño.

Los escritores de novelas de porno y acción suelen recurrir a exponer los pensamientos del héroe en medio de un tiroteo: «"Dios mío, esto es como una película", pensó».

Pero las continuas conmociones del año pasado no parecían una película, por lo que, después de todo, tenemos la tranquilidad de que, al final, todo se enderezará.

El año pasado parece un sueño. Y muchos nos hemos dicho, al despertar: «Imagina que esto estuviera pasando de verdad…».

No me refiero a los síntomas que nos han vendido —una pandemia, los disturbios, un intento de golpe de Estado, la corrupción terminal de los funcionarios electos y sus amos y secuaces—, sino a un horror subyacente tan terrible que ocuparse de esos síntomas resulta un alivio.

Podemos, según el gusto de cada cual, aceptar, negar o racionalizar poco a poco los acontecimientos del año pasado: una opción menos devastadora que entender su confluencia

como la muerte de Occidente, lo que podría ocurrir. O del Occidente que conocíamos, lo que ya ha ocurrido.

38

Himno de retirada

Dios de nuestros padres, conocido por los ancianos,
Señor de nuestra más avanzada línea en la batalla,
bajo cuya mano terrible mantenemos
el dominio sobre la palmera y sobre el pino.
Señor de los Ejércitos, queda entre nosotros,
así nunca olvidaremos, nunca olvidaremos.

RUDYARD KIPLING[1]

Mi abuelo nació antes de la invención del automóvil. Cuando nací yo, aún vivían muchos veteranos de la guerra de Secesión, y bastantes que habían sido esclavos. He sido testigo de la creación de internet y de la muerte de las ciudades. La edad me ha procurado cierto esparcimiento, experiencia y material para la reflexión.

Las civilizaciones persisten mediante el propósito. La ambición de crear, de lograr, de expandir y, finalmente, de engendrar, de adorar y de entender es el eros: el anhelo del otro.[2] Dios guio a los seres humanos para que fuesen productivos y se reprodujesen, y añadió reglas e ideas para el control por ley de esos impulsos. La negación de nuestra naturaleza humana conduce al rechazo de las reglas para gobernarla y, por tanto, al Creador de ambas cosas. Sin embargo, la negación no erradica la naturaleza humana; sólo proclama que el individuo, con su sabiduría, está exento de ella. La idolatría es la convicción de la exención.

Los seres humanos somos astutos, pero bastante estúpidos. Somos criaturas gregarias, no menos que nuestros perros. Nuestra docilidad, nuestro deseo de sentirnos incluidos y nuestra inerradicable capacidad para engañarnos a nosotros mismos nos conducen al error y la locura, que a su vez nos llevan al pecado y a la autodestrucción.

Hubo estadounidenses, tanto insignes como corrientes, que vivieron y murieron para poner fin al horror de la esclavitud. Una vez acabada, se recurrió una vez más al método, con la segregación y las leyes Jim Crow. La segregación resurgió después como un *apartheid* llamado «diversidad»; el poder no se usurpa ahora por medio de la práctica, sino mediante las acusaciones de racismo, y la posesión de un martillo provoca el delirio de que todo son clavos.

Al médico de urgencias se le presenta un herido, por cuyo bien debe servirse de una adecuada y limitada serie de reconocimientos y procesos que lo conduzcan rápidamente al diagnóstico y a la consiguiente acción o intervención. ¿Respira el paciente, está consciente, sangra? ¿Cuál es su temperatura, sus frecuencias cardiaca y respiratoria? Ni el médico ni el paciente tienen tiempo para abstracciones. El trabajo de ese médico no es considerar la salud general y el estilo de vida del paciente, ni elaborar planes de reforma. El trabajo del médico es asegurarse de que el paciente no muera en la sala de urgencias, un proceso para el cual lo ha cualificado el más estricto adoctrinamiento en esta idea: hay muchas cosas que pueden fallar en el cuerpo.

Esto, aplicado al cuerpo político, es la gran lección de la Constitución.

La Torá, el Antiguo Testamento, es un curso sobre la enfermedad de la consciencia humana, es decir, de la naturaleza humana. Comienza con el pecado de los primeros seres hu-

manos. Este prólogo explica lo que nos encontraremos en el desarrollo. Los pecados y los errores de los primeros seres humanos reaparecen en su progenie: la arrogancia, la cobardía, la falsedad, la ingratitud, la codicia, la lujuria: ya los conocemos todos.

Los Evangelios nos enseñan que después de esta vida uno puede ir a un lugar mejor; pero ¿seremos conscientes de ello? Cuando esta vida fue un lugar mejor, ¿fuimos conscientes de ello?

Algunos sí.

Nunca entendí esa ceremonia religiosa llamada «renovación de los votos» aplicada al matrimonio, pero ahora comprendo que es necesario que los ciudadanos lo hagan con su país, que es, a fin de cuentas, lo que nos une.

Los grandes poetas eran filósofos; es decir, hombres con una pena constante. Incluso los poemas amorosos de Yeats, el mayor poeta inglés desde Shakespeare, tienen un dejo de aflicción.

«Man of constant sorrow» es una canción popular sureña de principios del siglo xx. Es, como las canciones de Huddie Ledbetter y Hank Williams, poesía comparable a la de Yeats.

Plantear el *blues* como la historia de los negros sería igual de fragmentario que referirse al cine como «la historia de los judíos»; ambos se mezclaron para conformar el carácter estadounidense, producto de 250 años de esfuerzo, logro, pena, coraje y crimen, como el de cualquier otro país, sólo que ésta es la historia de nuestro país, el más libre y próspero de la historia.

He sido lo bastante afortunado de haber vivido aquí siempre, y de haber jugado con dinero de la casa durante cin-

cuenta años. Dios bendiga a América, «que esté a su lado y la guíe».[3]

Un poco más de saber judío:

> Si no me escucháis y no cumplís todos estos mandamientos, si despreciáis mis normas, no haciendo caso de todos mis mandamientos y rompiendo mi alianza, también yo haré lo mismo con vosotros. Os provocaré sentimientos de angustia, depresión y agotamiento, sumiendo vuestras vidas en la desesperanza. [...] Enviaré contra vosotros la peste [...], reduciré vuestras ciudades a la ruina y devastaré vuestros santuarios [...], y, cuando vuestros propios enemigos vengan a ocuparla [vuestra tierra], quedarán horrorizados al verla. [...] A los que quedaren de vosotros les infundiré pánico en sus corazones, en el país de sus enemigos; el susurro de una hoja caída los ahuyentará. [...] Caerán sin que nadie los persiga (Levítico).

La Biblia enseña que el pánico a la prosperidad no es un caso cultural aparte, sino la secuela inevitable del rechazo a lo sagrado, es decir, a la gratitud.

Se parece al pánico a la escasez. Esto puede conducir al acaparamiento y, en sus formas extremas, al robo e incluso al canibalismo. El horror del hambre aún se puede mitigar con la comida, pero ¿dónde está la sustancia que pueda aliviar el pánico a la sobreabundancia? Podemos atajar una supuesta carencia de agua potable importándola de Fiyi, y confrontar nuestro terror a las emisiones de carbono comprando lujosos coches eléctricos, pero ¿cómo lo hacemos sin ingresos disponibles? Y podemos proclamar al mismo tiempo que la propiedad es robo, pero nadie —incluido Marx— entendió jamás que esto significara otra cosa que la propiedad ajena.

El viejo chiste decía que el dinero no puede comprar la pobreza, y en efecto no puede, y la angustia de la prosperidad no se puede curar comprando «más» de nada, ni siquiera comprando la exención por medio del despilfarro de fondos públicos sobre esas autoproclamadas «buenas causas». Las proclamas no nos curarán el miedo; si lo hicieran, ¿por qué haría falta repetirlas eternamente?

Hemos condenado el consumo y ensalzado a los pobres, a la clase baja, a los sintecho, a los palestinos, a los convictos y

a los inmigrantes ilegales porque poseen, según el concepto de la progresía, lo que ésta no puede poseer: pobreza, lo que para la mente desequilibrada puede, por sí solo, frenar el pánico a tener demasiado.

Trump fue vilipendiado con mucha mayor vehemencia que cualquier otro que se recuerde en Occidente. Lo odiaban porque lo temían, porque sostenía que la prosperidad se debía disfrutar como legítima recompensa del sacrificio, de la lucha y del patriotismo y de la cultura americana que los aglutinaba.

Pero la razón no puede aliviar el pánico, y el pavor a la abundancia dejó pisoteado Occidente. El pánico, como sabe quien lo haya sentido, abruma el intelecto y nos vuelve salvajes.

Si nos perdiéramos en un bosque y nos congeláramos, podríamos sufrir hipotermia, lo que reduce nuestra temperatura basal y nos despoja de la facultad de la mente: la persona presa del pánico corre de aquí para allá, arrancándose la ropa, y es descubierta desnuda, congelada y muerta a cinco metros de la carretera que había encontrado, cruzado y abandonado.

Dentro del grupo, el individuo aterrado sumerge su razón en la unanimidad. Tras haber perdido la mente, es reducido a un estado cuasi animal y preferiría la extinción en compañía antes que la exclusión.

Los oficiales de las Fuerzas Armadas llevaban pistolas al combate, no como arma ofensiva, sino para disparar a los amotinados, porque el motín, en un grupo aterrado, se extiende al instante.

La izquierda hace listas negras, anula y condena cualquier opinión contraria por la misma razón exacta. No lo hace contra el disidente, sino como medida disuasoria frente al

motín; es decir, la conducta que amenaza la existencia del grupo. La izquierda identifica al grupo con la humanidad, pero, al final, se trata sólo de la izquierda.

El Antiguo Testamento es, de principio a fin, el acta del motín, es decir, de la naturaleza humana: la insatisfacción con la suerte que nos ha tocado, la condena o la negación de una deidad que nos condenaba a la humildad, la reflexión, la piedad y la contención.

La advertencia del Levítico concluye con la promesa de Dios de que, aunque nos reprenda por nuestras faltas, Él no nos abandonará: «Me acordaré, en su favor, de la alianza que hice con sus padres, a quienes saqué de la tierra de Egipto, a la vista de las naciones, para ser su Dios».

Las luchas y la aflicción de los judíos, de Occidente, de Estados Unidos, son, históricamente, el recitado de las faltas, la herejía, la locura y el pecado intercalados con ejemplos puntuales de heroísmo. Nuestra alianza, como cualquier alianza, es una aspiración. Es la reducción del saber bíblico a un lenguaje político práctico como la Constitución.

El tumulto muere, y el griterío;
los capitanes y los reyes parten;
y permanece aún Tu viejo sacrificio,
un humilde corazón y contrito.
Señor de los Ejércitos, queda entre nosotros,
así nunca olvidaremos; nunca olvidaremos.

RUDYARD KIPLING,
«Himno de fin de oficio»[4]

Agradecimientos

Una gran parte de este material apareció previamente en *National Review*. Estoy en deuda con sus editores por su apoyo y su aval. Como también lo estoy con mi agente, David Vigliano, y mi ayudante, Pam Susemiehl.

Sobre el autor

David Mamet ganó el Premio Pulitzer por su obra de 1984 *Glengarry Glen Ross*. Entre sus demás obras figuran *American Buffalo*, *Oleanna*, *Speed the Plow*, *Race*, *The Cryptogram* y *November*. Fue candidato al Óscar por sus guiones para *Veredicto final* y *La cortina de humo*.

Notas

1. Es decir, a recuperar la distancia y la ecuanimidad suficientes para pensar más allá del menudeo de afrentas y atreverse a llamar por su nombre este asalto general.

1. Ellison y Wright eran afroestadounidenses; Granich (que usó el seudónimo Mike Gold) era hijo de inmigrantes judíos rumanos. *(N. del e.)*

2. Aludo aquí al poema satírico de Oliver Wendell Holmes «The deacon's masterpiece, or The wonderful one-hoss shay» [La obra maestra del diácono] (1858), sobre los primeros cien años de nuestra República, representados aquí como la calesa del diácono, sólidamente construida, pero que se desvencija un buen (o mal) día: «Veréis, por supuesto, si no sois zopencos / cómo se hizo pedazos todo al mismo tiempo. / Todo al tiempo y ninguna cosa primero, / igual que se deshacen las burbujas al vuelo» [trad. de María Eugenia Matamala].

3. Véanse: Robert Herrick, *Chimes* (1926); Thorstein Veblen, *The higher learning in America* (1918); Randal Jarrell, *Pictures from an institution* (1954); Mary McCarthy, *The Groves of Academe* (1952), y Allan Bloom, *El cierre de la mente moderna* (1987).

1. En realidad, la queja de la «microagresión» no es nueva. Es la recusación perentoria que los grupos protegidos utilizan *ad libitum* contra los inferiores a ellos. En el sur de la segregación, se le llamaba «mirada imprudente»; en el Ejército, «insolencia silenciosa», lo que significa: «Al parecer olvidas que eres infrahumano».

2. Gorros de lana con orejas de gato que se tejieron para que los llevaran las mujeres durante la Marcha. *Pussy* significa 'gatito', pero también 'coño'. *(N. de la t.)*

1. De «*good government*» ['buen gobierno'], el término se les aplicaba a los reformistas de la época. La palabra *goo* también significa 'sensiblero' o 'pegajoso'. *(N. de la t.)*

2. Se descubrirá que muchas propiedades urbanas cuyo valor se ha reducido las habrán comprado, además de los observadores astutos, los que maquinaron su decadencia.

1. Algo así como «[…] porque *quejarse* sería *ganar*». Como juego de palabras, el original dice: «For TWINING would be WINING if it were not for his Tea». Y Twinings es, además, una conocida marca de té. *(N. de la t.)*

2. Esto no es, por cierto, lo principal de la industria de la producción cinematográfica, sino la totalidad. ¿Qué hacen los ejecutivos y «productores» durante todo el día? Gandulear, cotillear, maquinar y adular o tiranizar, según las necesidades. Igual que en cualquier burocracia. Sin duda, a los lectores se les ocurrirán ejemplos de su experiencia personal.

1. Véanse los vídeos de los agitadores provocando a la policía.

2. El presidente Trump denunció a la China comunista, la declaró nuestra enemiga y una explotadora, y dio pasos para corregir la situación. El Instituto de Virología de Wuhan dejó suelto sin querer un virus

en el mundo occidental, el cual reaccionó destruyendo su economía. Hoy, el zapatero de la esquina me ha preguntado si sabía de algún local en alquiler en la zona, porque los chinos han comprado todo el edificio.

3. Del drama en verso *Pippa pasa* (1841), de Robert Browning.

1. ¿Cuál es la diferencia entre la convicción del esclavista de que los negros eran demasiado estúpidos para tener estudios y el mantra progresista de hoy de que son demasiado frágiles para acabar el día sin verse arrollados por alguna «miniagresión»? Lo primero tranquiliza al idiota blanco, que piensa que los negros son en realidad más felices en las colonias de esclavos; los segundos piensan que son más felices con la asistencia social y en el diván.

2. Harold W. Jordan y Gray Howe, «De Clérambault syndrome (erotomania): a review and case presentation», *Journal of the National Medical Association*, vol. 72, n.º 10, 1980.

1. *A horse fly* ['un caballo volar'] suena como *a horsefly* ['un tábano'], y *a house fly* ['una casa volar'] como *a housefly* ['una mosca común']. En español la letra se adaptó así: «Yo oí a un ave hablar y hasta recitar, y sé que agujas con ojos hay. / Pero nunca vi, ni espero ver, a un elefante volar». *(N. de la t.)*

2. «Sigue adelante.» Se convirtió en un famoso lema de la cultura *hippie* que instaba a que cada uno siguiera su propio camino. El personaje del póster aparece dando una gran zancada. *(N. de la t.)*

3. Antologías de partituras simplificadas de éxitos musicales. *(N. de la t.)*

4. [En el crucero Alabama estaba, a aquella pianola, / como pez en el agua. / Cuando le arranca alguna tonada, / todos los peces y gusanos empiezan a retorcerse y a reptar. / El barco empieza a hundirse y a girar en espiral, / ¡mira ese humo tan negro que sale de esa vieja chimenea! / Va flotando hacia el cielo y ya no volverá.]

5. El «Centro Lincoln para las Artes Escénicas» se convierte así en «El Centro Lincoln para las Hormigas Escénicas», al cambiar *arts* por *ants*. *(N. de la t.)*

6. *Lo que el viento se llevó* [*Gone with the wind*] se convierte en «Lo que el borrachuzo se llevó», al cambiar *wind* por *wino*. «En algún lugar sobre el arcoíris» [*Somewhere over the rainbow*] se convierte en «Alguna puta sobre el arcoíris». *(N. de la t.)*

7. Alusión al verso «*Mais où sont les neiges d'antan?*», del poema *Ballade des dames du temps jadis* (1489), de François Villon. *(N. de la t.)*

1. Jugador profesional de fútbol americano, en 2016 se arrodilló mientras sonaba el himno nacional: «No voy a ponerme de pie para mostrar orgullo por una bandera de un país que oprime a la gente negra y la gente de color», dijo después. *(N. de la t.)*

2. Según la traducción de Pau Piferrer: Walter Scott, *Canto del último trovador*, Librería de Juan Oliveres, Barcelona, 1843.

1. Abba Eban, primer representante de Israel en las Naciones Unidas.

2. La acusación, al final, es que el trabajo duro y la iniciativa «son trampa».

3. «The Squat», grupo de congresistas compuesto inicialmente por Alexandria Ocasio-Cortez, Ayanna Pressley, Ilhan Omar y Rashida Tlaib, todas ellas del ala más izquierdista del Partido Demócrata. *(N. de la t.)*

1. California ha gastado —o confiesa haber gastado— 80.000 millones de dólares en el tren a ninguna parte: un castillo en el aire consistente en un sistema de alta velocidad que en teoría acabará uniendo Los Ángeles y San Francisco. Las obras aún continuaban en el tramo de 281 kilómetros entre Bakersfield y Merced —«de Minsk a Pinsk»—, pero el gobernador Newsom anunció la cancelación del resto del pro-

yecto. El tren no llevará regalos para los niños del otro lado de la montaña [alusión a *La pequeña locomotora que sí pudo*, Watty Piper], pero sin duda llevará regalos a sus contratistas, sus lobistas y los amigos de los enterados que invirtieron al principio y después vendieron al alza.

1. Se dio un caso similar en la historia de Estados Unidos. El primer regimiento negro del Ejército estadounidense desde la guerra de Secesión fue el 761.º Batallón de Tanques (formado en 1942). Los soldados negros, no considerados igual de aptos para el combate, fueron inscritos como conductores. Después arriesgaron su vida como soldados de combate, conductores y tripulantes en la batalla de las Ardenas, y sirvieron con gran mérito. Véase la magnífica novela de G. F. Borden *Seven Six One* (1991).

1. «Sabemos que llevar la mascarilla fuera de los centros de salud provee escasa o nula protección frente al contagio. Las autoridades sanitarias públicas definen como "riesgo considerable" de contagio de la COVID-19 el contacto cara a cara a menos de 2 metros con un paciente con síntomas de la COVID-19, y que éste se mantenga al menos unos minutos (y hay quien dice más de 10 minutos, o incluso 30). La probabilidad de contraer la COVID-19 debido a una breve interacción al transitar el espacio público es, por tanto, mínima. En muchos casos, el deseo de que se extienda el uso de la mascarilla es una reacción refleja por la ansiedad que produce la pandemia.» «Universal masking in hospitals in the COVID-19 Era», *The New England Journal of Medicine*, 21 de mayo de 2020.

1. Desde siempre ha sido una táctica de los regímenes dictatoriales acusar de lo que ellos hacen a sus adversarios. Donald Trump fue vilipendiado por la izquierda porque «mintió»; en realidad, estaba en desventaja porque no mintió. Era, por inclinación y experiencia, un soberbio director —es decir, el que logra un objetivo inspirando a los empleados—, pero no tenía ni la inclinación ni la experiencia para gobernar, es decir, para controlar a grupos dispares mediante las falsas promesas, el secretismo, el engaño, la propaganda y las mentiras. Está todo en *El príncipe*. No sabemos si los rufianes de hoy lo han leído, pero podemos estar seguros de que Marx sí lo hizo.

2. Serie de televisión sobre un grupo de superhéroes turbios. Sus creadores dijeron que uno de los personajes, Patriota [Homelander] estaba basado en Donald Trump. *(N. de la t.)*

3. *Mystery*, a secas, también se utiliza en inglés referido a las novelas de misterio. *(N. de la t.)*

1. Festividad judía que celebra la entrega de Dios a Moisés de las tablas de la ley. *(N. de la t.)*

1. Eufemismo de *soborno*. *(N. de la t.)*

2. *Smoke-filled room*, expresión de la jerga política cuyo origen se remonta a un congreso republicano de 1920, cuando un grupo de delegados intrigó en una habitación de hotel para decidir su candidato a la presidencia, Warren G. Harding. *(N. de la t.)*

3. ¿Qué tienen en común Listerine y Freud? Los dos ofrecieron una solución para un problema que inventaron ellos. Como hicieron los estafadores raciales.

4. El electorado que votó a Donald Trump está disfrutando del bendito antídoto contra el abatimiento, la indignación y el miedo: su claridad.

1. En los treinta y cinco años que llevo en la industria del cine, he escrito alrededor de veinticinco guiones que fueron producidos y otros tantos que no lo fueron. Se me podría contestar, con razón: «Entonces, ¿de qué te estás quejando?»; a lo cual respondo: «Así me gano la vida».

1. Así se conocía popularmente la organización Erhard Seminars Training, que llevaba a cabo seminarios sobre desarrollo personal. *(N. de la t.)*

2. Fue incendiada tras la muerte de George Floyd a manos del policía Derek Chauvin. *(N. de la t.)*

3. Lev Trotski, *Terrorismo y comunismo: réplica a Karl Kautsky*, Akal, Tres Cantos (Madrid), 2009.

1. En la cultura judía, los chistes de Chełm equivalen a los de Lepe para el lector español. *(N. de la t.)*

2. Nombre propio asociado peyorativamente a los estadounidenses negros. *(N. de la t.)*

1. Department of Homeland Security; en su traducción oficial, Departamento de Seguridad Nacional. *(N. de la t.)*

2. He aquí un paralelismo con la psicosis antitrumpista de la izquierda: en la década de 1930, Churchill estaba fuera del poder, sin ningún cargo público, y era tachado de belicista y obtuso, una sombra trastornada de lo que fue, un lunático, etcétera. La prensa británica y la oligarquía de entreguerras estaban, en general, a favor del apaciguamiento, y su influencia se extendió entre una población que, legítimamente, no estaba dispuesta a implicarse en otra guerra. La fuerza aérea británica volaba en aviones de la Primera Guerra Mundial, el Ejército era minúsculo y muchos miembros de la nobleza —y de la monarquía— eran activos profascistas. Hitler vio que Churchill no tenía miedo y que los británicos tendrían que recurrir a él en último extremo. Y Hitler le tenía miedo a Churchill, porque éste era inasequible a la retórica, las argucias o las amenazas. No podemos odiar nada a menos que lo temamos. La aversión de la izquierda hacia Trump era, a fin de cuentas, terror ante uno que no les tuvo miedo.

3. *Whistleblower*, literalmente, «soplador de silbatos». *(N. de la t.)*

4. Entre sus antecedentes están las Leyes de Extranjería y Sedición de 1798 y la Ley de Seguridad contra Enemigos Extranjeros de Wilson durante la Primera Guerra Mundial. El público manifestó su apoyo a esta última, no sólo aplaudiendo la deportación de ciudadanos estadounidenses de origen alemán, sino también tiroteando a los perros salchicha.

5. En alusión a los versos de Walter Scott: «¿Respira un hombre bastante desalmado / que no se haya jamás dicho a sí mismo: "¡He aquí la tierra que me pertenece, la que me vio nacer!"»? (*Canto del último trovador*, trad. de Pau Piferrer, Librería de Juan Oliveres, Barcelona, 1843). *(N. de la t.)*

6. Pececillos de agua dulce autóctonos de Tennessee, protegidos por la ley por riesgo de extinción, motivo por el que se paralizó en 1973 la construcción de una presa. Hoy se utilizan las alusiones a la polémica para referirse al activismo medioambiental radical. *(N. de la t.)*

7. Véase *Witness*, de Whittaker Chambers, uno de los grandes libros del siglo XX.

8. Ginsberg continúa así: «Me dirijo a ti. / ¿Acaso piensas permitir que tu vida emocional se vea dirigida por la revista *Time*?» (traducción de Katy Gallego, Visor, Madrid, 2013).

1. Se refiere al confinamiento por la COVID-19 con una expresión normalmente asociada a una guerra reciente y, en especial, la de Secesión: *the [last] unpleasentness. (N. de la t.)*

2. Se refiere a la agitación social después de que un policía matara a George Floyd. *(N. de la t.)*

1. De ambas obras se hicieron versiones cinematográficas, tituladas en España *Hombres en blanco* y *Brigada 21*, respectivamente. *(N. de la t.)*

2. La versión cinematográfica se tituló *El buque del lago* en España, dirigida por Joe Mantegna en 2000. *(N. de la t.)*

3. Literalmente, «Que se joda el comunismo», aunque el atrevimiento consistía en unir dos palabras tabúes: *fuck* y *communism. (N. de la t.)*

4. Abraham Lincoln en su famoso discurso en Gettysburg en 1863. *(N. de la t.)*

1. Stanislavski decía que la parte más importante de cualquier obra son los últimos noventa segundos, y tenía razón: si es el cierre del *Boléro*, no sólo puedes pagarte el alquiler, sino destruir a tus hijos a base de lujos.

1. El sexo telefónico me parece bien por motivos económicos. Y creo que a Milton Friedman también se lo parecería. Porque, pensemos: cueste lo que cueste el minuto, seguro que es más barato que varios años de análisis freudiano, una experiencia parecida en la que te sientas a oscuras a decir guarrerías.

1. O, en términos freudianos, ir desde el sueño manifiesto al sueño latente por medio de la razón.

2. Robson (Nanny) es, como siempre lo es la doncella, el coro: es decir, la extrapolación de un aspecto de la conciencia del héroe.

1. En esto, las obras de tesis son como las biografías dramatizadas: si el drama es aburrido, no ayuda que el personaje principal sea George Washington, y, si es apasionante, no hace falta.

1. Grandes almacenes de Nueva York. Allí es una manera habitual de decir «delante de todo el mundo» *(N. de la t.)*

1. Dado que la lente de 35 mm es la que mejor se corresponde con nuestro campo de visión natural.

1. Y, últimamente, a los alborotadores: como, en la práctica, destruían sólo quioscos, corrían poco riesgo de provocar la indignación y, por tanto, la defensa de mamá y papá, que ahora eran empresas multinacionales.

1. Expresión popular en inglés para referirse a que las mujeres deben quedarse en casa y tener hijos. *(N. de la t.)*

2. Esto es, de hecho, el *bullying* con el que está obsesionada la izquierda: no con el fin de sacarlo a la luz, sino de desviar la atención del que practican ellos.

3. «Digamos la palabra», en francés. *(N. de la t.)*

4. Sin una formación en las artes técnicas —camarografía, iluminación, diseño y construcción de decorados y vestuario, contabilidad de producción— no hay nada que aprender ahí. Son una cara farsa de bohemia. No hay nada que aprender ahí sobre actuación, escritura o dirección, trabajos que siempre han estado exclusivamente al alcance de aquellos dispuestos a luchar por abrirse camino y permanecer en él. Las escuelas de cinematografía son un chiste.

1. W. B. Yeats, *Poesía reunida*, traducción de Antonio Rivero Taravillo, Pre-Textos, Valencia, 2010. *(N. de la t.)*

1. La exigencia por ley, desde 1972, de que las escuelas que reciben fondos públicos cumplan la paridad de sexos en sus actividades deportivas. *(N. de la t.)*

1. A raíz del asalto al Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2021. *(N. de la t.)*

2. De «Somebody else, not me» (letra de Ballard MacDonald).

1. Gracias a Stacy Schiff por su libro *The witches: Salem, 1962* (2015).

2. «Hemos sido traicionados.» *(N. de la t.)*

3. «Al evangélico que piensa que el mundo se acaba se lo llama fanático religioso; al izquierdista que piensa lo mismo se lo llama defensor del medio ambiente» (Dennis Prager).

4. Título original: *On the beach. (N. de la t.)*

5. Título original: *The twilight zone. (N. de la t.)*

1. «Himno de fin de oficio», traducción de Luis Cremades, en Rudyard Kipling, *Poemas*, Visor, Madrid, 2016. *(N. de la t.)*

2. Allan Bloom, *The closing of the American mind*. Versión castellana de Adolfo Martín, presentación de Salvador Giner, *El cierre de la mente moderna*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989.

3. Irving Berlin, llamado Israel Beilin al nacer en Talachin (Rusia) en 1888.

4. Traducción de Luis Cremades, en Rudyard Kipling, *Poemas*, Visor, Madrid, 2016. *(N. de la t.)*

Himno de retirada
David Mamet

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

CREATIVE COMMONS

© del diseño de la portada: Sylvia Sans Bassat
© 2022 by David Mamet
Published by arrangement with Broadside Books, an imprint of HarperCollins Publishers.
© de la traducción: Verónica Puertollano, 2022
© Centro de Libros PAPF, SLU., 2023
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023
ISBN: 978-84-234-3545-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

ÍNDICE

Sinopsis	6
Portadilla	7
Cita	8
1. La pluma estilográfica	12
2. Causa y efecto	20
3. Rojos, rosas y «goo goos»	26
4. ¿Qué vale un nombre?	32
5. «Pippa pasa»	38
6. King Kong	43
7. Algunos descubrimientos (principalmente) musicales	48
8. Dos ahorcamientos	53
9. Hallazgos varios	58
10. Más adelante, o «la cadena de accidentes»	64
11. Sobre la pasividad de los judíos	68
12. Bruno Bettelheim y el vaquero en las últimas: dos historias norteamericanas	74
13. Hay que poner atención	80
14. Expertos y oligarcas	84
15. Un cursillo de esclavitud	89
16. Belinda Raguesto regresa de Suiza	95
17. Hamlet y Edipo en versión zombi	103
18. Un mensaje de Schpershevski	111
19. Chełm, o no se detiene a los malos	117

20. Algunas curiosidades lingüísticas 121
21. Los nazis se han llevado a tu madre 128
22. El lenguaje popular: una confesión 133
23. Penas y sabiduría 142
24. Viajar en el tiempo 149
25. Moby Dick 155
26. Vivo de verdad 158
27. Juegos para un día de lluvia en tiempos de confinamiento: Navidad de 2020 163
28. Mis condolencias a Broadway 172
29. Broadway 177
30. Gags 187
31. Humildad 194
32. Max, el hámster 199
33. «Disons le mot» 206
34. El arte, el tiempo y la locura del viejo 212
35. «Ardid de paz» 217
36. La lezna que atraviesa la oreja 221
37. Buenas noches, Irene 227
38. Himno de retirada 233
Agradecimientos 239
Sobre el autor 240
Notas 241
Créditos 247
¡Encuentra aquí tu próxima lectura! 248